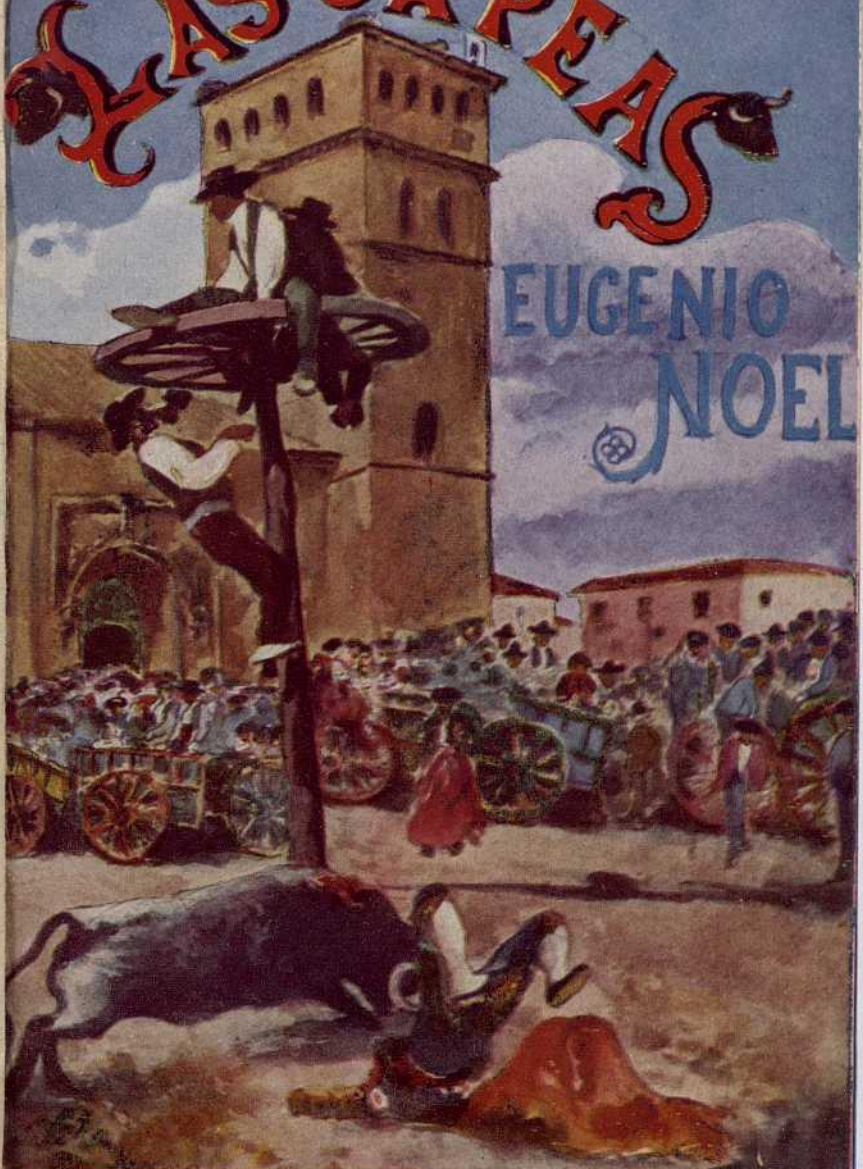


LAS CAPEAS

EUGENIO
NOEL



LAS CAPEAS

72
LAS CAPEAS



EUGENIO NOEL

LAS CAPEAS



IMPRENTA HELÉNICA

Pasaje de la Alhambra, núm. 3, Madrid.

1915



—
ES PROPIEDAD
—


DEDICATORIA

A mi gran amigo

Don Daniel Zuloaga.

En este libro, admirable ceramista, encontraréis escenas que hace ya muchos años os inspiraron bellísimas acuarelas. España, maestro, esa España que los dos llevamos en el corazón, no quiere ó no puede renovarse; y hoy, bien entrado en días el Siglo XX, podéis, después de cuarenta años, leer en estas simples páginas espectáculos que de maravilloso modo acertasteis á perpetuar. Que este libro, á falta de otro mérito, os recuerde el vuestro y mi veneración.

EUGENIO NOEL



El toro de la vega en Tordesillas.

I

.....
*Pues paga todo el año su dinero,
y el día que ha de ver la fiesta en ella
le echan de casa, y quédase sin vella.*

(Benavente, *Gorigori*. Año 1620.)

Tordesillas es, tal vez, el capítulo más excelso de nuestra vieja Historia. Con dos onzas que sepáis de ella, habéis de entrar en ese pueblo con emoción: una reina que no estuvo loca nunca, fué encerrada allí durante cuarenta y seis años. Cierta día, camino de Villalar, Padilla, postrado ante doña Juana, recibió en la frente el beso que sellara su pacto con los comuneros de Castilla. Si Bravo acude á tiempo y Maldonado sabe más de cosas de guerra, doña Juana, libre de su encierro, hubiera sido la reina más grande de España.

¿En cuál caserón de éstos consumió la mujer infortunada, de tan clara inteligencia, sus días mozos...?

Pero... ¡bueno está hoy el pueblo para satisfacer mi deseo...! Tiene tinglado con mojjiganga y vaca encohetada, y los habitantes y los forasteros, que no son pocos, así se acuerdan ellos de doña Juana, conocida por «la Loca», aunque nunca lo estuvo, como de

las libertades que sus antepasados perdieron, por tontos, en Villalar.

Hoy ha abierto el pueblo sus puertas y ventanas. El sol caldea las habitaciones y los cerebros, y andan por las calles como borrachos de alegría. Los chiquillos, esos niños sucios de nuestros poblachos que dan la idea del amor que al niño tenemos, corretean arrojándose piedras. En una plazoleta, que parece la decoración de un tercer cuadro del «género chico», otros niños juegan al toro con un cesto de esos que sirven á los maragatos para el transporte de los caracoles; sobre el cesto, en su parte extrema, han claveteado una tabla de corcho, y de la trama salen dos cuernos auténticos, dos verdaderos cuernos de res sacrificada en el matadero. En el corcho hunden banderillas de pincho de acero, y con los cuernos se atizan golpes bestiales; una equivocación, y el niño que hace de toro sentirá en su carne los pinchos; un descuido, y los diestros improvisados se quedarán sin un ojo, lo que en último caso nada tendría de particular, porque «podría librarlos de quintas» el accidente. Así, y en romance, me contesta un labriego á quien hago notar que ese bárbaro juego puede producir algún daño. La frase «se las trae», y punto en boca.

Cruzan á caballo, que no son corceles, jinetes que no son caballeros; sin embargo, el caballo y el jinete, cada uno con las maneras que le son propias, se mienten una ilusión de bizarría que «quita el hipo». Vienen desempedrando, entre nubes de polvo se detienen ante la vinatería, gruñen á la morisca, beben— «soplar», dicen ellos,— y continúan su fantasía atropellando pacíficas gallinas, perros, gatos y chiquillos. La gallina cacarea, ladra desafortado el perro, maúlla el gato y los chicos gritan rabiosamente; salen á las puertas las mozas, se pueblan las ventanas y el héroe galopa sublime en la estela de este ruido infernal, acicate de sus floridos ensueños.

Llevan á manera de lanzas de cosacos unas varas muy adornadas que agitan con frenesí; y cuando pregunto para qué servirán, me dicen con misterio:

—Ya lo verá, si no se muere.

Asimismo contemplo una extraña labor. Con un esterillo arreglan cierta especie de tosca gualdrapa y cinchas de sogas de esparto, sembrándola de cohetes, morterillos de pirotecnia, buscapiés y cartuchos de pólvora. Pregunto qué hacen, y me contestan:

—Es para la vaca de esta tarde.

La tarde llega, el rumor crece, las muchachas salen muy emperejiladas, trotan los jamelgos, arde el sol, y Tordesillas es el cráter de un volcán. Se bebe por azumbres, se come al aire libre, se zurren las guitarras ó se aporrean á ver quién las airea mejor, danza quien puede en el tumulto y canta hiriendo el aire una voz quejumbrosa, profesional, en tono de seguidilla ó de jota averiada ó en mescolanza de las dos cosas. Si no hay estilo, por lo menos pulmones si los hay; y como lo que se busca es alboroto, el ideal y la realidad coinciden, las piernas se mueven y la más profunda alegría estremece aquellas buenas almas. De improviso se oyen alaridos siniestros, risas estrepitosas, ladridos, gritos de niños, se abren ó rajan los núcleos de danzarines, y un hombre, ó cosa parecida, á caballo en algo semejante cruza por medio todo lo de prisa que puede sacudiendo el astil de su lanza como un energúmeno. Los grupos vuelven á cerrarse para abrirse de nuevo é incesantemente, cuando otro, y son por docenas, de los centauros acomete impávido la hazaña de galopar encima de las cabezas de sus vecinos.

Visito la vaca que está «en capilla» hace dos días. Ya la colocaron el esterillo de marras sobre las ancas y cuarto trasero; también le han atado á los cuernos no se qué bultos, que, por su mala estampa, deben contener algún martirio horrible. La vaca, no es vaca, es un novillejo de bonita lámina, un «torillo ó torito»

que dice esta gente. Así embragado, le darán luego suelta en plena mojiganga, y es tan grande el placer que de ello se prometen, que vienen exprofeso á ver al torito y gozan de antemano lo indecible. Al torito le molestan mucho todas aquellas guarniciones que siente en su piel, y gracias á que el hábito de colocarlas años y más años les ha dado una destreza singular, no son destrozadas por los movimientos inquietos del bicho.

La mojiganga ó farsa es muy salada. Corrupción de algún antiguo festejo no es siquiera la representación popular de un auto sacramental, ni se parece á las admirables obras que ponen en escena muchos pueblos fronterizos de Portugal en la provincia de Salamanca, sobre un tablado al aire libre, al modo de Lope de Rueda. Es una burda mascarada, ni peor ni mejor que las invenciones populares de Carnaval. El ingenio de los pueblos castellanos ha sufrido un rudo golpe desde Cervantes, que lo puso en solfa, y de fracaso en fracaso han venido á ofrecer á los ojos avaros de arte vulgar espantajos ó trapantojos, mamarrachos sin substancia, embelecocos ó escobonas. Esta de que se trata es nada menos que una aventura de Don Quijote y Sancho.

¿Recordáis esas «patosidades» inaguantables, esas farsas trasnochadas que celebran los Gremios—¡Pobres Hermandades... á lo menos que habéis venido...!—en sus becerradas? En el ruedo, y sobre un catre, un cofrade agoniza, hombres vestidos de mujeres le rodean armados de lavativas ó jeringas y bacines y frascos de tisanas ó potingues, viene un doctor con un enorme paraguas vuelto por el aire, y los parientes lloran sin consuelo; de improviso dan salida á un torete mamón, arremete contra ellos, y los espectadores prorrumpen en vítores de regocijo. Pues algo peor que esto, y si cabe más imbécil, es lo que ocurre de pronto en el endemoniado asunto que trae á Tordesi-

llas á Don Quijote y á Sancho. En su jeringonza andan cuando del corral sale el novillo envuelto en una nube de humo.

II

Se ve á través del humo el bulto del toro corneando el suelo. Encendieron al salir los extremos de los cohetes, y pronto al humo suceden estampidos secos que, enrabando al novillo, le obligan á dar vueltas en torno de si mismo como si enloqueciera. Su rugir es un gemido prolongado y triste que solivianta al gentío y hace orinarse á las mujercillas de puro contento. Impotente para desprenderse de aquel artificio que le tuesta cruelmente la carne, emprende su defensa arremetiendo contra la multitud cobarde. Cede ésta, se hiende como si el miedo la agrietara, escapa, se agita y chilla. El torillo se detiene asombrado de lo que sucede, vacila, sus rápidas vueltas sacuden el humo como un penacho, y á veces se ve libre parte de su cuerpo, la cabeza de líneas vigorosas, los grandes ojos aturdidos y fieros. Cae el tablado hecho trizas, su furia arranca astillas que cornea resabiado; y veloz, espantoso en su huida, corre buscando un hueco que no ve, que no encuentra. Crepitan los voladores, detona la pólvora, entre el humo espeso surgen fogonazos que impregnan el aire de un olor á carne quemada y azufre barato, á cada explosión el toro muge, salta, cocea, cae sobre los corvejones, galopa de través y sacude el rabo que arroja humo y chispas. Aquel rabo constituye una alegría infinita. Parece una antorcha, un palo sin llama pero quemado aún húmedo. Los chicos rien, rien los hombres, las mujeres están encantadas. Algunos varones, recién afeitados y ya con barba otra vez, se caen sobre las banquetas de la taberna muertos de risa.

—¡El toro arde!— gritan los muchachos reventando de gozo.

El toro arde espantosamente. El calor, el ruido, el gentío que, pegado á las paredes, le observa, le exaltan y desconciertan de tal modo, que escapa por donde puede, se metería por la boca del infierno mismo. El aire que levanta va prendiendo fuego más rápidamente á los cartuchos, y su martirio crece. Este debe ser el momento escogido por los jinetes, y se los ve correr detrás de él vociferando, la pica en el aire, seguidos de la muchedumbre que no quiere perderse espectáculo tan sorprendente. Da la cara el torillo, y cobarde el héroe vuelve grupas y la multitud con él en confusión escandalosa, en fuga que no detiene sino nuevos caballos que acuden al lance y atropellan y galopan calle abajo.

El toro ha encontrado el campo. Por donde camina, deja un reguero de olor insufrible y manchas de sangre. Se ven en el suelo grandes cuajarones de su baba y boñiga expelida por la congoja. El pueblo se precipita, por estas huellas, como una jauría detrás del animal, azuzándole. Desde algunas ventanas le arrojan no sé qué proyectiles. Han urdido con tan funesta maestría la «manta de fuego», que el animalito no se ve libre de ella nunca. Aun volador sucede otro, un cohete á un buscapié y no otra cosa es él mismo que un horrible árbol de pirotecnia. Es una masa de fuego y humo denso que escapa, ruge, brama, se revuelve y sale otra y otra vez á escape, tan á escape á trechos, que el humo se inclina á ambos lados de su lomo como dos alas fatales.

Le alcanza un caballo. Su jinete acierta, y le da donde puede un lanzazo. La gente que se ha esparcido por la campiña aplaude, se entusiasma, ulula delirante. Exhalado, el torillo busca las defensas, se restrega en los troncos, se para, hace frente; su sacrificio ofrece al pueblo visiones de un valor y de una majestad incon-

cebibles; avanto, orgulloso, enhiesta la bellísima cabeza, reta al populacho que se detiene llamándole sarcásticamente. Los caballos le excitan cuando está parado. El sol alumbra su lomo ennegrecido y grandes úlceras en carne viva que segregan un sudor sanguinolento. Se escurre por sus patas la sangre. El dolor de las astas le pone fuera de sí. Estallan los cartuchos que fijaron á los cuernos, y ahora no es sólo el rabo quien finge un hacha de viento, sus cuernos arden como la estopa empapada en resina. Pasan dos, cinco, diez, cien jinetes y le lancean implacables donde le alcanzan, los ojos, el testuz, los ijares, la barriga, ninguno en el morrillo; hay que evitar su muerte y prolongar su martirio cuanto sea posible. Una agonía larga, he ahí lo buscado.

Y lo consiguen. El novillo es duro de pelar, y defiende su vida con bravura. ¡Ah si ese bicho hablara!... Pero no habla, baladra. Su rugido es tan intenso, tan tembloroso y penetrante, que se perciben, aun no teniendo corazón, modulaciones dolorosas que tienen algo de voz humana. Sí, sí, hablad al pueblo ó á los forasteros de compasión. Allí no hay cuartel. Se agitan las hondas, y las piedras caen cerca del toro ó encima. No debe sentir las. Lo que sí siente es la plancha de fuego que lo atenaza, despelleja, muerde y roe. Su piel se cae á pedazos, y las lanzas entran en carne viva. Por ciertos sitios se desangra á chorros, y el sol ilumina sus rojos matices. El hierro de una pica le vacía un ojo. El héroe lo dice, lo grita, blasona de su hecho con orgullo, y se le felicita y halaga.

Va rindiéndose visiblemente la pobrecilla fiera. Se consumieron los cartuchos, pero la estera arde tenaz sobre sus vértebras, lomos é ijares. Quiere ó pretende lamerse sus llagas con la lengua. No le dejan. Tiene que andar, andar siempre, pueda ó no pueda. Su trotecillo muestra la angustia, la fatiga que le gana por momentos. Cuando se para, su respiración conmueve,

las ancas se destacan como en un esqueleto de buey. Los rejonos no cesan. Sorprendido por la agresión y el dolor, cabecea humeante; sollozan sus mugidos; repugna ya el verle. Cuanto más débil lo encuentran, con más «riñones» lo alancean. Se dicen los unos á los otros dónde van á herir, y si aciertan, es coreado su triunfo. Se espantan algunos caballejos. Es odioso é inolvidable ver al torillo cerca de un árbol solitario, en el camino polvoriento, echando humo, sangre, bramando, mártir de un capricho.

A ratos le engaña su coraje, y se lanza contra los verdugos. Entonces hay en los innumerables batallones de curiosos una vergonzosa pavora. Un instante puede observarse la herida del ojo, y no se borrará jamás del alma la impresión; el ojo está en la órbita como aplastado, y la tierra y la sangre ahondan el macabro agujero con plastones que el sol descubre en toda su hedionda repugnancia. Hay sangre y espuma en su hocico, y aquella noble cara del toro mártir se ha desencajado y es fea con la fealdad de la rabia impotente.

¿Qué hallará esta gente en esa cara, que lejos de conmoverse con su visión se crece más en la barbarie?... No ven, no sienten que esa cara llora; ven y sienten que no suplica, que no gime perdones, que si brama es de furor y de venganza, y esto irrita á los bárbaros hasta el delirio. Increíble parece tan estupendo y poco razonable ensañamiento. Puede divertir quizás el derribar un becerro en campo abierto, y ello exige maña, fuerza, equitación probada y cierta gentileza; pero... ¡arrojarse en pelotón, en escuadrones, y lancear y mechar un toro cocido vivo y acosado...!

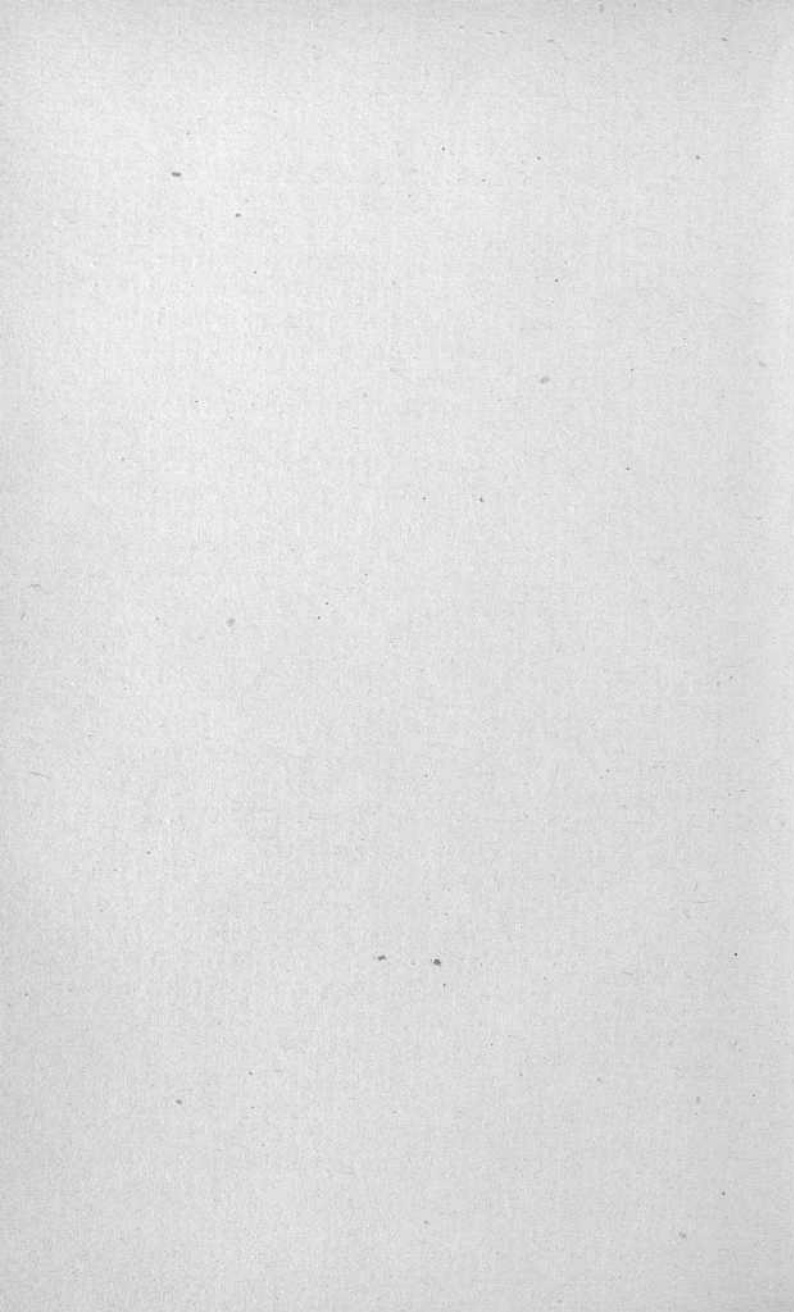
Hasta los niños vansen atreviendo poco á poco. El círculo se estrecha en torno del toro moribundo. Cae y se levanta. No quiere caer. Trota un poco, se humilla, hocica, dobla las patas, vuelve á enderezarse como si, presintiendo la muerte, la quisiera recibir en pie.

Su agonía es motivo de burlas. Se le pincha cada vez con más villanía, con más barbarie. Se le insulta. Ya no brama; se ha extinguido la voz que llenaba el campo con su masculina intensidad, y el macho se rinde ante lo imposible. Algunos perros, dignos de tales amos, se acercan, bullen, ladran. Los chiquillos le lapidan; suenan piedras que dieron en el firme hueso del testuz casi al aire, por el que se deslizan hilos de sangre que semejan lágrimas.

Se arrodilla por fin, y en la vega inmensa resuena el grito del triunfo. Pronto se le remata; el golpe de gracia es repetido por mil manos. Hay quien no sabiendo cómo inferir al torillo un daño, le pateo y «apabulla». Algunos le escupen. Uno de los jinetes, el que bregó más, corta con una navaja de siete muelles las orejas y clava las dos en la lanza. Son para su novia, que esta noche las recibirá con lágrimas de agradecimiento, las colgará detrás de la puerta junto á la herradura que da la buena sombra ó la buena suerte, y su primer hijo se destetará chupándolas.

Los carniceros hacen su oficio. Aquella carne macedada, enrabiada, negra, en cuyos tejidos el derrame interior coaguló cuajarones de sangre venosa, es partida en trozos, vendida, sorteada, arrebatada. Quien coma de esa carne, vivirá mucho tiempo, me dicen.

La vuelta es una cabalgata heroica: viene con ellos el toro en pedazos. Dos mozos, cada uno de un cuerno, portan la cabeza del mártir. En el hierro de una lanza, un desvergonzado cabalga llevando como trofeo aquellas vísceras de nombre masculino que sólo los toros ya pueden ostentar sin vergüenza.





Una corrida de toros en el claustro de San Benito el Rojo.

I

«*Oportet aliquando animae sensus divertire.*» -
(*Conviene algunas veces echar una canilla al aire.*)

Máxima admirable de los Santos más austeros.

Teníamos nosotros un novillo llamado *Agustino*, y que el Santo Padre nos perdone. Serapio, el lego encargado de su entretenimiento, estaba en los puros huesos, y era de ver nuestro bendito hermano desmayado y trémulo en nuestros brazos contarnos persecuciones del novillo en su persona, que más parecían cosas de encantamiento que correrías bovinas. Ya atolondrado y todo sin manejo había de subirse á un árbol para librarse de su malicia cornuda, ya el peripatético *Agustino* se echaba, cachazudo y marrajo, cerca del tronco mirando de vez en cuando al malaventurado en la higuera, que si tuviera antiparras no mirara mejor. A mayor abundamiento, y por aquel dicho vulgar de que el diablo hace un ovillo con una futesa, de nadie estimaba en nada el novillo de nuestros pecados sino es de propias manos de Serapio, que había de cebarlo y aún lle-

varlo al abrevadero sin cuerda y no muy lejos, que así tomaba él pienso y agua de manos de santo como yo consejos de frailes de la tal Orden, y en poco se nos va de un torozón á tercios de Mayo, pues se quedó de tal figura y trasnochamiento ante la negación de Serapio en servirlo, que los huesos de las ancas más parecían jibas de camello que huesos de toro cebón. Por obediencia, que no por otra cosa, y aún en mis luces me atufa que por penitenciaría del padre encargado del rectorio, Serapio hubo de enderezar las nalgas hacia el novillo, que no bien lo venteó en sueños, cuando le nacieron alas y fué allí lo de repetir lo de Carlos V en eso de celebrar por Serapio funerales en vida. Gracias á la intervención de la justicia divina, que vela por los simples, y á un quite ceñido del P. Alóndiga rosario al brazo, que en eso de quites y boleos es un Santo Tomás de Aquino, que sólo hubimos de bizmarle dos costillas de las malamente llamadas falsas y aún huelo que se le hizo juntura de huesos hacia la rabadilla, y de lo que ya no dudo, es del arreglo de la cabeza, que más que meollo era los ojos del Guadiana en lo de echar sangre por criba de agujeros.

En estas razones y un rosario de ellas que no trasluzco por no caer en tentación de risa ociosa, vínonos noticia de la visita del general de Roma, que, aunque benito en lo de ser como nuestro amantísimo padre en lo concerniente á maceración del cuerpo y exaltación del ánima, era muy dado á cualesquiera regocijo ó esparcimiento, pues solía asegurar que no sólo los rincones crían telarañas y otras sabandijas y musarñas de pelusa, sino también los claustros del cerebro, que así llamaba él á los escondrijos del caletre ó, como se dice en Sahagún, calamocho. Y como remache que no era él de los que cuelgan los silogismos de un pelo de tonto, demostraba por las Analogías de Aristóteles, las Etimologías de Isidoro y las Exagogías de Porfirio que gusaros y de á onza engendra quien sólo vive de

soliloquios y oraterías, y es muy frecuente echar de ver en no pocos monjes difuntos salirse por los oídos y demás toperas de los sentidos como hasta dos panillas ó cuartillos de grasas fétidas que no fueron sino moho ú orín de embelecados y deliquios de bobos motilonos. Llamábase nuestro general Quirico, y era Cardenal del Sacro Colegio, del título de Santa Cita, Patrona de las domésticas, por la que sentía una especial veneración. Español de tomo y lomo, y como español muy bien mirado fuera de Iberia, y entre ojos de los de dentro, año no pasaba de por medio que no nos visitara en San Benito el Rojo y nos colmara de gracias, que siendo suyas más eran de salazón de entendimiento que de congruas bien preñadas. Malas lenguas de dominicos de las afueras vertían en celosías y otros retretes que Quirico sentía por las yemas de las bernardas descalzas y los escrúpulos de Santa Eustoquia y demás confituras, confesadas camandulerías é inclinaciones, y aunque esto era verdad de á libra con colmo, cifrar en ello solamente la venida del Príncipe de la Iglesia era querer buscar la razón de los cuernos del diablo. Si buenas parletas movía con la madre Carmela, que era cosa de perderle el respeto y darle en los nudillos del antebrazo, que es donde más duele de todo el cuerpo, y hasta de desear que á la madre la diera mal de lamia ó espanto, tan cierto era que nada nos ha movido la risa como los decires sobre la madre que tenía, que bien lo recuerda P. Sanabrio, que oyéndole decir que la madre Carmela hacía los almíbares de sus dulces con su propia saliva como Santa Jenara, le entraron tales retortijones de risa, que hubo que sacarle dos ampollas de sangre, porque se lo llevaba el diablo en carricoche de muelles y más de prisa que tiro de arcabucero.

Mas á quien nuestro padre Quirico miraba con ojos abiertos tamaño como platos de Talavera de los nombrados soperos, era á nuestro lego Serapio; y aún no quitado el polvo del camino ya estaba preguntando á

todos por el Evangelista, que así nombraba el Cardenal á Serapio á causa del novillo. Presentábase éste todo confuso y lloroso, que no parecía sino que estaba como el mártir Eufonio ante Vitelio, y Quirico reventaba de jolgorio y bulla viendo aquel hombre formado por el Señor con miga de pan y no de barro y tan aina en el temer de todo como rellena su alma de bondad, que era de creer tuviera por espíritu uno de los buñuelos que madre Carmela formaba con su saliva.

Era de escribirlo para no olvidarlo verlo delante de Quirico temeroso como gato ajeno, volviendo la cabeza á cada paso no se le viniera encima el novillo, mascullando oraciones por un por si acaso, como si *Agustino* lo hubiera enseñado á rumiar. Siervo de los siervos de Dios, era en esto más Papa que el Pontífice, y hubiérase dejado afeitar el casco de la cabeza antes que cometer el acto más mínimo de desobediencia. Juzgaba el Cardenal que Serapio iba para santo y no con calzas de plomo, y aún no le disgustaba tener que incoar procesamiento de beatificación sino era porque antes habría nuestro hermano lego de morirse y no de muerte de cuerno sino de la natural y en brazos del Señor, que, en esto como en todo, la Santa Madre la Iglesia apura el cabo á la vela, y á no ser por martirologio ya puede darla en las narices olor ú olores de santidad, que por encontrarse al ser removido el cuerpo de Fray Luis de Granada con un dedo de menos, juzgósele enterrado vivo, y no pudo ser beatificado como en justicia se pretendía.

II

Llegada Pascua y con ella Quirico, no parecía el mismo nuestro Convento de San Benito el Rojo, como el pueblo le llamaba. Por centenares cantaban los pajarillos en los aleros y en las ramas, florecían éstas, corrían bulliciosos los mil arroyuelos de nuestra huerta,

un regalo de Dios que ocupaba dos provincias, andaba más aprisa la mula de la noria grande que de las chicas nosotros; que en holocausto y expiación de nuestras faltas éramos por turno movedores; cruzaban en todas direcciones las bendecidas abejas que San Benito amó tanto y á las que nos exhorta imitar en lo pulcras, hacendosas y amantes de sus colmenas; reverdecían los prados, y hasta las piedras rojas del monasterio se cubrían de un encanto singular que tornaba más bellas aquellas filigranas y tracerías en piedra, ya de sí tan bellas, que el hermano portero, P. Lino, había de comer á segunda mesa para que comiera más, porque no dos sino cuatro leguas andaba, como se dice, de la Ceca á la Meca, enseñando tales primores á viandantes y peregrinos, que por sólo verlos venían á Sahagún desde el mismo reino de Tamerlán y hasta de Trapobana.

Aunque entre nosotros todos los años, Quirico siempre juzgaba nuevo ver y husmear las piedras del convento, y eran tales y tan buenas las cosas que ante ellas se le ocurrían, que, agolpándonos en torno suyo como ovejuelas, íbamos viendo lo que con tantos ojos y tan juveniles jamás vimos; que así es la vida del hombre zambullido en el Universo y en medio de él y de las obras de Dios y teniendo ojos sólo ve tarde, poco y mal; y cuando acierta á ver, porque el Señor compadecido le pone las cosas á dos dedos de la cara, es el extasiarse y glorificarle el despertar á la vida como si de nuevo se naciera. Mas no todo era regalo en la novedad, porque solía topar Quirico, que en esto de ver lo que nadie veía era un lince y aun un Argos, con artificios, no del todo ni en parte convenientes, ya en los canecillos de los románicos, ya en las franjas ó cenefas de los góticos, nunca en los bizantinos, que fueron siempre poco dados á descubrir las miserias del hombre en aquellos lugares de la materia de donde nos viene desde Adán toda inquietud de espíritu y tentación.

Mas como diera en hallazgos, Quirico no los dejaba tan aína, y solía suceder que, mientras nosotros los profesos permanecíamos todo atribulados, los Padres con él miraban que no les bastaban sus ojos y aun las antiparras, y si no de ver, por lo menos era de oírles entablar crítica sobre tales imágenes que Quirico admiraba embobado diciéndonos que á la tentación ha de vencerse de frente y no huyendo como cangrejo de ella, que el valor no sólo es privativo de soldados, y el dulce Jesús mismo había dejado que Satanás lo cogiera de una mano cuando lo llevó á aquel monte desde donde se veían todos los reinos de la tierra. Y dicieny haciendo habíamos por obediencia de abrir los ojos y ver en la piedra grabadas las posaderas de un desventurado que bajo ellas sacaba la cabeza ó bien una mujer poco edificante que sin camisa ni halda alguna mostraba cada pierna por su lado y en la más lastimosa facha de poca vergüenza con los senos caídos sobre el vientre y las manos en sitio tal y tan abominable que sola su mención habría de constituir un monstruoso pecado. Derretíase Quirico mirando y hablando, y á creerlo los tales mamarrachos no obra del diablo sino del genio del hombre eran, y había que creerle, porque señalando con uno de sus dedos, que troncos de árboles semejaban, los tales adefesios sostenían que para labrar tal cosa menester era un meollo tocado por el espíritu de la inspiración, pues no es tan hacedero y en el espacio de una pulgada labrar hombres ó mujeres que si ríen, ríen, y si enseñan lo que no debe ni por descuido enseñarse, no otra cosa es que lo que es y aun tan lleno de gracia y sutilidad que el destrozarlo sería sandez manifiesta ó pudibundez de monja mema.

El Primado habla, que no yo, que con sólo escribirlo me dan calambres. ¡Oh, Señor mío, que si yo miré y aún vi que era cierto lo que Quirico demostraba, de nada tengo que acusarme ante vuestro Tribunal si no

es de haber hallado cierta semejanza de faz entre madre Carmela y el mascarón de la sin camisa! Predilecto suyo era el claustro grande, y no bien entraba en él nuestro Príncipe y amantísimo Padre cuando, levantando sus brazos, que aspas de molino parecían, prorrumplía en salmos y laudes tan efusivos como si viera de par en par el portón de la gloria. Decíase, en efecto, de nuestro claustro, que era obra magnífica, y si bien es de fe para mí que las obras de Dios en el campo nada semejante pueden ofrecernos en parte alguna, estaba tan armónicamente concebida la serie de los arcos, tan firmes se asentaban los pilares en sus basas y tal aire y gentileza poseían los centenares de columnillas, que era orgullo santo nuestro tal posesión y, si se me apura, hacíanse allí los rezos y meditaciones con más unción que en parte alguna del Monasterio, y en parte alguna, por recogida que fuese; y á propósito se oía como allí la campana grande, porque si sonaba, estando uno solo en el claustro, se metía dentro, dentro del ánima una como congoja dulce que sólo el pensar se marchara de dentro era morir de pesadumbre.

Daba uno de los lienzos del claustro á nuestra huerta, y antiquísimos cipreses en filas desiguales y no iguales copas surgían detrás de él, mientras por los otros paredones sólo se veían los macizos de los aposentos, las alas de las edificaciones y la grave torre que desde remotos sitios vislumbraba como el faro de la salud y de la vida. El suelo de aquel patio era el techo de un inmenso aljibe, y á pesar de no tener por grueso un pie ni de apoyarse en columna alguna por debajo, cinco siglos llevaba sin que las grandes losas deprimieran un palmo de terreno, y así estaría, según Quirico, hasta la consumación de los siglos, vinieran ó no de nuevo los bárbaros. De nuestro convento se entraba á él por las puertas de sus dos alas, que si angélicas eran, no las iban en zaga aquéllas en lo de estar bordadas como

capas pluviales; el viento de la huerta entraba por otras dos, y no puertas, sino balcones, y de moros parecían, que era como un embeleso de los sentidos asomarse á ellos y ver el jardín, las hortalizas, la lejanía, el cielo de donde fuimos desterrados por ambiciosos y zurutetos.

Después de la parleta de aquel día en el refectorio, que fué para nosotros como vivo trasunto de las celestes hermandades de los justos, y como las viandas ingeridas en alguna mayor cantidad y con más especias que de costumbre hubieran de exigir digestión laboriosa, diósenos largo recreo, y Quirico en él hacía nuestras delicias con sus donaires y agudezas. Se habían hecho traer los Padres al claustro una gran mesa, y el hermanuco lego Lotario, que era bizco en el mirar y de una genialidad insufrible, adobó sobre la mesa, que parecía altar por lo adornada con manteos y flores, cuanto bueno halló á mano en las despensas y bodegas, ayudado en su labor por el padre Reinoso, de origen maragato y hombre de cánones tan excelente, que con haberlos en Lovaina y Bolonia muy buenos, ninguno le echaba la pierna encima. Y así era él ducho en las codificaciones Decretales y Bullariums Magmun como en ciencia de vinos viejos, que no maragato sino andaluz era en ello, y tomar él en la siniestra mano un vaso y mirar el color á tres luces diversas y torcer el gesto y beber en sorbitos y mover los labios á manera de rana, Dios me perdone, era cosa de un décimo. Sacaba tres veces la lengua empapada en el vinillo aloque, la retorció á modo de serpiente hacia la comisura bucal, tentaba el paladar á lo largo y ancho, pedorreteaba con el morro puestos en blanco los ojos y hacía tales y tales lindezas, que no vino de consagrar, sino néctar de misterio podría creerse por lo muy criticado y en soba.

III

Puesta ya la mesa y las bocas llenas de confituras, antojósele á Quirico una diversión que, por lo inusitada, fué bien recibida, que no hay cosa, y eso es bien sabido de doctores, que antes sea aprobada que lo que por su novedad y peligro de catación espanta y sorprende. Y es que como viera junto á una columna á Serapio, el sin ventura, los dos carrillos de traza de amapolas é hinchados como de escarlatina por lo llena la boca de arrope que él como nadie sabía hacer, ví-nole á las mientes al Príncipe de nuestra sacrosanta religión el recuerdo de *Agustino*. Hombre era el Cardenal de tan española sangre, que pensar y hacer en él dábanse juntos como flor y fruto, y así propuso á nuestro Superior, el P. Benitino, tan bueno, que no permitía se matara en el convento alimaña alguna por inmunda que fuese, una lidia, como se dice en charla de villanos, del ncvillo. No le propusieran al P. Benitino matarle, y no se enfadara más; pero Quirico tenía tal mano maestra para gobernar hombres por tozudos y angélicos que fuesen, que empujando hacia P. Benitino la bandeja de los escrúpulos, de los que era devotísimo, y haciendo rebosar de Falerno el vaso que cáliz era en lo de tener fondo, obtuvo lo que quiso, caso que no por innecesario fué menos alabado, pues el superior allí era el Cardenal, y lo que él determinase había de llevarse á cabo y rabo, aunque cayeran capuchinos de bronce ó apareciese el Anticristo.

Corrióse por el claustro y la huerta la noticia como fuego de pólvora árabe, y todos se congregaron en redor de la mesa de la Superioridad, que hacían la más bonita escena, pues como entre tanto padre y hermano y lego ninguno era igual de osamenta y de cara

y aún los había como para no verlos y era divertidísimo contemplarlos anhelantes, regocijados, llenos de dulce susto, porque cosa así no podía ocurrirsele á nadie de entre ellos. Agrupábanse sin ruido y sin molestia, y no he vuelto á ver, como aquella felicísima tarde, nada que iguale á cuadro tan excelso. Las moradas vestiduras del Cardenal cerca de las albas mantelerías que cubrían la mesa, las vajillas de plata y de cristal, los colores de las frutas, las flores y los dulces, las almohadas moriscas que las madres bernardas habían enviado para que Quirico pusiera en ellos los pies y ablandara los antebrazos del sillón abacial, la visión de los benitos, el piar de las aves, el olor de la huerta, la frescura del aire y la amplitud y belleza del claustro suspendían el alma como en vilo y se la llevaban sólo Dios sabe dónde, que no á otro lado sino á Dios podía ser.

Trazado el arreglo en un suspiro de madre Carmela, fuéronse los audaces por colchas á los aposentos y se cerraron las dos puertas que daban al campo, no con las hojas de madera, sino con vallas á manera de barrera de torneo, y nada se hizo más por no necesitarse, pues la balaustrada tenía cerca de la altura de un hombre y era gran defensa para los miedosos, que con ser todos españoles y nietos de Viriato, más se pudo reclutar en ellos mirones de lo que pudiera ocurrir, que valerosos de palenque y lidia. Era graciosísimo y de irresistible risa contemplar desde la mesa del Cardenal al P. Alóndiga reclutando gente para sus mesnadas entre los que de pie ó sentados en el balaústre esperaban ver aparecer á *Agustino*. Cincuenta conté en el patio de los seiscientos que éramos, y Quirico no cabía en sí mismo de placer observando aquellos prolegómenos, en los que unos más otros menos decían de qué color era su sangre, en tela de juicio del Cardenal que no en mía. Encomendóse á Serapio el arduo trabajo de traer al novillo, y el entretanto de la espera

fué como un chisporroteo de palabras, pues se charlaban en todos los lugares y todos estaban como enfermos de los nervios y se removían que no paraban en un punto, recordándose unos á otros las palizas que *Agustino* había sacudido á Serapio, y eso que fueron siempre en broma y hasta por querencia de la que los animales tienen gran provisión en su admirable instinto, que Aristóteles llegó, aunque con grave error, á creer alma del género ó categoría de la nuestra.

¿Cuándo se ha visto á frailes benitos, como se vió entonces y no se verá en todo tiempo futuro, en espera del novillo en coto cerrado y dispuestos á correrlo delante de un Cardenal? Paréceme que nunca, y créolo todavía sueño; pero sueño ó lo que fuera, viéronlo mis ojos, y no musarañas sino benitos con colchas agarradas á las manos, que si fueran en vez de tela delicada de bronce no las apretaran más contra el hábito; y esparcidos como por mano de pintor en el patio, que parecían asediar una ciudad flamenca, tan tiesos y serios estaban, santiguándose en descargas como si el diablo anduviese á gatas detrás de las vallas. Habíaseles dicho á los gladiadores por encargo de Quirico, que se ayudaran en caso de necesidad como hermanos que eran, y hasta se les permitió que en caso de aprieto se corrieran las vallas, y escapándose el novillo se desaguara el claustro de todo peligro. No todas las tenía yo conmigo, pese á tan acertados mandamientos y los ánimos guerreros de los lidiadores, porque *Agustino*, si cebón y padrazo, allá se las andaba con Atila en la intención, y por los desaguisados que había inferido á Serapio me estaba yo temiendo se repitiera la batalla de los Campos Catalaúnicos.

En esto se pudo encerrar un rato el toro para que su salida fuera más de placer, y, á una orden de Quirico, Serapio corrió la valla y dió suelta al novillo entre un torrente de alaridos que eran enteramente de pechos sarracenos más que de corazones cristianos.

¡Válame mi Señor y qué carrera la de *Agustino* que no trotara más si llevara en los lomos un sinapismo de avispas!... Desmoche parecido no se vió jamás, y quien sólo se vió en el suelo por penitencia, allá se vió por obligación, y hubo quien sin levantarse una vez sola se cayó varias, y de tal guisa, que á dar en la plaza tantas volteetas seguidas y sin tomar aliento, de juro que hubiese sido tenido por jugar de oficio. Bataholas y trasnochamientos ha habido y en nada semejantes á la feria de nuestro convento, porque el que recibía un golpe de testuz ó de cuerno, así saltaba él el balaústre como el Papa, y era de verle correr detrás de *Agustino* llamándole con voces de Goliat para que lo arrastrase y malparase de nuevo, con lo que quedé yo tan contrito de mi cuidado por ellos, que no pensaba sino en echar el alma por los ojos de tanto mirar, si mirar era ver piernas arriba á los que siempre se vió de pie y en equilibrio.

Refase de todas ganas el Cardenal, y no era yo solo en admirarme de que los poco avispados que eran cogidos, y no de un alfiler sino de un cuerno, antes que escarmentar y arrojar la colcha, más se encorajinaban y buscaban pendencia, no estorbándoles ni los hábitos, que los debían dificultar mucho, ni los golpes, que por lo solemnes y bien vestidos se llaman en España cardenales. *Agustino*, que no era bueno aunque tampoco lo parecía, no daba en falso, y bien por torpeza de los lidiadores en esgrimir la colcha, bien porque *Agustino* veía á través de ella el miedo del que la agitaba, el caso es que no perdía golpe, y después de una de sus acometidas, que por lo alborotadas más semejaban salidas de guarnición sitiada ó zafarranchos de galera, veíanse por doquier benitos andando en un solo pie á modo de grullas, ó tirados en el santo suelo como difuntos, ó corcovados lastimosos que luchaban por enderezarse sin conseguir otra cosa que curvar más la espalda.

Padre Alóndiga acudía en socorro de todos, y aunque tarde y después del daño, como buen hermano sabía librarlos de nuevos y más peligrosos golpes con las puntas, que era lo que todos temíamos detrás de nuestras risas. A cuerpo limpio y nada gentil, porque á desgarbado y feo nadie ganaba al P. Alóndiga á no ser el hermano Gabriel, que era siempre modelo cuando habíamos de pintar un alma en pena, ó mengue ó sér diabólico, no dejaba de ser diestro en burlar los poderosos arranques de *Agustino*, al que su buen año y panza bucólica no arredraban para girar como veleta y saltar como perro de pordiosero.

Admirado estaba Quirico de ver lo bien recibido que era su juego y hasta del giro que llevaba, no dejando por eso de hacer honores al vinillo nuestro y á los dulces de las madres, cuando ocurrió un suceso tan imprevisto y tan impensado, que vino á alborotarnos á todos; y fué que Serapio, que andaba escurridizo y acoquinado por las tablas de la valla esperando la orden de abrirla, fué visto por *Agustino*, que, como el rayo y juzgándole indudablemente el origen de sus malandanzas, se arrancó á él y lo hizo un ovillo, no sacando del lance con bien otro miembro que el alma, que al verse encima al toro debió volar dos palmos para no ver aquello. *Oh mirabile visu!* que decía el poeta Prudencio en tiempos de Tiberio, aquel cuerpo no era ya el de Serapio, ni su envoltura siquiera, que más bien se creía fardo ó saco que humanos despojos!...

Ordenó por su causa el Cardenal que se abrieran las vallas y se dejara libre al novillo, y pronto se hubiera cumplimentado su mandato, si al ordenarlo Quirico no llamara la atención de *Agustino* la vestimenta del purpurado. Dios y Señor mío, tú que todo lo sabes ¿cómo fué que *Agustino* de uno á otro extremo del claustro ó patio se lanzó de tal manera que, cuando nos dimos cuenta, había saltado como un corzo la ba-

laustrada por el lado de la mesa y emprendídola contra el Cardenal que al verse acometido creyó morir de espanto?... Estrépito mayor no oyeron humanos oídos. Bamboleóse la enorme mesa de caoba, vinieron abajo los vasos, la loza y los condumios; saltaron por el aire los graves sillones de los superiores y viéronse en situación lamentable aquellos que por su autoridad jamás creyeron verse de tal traza y ni debieron verse nunca. Horrorizados, pero temerosos, ni acertábamos á huir abandonando á nuestros amantísimos superiores, cuando, ¡oh espectáculo nefando!, el Cardenal, nuestro padre Quirico, era arrojado al espacio por *Agustino* y recogido siniestramente y zarandeado como pelele en manteamiento de pícaros. Por dicha, ya que no por adelantado, acudió el P. Alóndiga, y supo con habilidad, que más tarde le fué pagada largamente, llevarse á la huerta á *Agustino*, que desapareció en ella como alma que lleva el diablo.

No es posible describir en qué miserable estado encontramos á nuestro Quirico, que no bien visto hubimos de cerrar los ojos, porque las obras de la piedra que él tanto alabara, menos enseñaban que nuestro amantísimo padre. Y era de oírle, mientras le transportábamos á su lecho en las habitaciones de arriba, y llorar oyéndole cómo gemía aquel versículo del salmista:

—Todo mi cuerpo una llaga es y se pueden contar todos mis huesos...



Episodio de una capea en Villalón.

I

—¿Apuestas á quién de los dos es más bruto?

—Todo lo que quieras.

—¿La novia?

—Va.

Así, sin vacilar, como quien apuesta dos reales, Ceferino y Epifanio, mozos «crudos» de Villalón, jugaron su novia.

La de Ceferino se llamaba Blanca, y era una de esas mujeres á las que los españoles califican así: «con toda la barba», lo cual nos evita el hacer su descripción física y moral. La novia de Epifanio, conocida por la Mimbres, era tan sutil, quebradiza, religiosa y tonta, que la gente del famoso pueblo castellano decía:

—La Mimbres una mañana se levanta cesto.

Ceferino, hijo de un labriego muy rico de la comarca, nada tenía de particular en su tipo; era como los otros, como los demás, como todos. Epifanio, más vulgar todavía, tenía algunas onzas, años y dedos (*de altura*) menos que su amigo. Ni el uno ni el otro sabían leer. El hijo del labriego rico había pagado al Estado su redención en metálico y Epifanio volvió de servir á su patria con las mismas ideas que llevara á

filas, si es que había llevado alguna. En Villalón se les conocía simplemente por sus nombres sin añadir á éstos cosa que revelara una cualidad buena ó mala. Trabajaban por costumbre, y cuando deseaban «correrla», se zambullian en un destartalado vagón de los de vía estrecha y caían en Valladolid.

Pero aquella tarde sin duda había picado un tábano á Ceferino. No de mal humor, que ello revela una contrariedad cualquiera, y Ceferino era incapaz de inquietarse por nada, sino por lo que fuera, que ni él mismo lo sabía, estaba dado á todos los diablos. Epifanio lo notó, y haciéndole cosquillas en el amor propio, único sitio vulnerable en aquella piel de hipopótamo, le consiguió sacar de quicio.

—¿Apuestas—le dijo Epifanio—á quién de los dos es más bruto?

—Todo lo que quieras—había respondido Ceferino.

—¿La novia?

—Va.

—Mira que luego no vengas...

—He dicho que va, y cuando yo digo que va, va.

Y era verdad. Ceferino jamás se hubiera atrevido á hacer traición á su palabra, no por poseer concepto altísimo del honor, sino porque el instinto le avisaba de un peligro; de que el traicionado exigiría por la fuerza lo que se le negara por derecho.

Además, él debía tener razones para juzgar que á bruto no le ganaba nadie en Villalón, y, por lo tanto, que su novia, Blanca, la bárbara Blanca, no corría peligro alguno.

Asimismo Epifanio mostraba con su proposición heroica que suponía tan insuperable su brutalidad, que muy bien podía arriesgar en la singular apuesta á la delicada Mimbres, la Mimbres, que una mañana había de levantarse cesto, como afirmaba el pueblo.

El regocijo de los otros mozos fué indescriptible. En el pueblo de los célebres quesos y las ocurren-

cias terribles cayó la apuesta como maná salvador de qué ocuparse. El dilema era endiabladamente difícil: ¿Quién de los dos mozos sería el más bruto? Y aquella buena gente se engolfaba con toda seriedad, «devanándose el cerebro» en ello, charlando por los codos, estableciendo probabilidades y buscando antecedentes en la obscura y casi subterránea vida de los dos mozos.

Porque allí no se trataba de un torneo de fuerza, ni mucho menos de un duelo de valor. Ceferino creía en los fantasmas y Epifanio se tapaba los ojos, lleno de miedo, cuando pasaba la pequeña y chillona locomotora belga del ferrocarril de vía estrecha. Allí se trataba de algo más original, de ver quién de los dos hombres era el más bruto, el que cometía una brutalidad más definitiva.

La ocasión de probarlo era magnífica. El tío Emeterio, el de la larga lengua, tenía encerrados dos toros bravos para la capea, y la ocasión se ofrecía que ni de molde.

Todos estaban seguros, y juramos que no se habían puesto previamente de acuerdo, que á no ser en los toros no se podría en otra parte demostrar la brutalidad más excelente. ¿Por qué?... Muy sencillo; las fiestas de los toros han dado á la mentalidad popular un soberbio término de comparación: el toro. Se es en España ó más ó menos ó tanto como un toro. Este animal es una especie de termómetro de la raza. Los mozos durante las capeas, los aficionados en el transcurso de sus corridas de abono estudian de un modo tan profundo las condiciones del toro, que éste ha pasado á ser en el espíritu nacional una completa talla de valores psicológicos. La pasión por las corridas, que ha sido desde hace dos siglos y medio el rasgo distintivo de nuestra nación, proviene de la envidia que por las cualidades de esa fiera tiene nuestro país. Ser ó no ser como el toro; he ahí el ideal. En el toro

ha de probar todo hijo del pueblo su temple, su sangre, su fibra.

Por eso sin consultar á Ceferino ni á Epifanio, los mozos de Villalón que iban á Valladolid ó á Palencia, la ciudad de las famosas mantas, que, por cierto, en todas partes se fabrican menos allí, decían á quienes les escuchaban:

—Este año va á haber algo gordo en la capea.

Ellos sólo sabían que entre dos mozos de su pueblo había entablada una apuesta de brutalidad máxima, con premio de una mujer al vencedor; pero se figuraban, y lo daban por establecido, que el paso honroso se verificaria durante la capea del día de la *Virgen de los Melones*.

Pronto se supo que el hecho era cierto.

—¿Has visto los toros que encierra tío Emeterio en su casa de la plaza...?—le preguntó Epifanio.

—Sí los he visto—contestó Ceferino sonriendo.

—¿Y qué te parecen?

—Él negro, muy salao.

—Para mi interior, el colorao es más hombre.

—Tiene menos cuernos.

—Pero está más gordo.

Se miraron los dos, y se entendieron. El toro habría de servirles para demostrar quién era más bruto.

Y, sin embargo, nadie los vió ejercitarse en preparación alguna, ni tomar medidas de algún género, ni cometer, como por ensayo ó intimidación mutua, alguna barbaridad.

El padre de Epifanio, encontró al padre de Ceferino.

—¿Sabes—le preguntó—lo que va á hacer tu chico?

—Alguna animalada—respondió el otro.

La agitación cundía, avivada por el silencio de los dos mozos. Se imaginaban brutalidades tremendas, que eran desechadas por improbables, por insignificantes.

Por toda la vasta, riquísima, y de la mano de Dios dejada tierra de Campos, se oía como un rumor de somatén:

—En la capea de Villalón va á ocurrir algo gordo.

Y como es proverbial en España, en vez de prometerse huir del peligro, todos se aprusaron á acudir el anhelado día.

Un viajante catalán preguntaba en la fonda:

—Pero... ¿cómo no prohíbe el alcalde la capea?

Y la señora Pilatos... llamada así porque era muy cuidadosa de sus manos, que siempre estaba lavando, á pesar de lo cual siempre estaban sucias..., le respondía esponjada como un gato furioso:

—¡No faltaba más, y él que se atreva!...

—Pues debía atreverse.

—Y á usted le debía salir sarna en la lengua...

Y como si le hubiera salido, porque no volvió á hablar más.

Entretanto la Mimbres afirmaba rotundamente, á los que se permitían dudar de Epifanio:

—A bruto no le gana Ceferino. Estoy bien tranquila.

II

La señora Pilatos no se equivocaba al decirle al viajante catalán... —¡Y él que se atreva!...—porque fué el caso que, enterado el gobernador, por la Prensa, de la apuesta de Villalón, ordenó al alcalde suprimir la capea, y no había acabado de leer la tal orden el tío de la vara con borlas, cuando el pueblo en masa se congregó en la plaza.

El siniestro rumor corría de boca en boca.

—¡Los de la ciudad han prohibido la capea!...

En efecto, la tal orden había llegado con puntualidad española; es decir, unas horas antes de empezar la lidia, cuando por Villalón no se podía dar un paso, tan

numerosa era la concurrencia venida hasta de la región leonesa.

El griterío era infernal en todos los sitios. Los que han presenciado revoluciones en las ciudades, no saben lo que es una sublevación de campesinos ni lo que es bueno. En las ciudades hay oradores, directores de la conciencia popular y la tragedia estalla con cierto orden. Allí sólo había centenares de labriegos, curiosos, campesinos, hijos de Villalón, que se habían propuesto como objeto y fin la capea, aunque cayeran capuchinos de bronce

Fué un momento pintoresco la lectura, desde el balcón del Ayuntamiento, de aquella orden gubernamental. Los que la presenciaron, recordarán toda su vida aquella piedra, que si hubiese sido conducida por mano de la Providencia, no habría sido ciertamente mejor guiada y que vino á dar en las narices al mismísimo señor alcalde. ¡Qué espanto el de este pobre hombre, bueno como la miga de un «ceneque» y que en su vida se había visto en tal desazón!... Pero el espanto de una nariz rota se convirtió en estremecimiento de todo el cuerpo, cuando de la muchedumbre salió un estentóreo:

—¡Queremos toros!

Durante una hora, que le pareció un siglo, el pobre alcalde estuvo oyendo el fatídico:

—¡Queremos toros!...

Primero fueron voces sueltas que estallaban como tiros de salvas aquí y allá; luego el «¡Queremos toros!» fué lanzado seco, vibrante, por una voz apocalíptica de pastor que apagó el estrépito de las otras voces y engendró un silencio lleno de malos presagios: inmediatamente aparecieron coros improvisados, y el «Queremos toros» se coreó en recias descargas de una wagneriana armonía rota por berridos estupefacientes de gargantas poderosas como sirenas de barcos; después, los brazos, las piernas, los palos, acompañaron la ho-

rrible música y el pateo y vocerío eran tan siniestros, tan imponentes, que parecía que las casas chillaban también y pedían toros como sus habitantes y se indignaban como ellos.

El alcalde estaba temblando. Jamás había visto reunida tanta gente. ¡Y qué gente, Dios santo!... Millares de cabezas agitándose con movimientos epilépticos, las bocas abiertas, los ojos llenos de rabia, babeando blasfemias, disparates, absurdos nunca oídos ni soñados. Unos pedían que bailara, otros que enseñara los cuernos que le había puesto su mujer porque iban á lidiarle á él si no los daba toros. No faltaba quien á mansalva y amparado en la muchedumbre le gritaba que iba á pagar los embuchados del censo y el reparto injusto de consumos y la venganza de las multas. Y lo oía, lo oía todo, porque la multitud sabe hacerse oír repitiendo un millón de veces una misma cosa, cada vez más alto. El juez y el jefe de la Guardia civil le excitaban á cumplir la orden, y él, rojo, vencido, amilanado por el espectáculo enteramente y mortalmente nuevo para él, confesaba su debilidad, su miedo, un escozor curioso bajo la piel que lo desazonaba.

El juez quiso hablar, y hubo de rendirse á la evidencia. Aquellos millares de labriegos no habían dejado sus casas para oír hablar á jueces de paz ó de guerra, habían venido para ver toros, y no se irían sin verlos. El comandante de la Guardia cívica colocó retenes, y no lo hubiera hecho, porque fué añadir sal al mar, y el clamoreo tomó proporciones de sublevación, mientras, agitándose la muchedumbre con un movimiento de avance, amenazaba estrujar á los escasos guardias, más muertos que vivos, á pesar de sus caras avinagradas. Cada vez la multitud era más compacta. Los grandes claros que al principio había en su masa desaparecían por momentos, y de las calles, del campo, de los pueblos vecinos, del otro mundo tal vez, acudían sin cesar legiones de descontentos que querían toros con la fé-

rra voluntad con que se pide en España toros. La presión de la masa inmensa en las paredes de las casas era por instantes mayor y no cabía ya ni un alfiler; los balcones, ventanas, tribunas, carros y tejados estaban abarrotados de gente ronca de gritar, sudorosa, indignada contra las autoridades españolas que sólo saben ir en contra de la voluntad libérrima del país.

Dentro de la masa se constituían núcleos de protestantes que tomaban acuerdos tenebrosos. Allí se proponían remedios magníficos; por ejemplo: el incendio de la Casa Consistorial, el saqueo de la casa del alcalde y su bodega, el desarme de la Guardia cívica, la proclamación de la República y otros parecidos y tan fáciles como éstos.

El «Queremos toros» subía al espacio como una llama gigantesca que crepitara, constantemente cebada por bosques enteros y alimentada por hurácanes. Los campesinos tienen buenos pulmones, y era el oírlos gritar como locos que si no les daban toros iba á haber allí un día de luto. Querían toros, los que tenía encerrados el tío Emeterio allí mismo en la plaza detrás de aquella puerta del corral, y si no se los daban se los tomarían y echarían al señor alcalde por el balcón para que les sirviera de pelele al toro y á ellos...

Y, ¡por Cristo!, que eran capaces y más que capaces; y ya se iban cansando y el cansancio se exteriorizaba en una vigorosa silba. Silbaban ahora con silbidos atroces é indescriptibles formando la algarabía más desconcertadora del mundo.

El tío Emeterio, un poco pálido, miraba, arrimado á la enorme puerta de su corral, aquel tumulto. Tenía la llave de la puerta en el bolsillo y la mano en la llave y los ojos en tanta cara descompuesta, en tanto brazo alzado que pedía toros como aún en tiempos de hambre canina no hubiera pedido pan. A veces, uno de los toros encerrados tiraba un derrote sobre la puerta, que se estremecía violentamente. Los que escuchaban esto

redoblaban, excitados, sus imprecaciones y desahogos

Mas el alcalde, á quien en la orden conminaba el gobernador con la destitución y otras penas no menos agradables si desobedecía, oscilaba entre dos abismos y no se decidía con la prontitud que exigía el caso pistonudo.

La señora Pilatos hizo aquella tarde por su parte méritos inolvidables. Se la oía gritar entre la batahola, y ella solita metía más ruido que un regimiento. Morada más que roja, despechugada hasta la indecencia, con los brazos en jarras ó dándose grandes golpes en su propio cuerpo por no tener otro más á mano, vociferaba sin agotarse:

—¡Si yo fuera hombre!...

En cambio, los dos héroes de la fiesta, relegados á lugar inferior, el uno por un lado, el otro á la deriva, Ceferino y Epifanio, parecían no meterse con nadie ó que nada les importaba de lo que estaba pasando. Gritaban como los demás el: «¡Queremos toros!», y cuando les reconocían se lamentaban amargamente. Decíanles:

—Ceferino, habrá que dejar la apuesta para el día del juicio.

—Epifanio, ya no podremos saber quién es más bruto.

Ceferino callaba, pero Epifanio respondía invariablemente:

—Si que lo sabréis.

El asunto, no obstante, llevaba pocas trazas de arreglarse. El alcalde vacilaba, pero se detenía en el borde, y el pueblo arreciaba sin compasión ni respiro. Los gritos subversivos se mezclaban ya con alarmante prodigalidad á la petición de toros que lidiar, y el alcalde ordenó se telefonara al gobernador el estado anárquico de Villalón. El mismo infeliz alcalde pudo oír de labios del gobernador esta frase espartana digna de las antologías cívicas.

—Si el pueblo se le come á usted crudo, poco importa, lo esencial es imponerse y obedecer la Real orden que prohíbe toda capea por bárbara y peligrosa. Y basta por ahora.

Ese sudor, que los novelistas llaman frío, bañó la frente no muy ancha del alcalde, que rumiaba espantado... «Si el pueblo se le come á usted crudo, poco importa...»

Cuando volvió otra vez al balcón, los gritos ya no eran simples sino compuestos de insultos y pedradas. Muchos, armados de estacas formidables, gateaban hacia el balcón, otros esgrimían sus trancas en el aire como si fueran á lanzarlas á la «ballestilla» sobre la infortunada autoridad. El pueblo pateaba impaciente y su cólera se manifestaba minuto á minuto irresistible. El más lerdo en fisonomías, viendo las que allí devoraban al alcalde con los ojos antes de «comérselo crudo», se hubiera horrorizado. Los mismos niños se atrevían á injuriarle y le enseñaban los puños. No pocos cristales cayeron. Varios grandullones, tomando como blanco las bombillas de la luz eléctrica, hicieron preciosos impactos que hacían honor á su buena vista.

III

¿Cuál sería más bruto, Ceferino ó Epifanio?... ¿Cómo demostrarían su brutalidad los dos mozos?... La Mimbres no tenía duda alguna, el más bruto era su novio, Epifanio. Pero Blanca no podía resignarse á que el novio de la Mimbres venciera al suyo. Había que evitarlo, y le llamó desde la reja, detrás de la cual lo observaba todo como una leona.

—¿Qué vas á hacer, Ceferino?—le preguntó.

—Voy á demostrar que soy el más bruto del pueblo. Blanca se relamió de gusto.

—¿Y si Epifanio resulta más bruto que tú...?

—No puede ser, Blanca; tengo yo en el caletre una cosa...

—Dímela.

—No; la vas á ver ahora mismo. No dejes de mirar hacia la puerta del corral de tío Emeterio.

Blanca miró donde se la mandaba «clavando» allí los ojos, unos ojos negros, «brutalmente» negros.

La Mimbres buscó á Epifanio entre la multitud y le preguntó:

—¿Tienes ya en la mollera la brutalidad que vas á hacer?

—Sí, Mimbres—contestó su novio.

—Y si la de Ceferino es...

—No puede ser.

—¡Que será!—exclamó la Mimbres con delicioso ahogo.

—Ahora mismo lo vas á ver. No quites los ojos de la puerta del corral de tío Emeterio.

La Mimbres puso allí su mirada lánguida y esperó.

El alcalde, herido nuevamente por un guijarro, hubo de quitarse del balcón. El motín era ya aquellare, falansterio y paudemonium. Las voces debían oírse en el cielo. Con voz dolorida el alcalde pidió Guardia cívica al gobernador, agarrándose al teléfono como tabla de salvación.

—Si vucencia—le decía suspirando—no me envía un escuadrón, España tendrá un día de luto. Preveo una catástrofe.

—No me es posible, es absolutamente imposible. Resistase. Ingéniese. Busque recursos en su... entendimiento. Prometa la luna.

—Vucencia debe saber que estoy echando sangre en este momento.

—Eche el bofe. Me es imposible. ¿Entiende usted lo que es serle á uno imposible una cosa?... Vea la manera de ser héroe cuarenta y ocho horas nada más.

—Permítame que pregunte á vucencia por qué le

es imposible enviarme fuerzas para evitar una hecatombe que más tarde será irreparable.

—Toda la Guardia civil disponible está en la línea férrea protegiendo el paso del tren real. Como usted ve, es de todo punto imposible distraer de la línea un solo número.

—Entonces no respondo de lo que ocurra.

—Pues acuda á Dios; yo nada puedo hacer.

Y si no Dios, por lo menos el diablo vaya si acudió en socorro del alcalde, que se veía ya arrastrado por las escaleras y ahorcado de un farol con diez palmos de lengua fuera. Porque no bien hubo colgado el auricular cuando á sus orejas llegó el ruido más espantoso que haya turbado cristiana inteligencia. Oíanse alaridos de angustia; ayes de una congoja infinita, gritos agudísimos como si una mano misteriosa hubiera destapado una olla de las de Pedro Botero.

Instantáneamente un alguacil entró en la estancia. Traía la lengua fuera como un perro de caza, los ojos extraviados, la cara desencajada. Tartamudeaba...

—Señor alcalde, señor alcalde...

—¿Pero qué pasa?...

—Pasa... pasa... pasa que...

¡Habla con mil rayos que te caigan encima!

—Toros... dos... papilla... escabeche... la sangre como agua.

El alcalde saltó al balcón más proximo, y vió algo que pasa los límites de la fuerza humana. Dos toros bravos, enormes, locos de furor, barrían la plaza, derribando niños, mujeres, hombres con ímpetu incontrastable, magullando á los caídos, pisoteando montones de desgraciados, corneando horriblemente á diestro y siniestro con velocidad espeluznante.

El alcalde se llevó las manos á la cabeza y apretó, porque se le escapaba la famosa tapa de los sesos...

En poco tiempo la plaza ofreció el aspecto de un campo de batalla. Charcos de sangre, masas encefálicas...

cas, cuerpos desmembrados, agonizantes arrastrándose junto á las tapias, moribundos con los intestinos en las losas, montones de cadáveres en posiciones indescribibles, hombres con cornadas tremendas por las que la sangre salía como de un caño...

Los toros se escaparon al campo. Sucedió al estrépito horrendo un silencio más trágico aún. Solo se escuchaba de vez en cuando una voz que pedía auxilio ó que maldecía de su suerte perra ó que lanzaba su ¡ay! postrero y melancólico.

En un callejón, un poco pálidos, pero sonrientes, mirábanse uno á otro Ceferino y Epifanio.

Habían tenido los dos la misma idea; coger la llave á tío Emeterio y abrir la puerta á los toros de repente.

¿Cuál de los dos era más bruto?

Y mirándose sonreían sin hablarse.

Al anochecer el alcalde habló con el gobernador.

—Tengo el honor de comunicar á vucencia, que todo ha terminado...

—Por lo que le felicito. Es preciso atar corto al pueblo y educarlo. Nada de capeas salvajes.

—Pedían toros, y los han tenido...

—¡Cómo!... ¿Qué dice usted?

—Sí, excelentísimo señor, la capea se ha celebrado. Se escaparon los toros y han matado y herido muchas personas.

—Me alegro. ¿No pedían toros?

—Ahora, ruego á vucencia encarecidamente que me envíe todo un tercio de la Guardia civil. Porque es indudable que el pueblo me echará la culpa de lo sucedido.



Fiesta de toros en Sepúlveda.

*El pelele está malo,
¿qué le daremos?...
Agua de caracoles
que cría cuernos...*

(Canción de los Majos,
según Velasco Zaro.)

I

Doscientos setenta y dos subscriptores habían cubierto el empréstito magníficamente calcado por don Tomás sobre el del año pasado, como éste lo fué sobre el de los anteriores años y así, andando hacia atrás, hasta llegar á los tiempos de Alonso de Suabia, el que es fama que, presenciando en Sepúlveda una lid de toros, se puso de mal humor.

El Concejo, presidido entonces por el señor Melanio, votó lo que faltaba con una ejemplar unanimidad que de desear fuera en otros asuntos harto importantes, y con el dinero reunido se compró el toro del tío Lampiño en ochenta y cinco duros de buena y sudada moneda y el más de algunos céntimos.

De la vaca del señor Melanio no había que hablar. En el corral estaba, y con ir á por ella como todos los años... al avío.

Esta vaca, Diòs me perdone, era toda una institución. Los abuelos la habían toreado, la toreadan los nietos y el día del juicio por la tarde seguiría dando lo suyo. Se llamaba *Malva*, pero no lo era aunque lo parecía. Bajo aquella mirada zaina se abrigaba la peor intención del mundo, y una sabiduría tan madura y tan concienzuda inteligencia, que torearla era resolver el problema más embrollado, y librarse de ella, una vez delante, cosa así como coger el cielo con una mano. No había en Sepúlveda hombre crecido ó sin crecer que no tuviera en su cuerpo pruebas de lo que vamos diciendo y aún callamos por discreción, porque la tal vaca se había permitido en ocasiones vestir de luto á respetabilísimas familias y en la gloria hay unas docenas de bienaventurados que podrían dar fe de ello. A pesar de esto, ó tal vez por ello, que de menos nos hizo Dios, la vaca era querida en el pueblo como no lo fué ni el mismo buey Apis entre los egipcios, y el más grave de los cuidados y la más severa de las obligaciones á cargo del veterinario era arreglar escrupulosamente la vaca de un año para otro y dejarla como nueva.

Resultaba, y ello es muy humano, que no pudiendo vencer su mucha malicia con el artificio ó destreza del toreo, la pinchaban durante la lidia con todo género de armas ilícitas, acribillando sus anchos y desgarrados lomos con terribles agujeros y cortes que, á no velar por ella, diera el último aliento en un amén y hasta presumo que no con poca satisfacción suya. No obstante lo cual, si un año era brava en grado superlativo, al siguiente no podría hallarse en Diccionario alguno calificativo para su comportamiento, no pareciendo sino que tenía tan excelente memoria como picardía y que deseaba vengarse en aquel de los felones que en el otro habíanla sahumado á grifo abierto.

Así la vaca y el toro á buen recaudo, don Tomás no se dió punto de reposo por dar esplendor á la fies-

ta, y escurriendo alcuzas y exprimiendo bolsos pudo hasta mandar imprimir en Segovia carteles anunciadores en los que todos los festejos de la feria, incluyendo las transacciones del ganado y demás, se ponían á la lidia libre de la *Malva* y el toro del tío Lampiño, que había de ser muerto á estoque por el *Cornetín*, y en caso de fuerza mayor por el *Pistola*, ventajosamente contratados con este fin por personas competentes idas á Madrid exprofeso.

El dichoso cartelito se pegó hasta en los riscos de la Sierra, y el éxito de la contrata de los «famosos toreadores» *Cornetín* y *Pistola* fué tal, que una semana antes de la fecha Sepúlveda era una romería. Hasta en automóvil vinieron no pocas personalidades de La Granja y de los hoteles de los nuevos pueblos veraniegos de las montañas del Guadarrama.

Y por cierto que en uno de los automóviles llegaron los mismísimos *Cornetín* y *Pistola* recogidos en plena carretera por el Marqués de X. Se los había encontrado en el kilómetro 42, más muertos que vivos. ¡Cómo que habían venido hasta allí desde Madrid andando!... Compadecido y orgulloso al mismo tiempo, los metió en el vehículo entre su mujer y amigos, y pilotando el convoy los trajo de esta guisa.

Cornetín y *Pistola* fueron agasajadísimos. Se disputaban á mordiscos estar á su lado y obsequiarlos. A mí no se me olvidarán mientras viva, aquellos dos muchachos desgraciados. *Cornetín*, según me indicó, había estudiado el preparatorio de Medicina, carrera que había abandonado. Y como yo lo deplorara, me atajó diciéndome:

—Aunque un toro de estos de las capeas, que saben más que Dios, me hiciera polvo, no dejaría por eso de ser torero.

—Pero ¿qué demonio es este de la afición que así los vuelve locos y los hace abandonar una carrera?— le pregunté yo.

—Mire usted. Yo iba á los toros desde que estudiaba primero de latín en el Instituto, me gustaban con delirio como á todos; yo era uno de tantos, después de verlos ya no me acordaba hasta que la lectura de los carteles me ponía otra vez nervioso, pero un día al salir de los toros, el tal—aquí el nombre de un diestro famoso— estrechó la mano que yo le alargaba sin esperanza ni aun deseos de que la oprimiera, y allí acabó el hijo de mi madre. Desde aquel momento soñé con toros, con toreros, con el público, hasta que hace dos años me escapé á capeas.

Y al decirme esto, brillaban como ascuas sus ojos agrandados por ojeras enormes de un color morado muy fuerte. Era muy joven, alto, esbeltísimo, vestido de una manera escandalosa con un traje pobre, ceñido á la barriga tanto que parecía iba á estallar á cada movimiento. Se lo hice notar, y me respondió:

—En las grandes ciudades, estos trajes antes perjudican que aprovechan á los toreros de verdad, pero en los pueblos si no nos ven así trajeados no creen que seamos toreros.

Su cara era agraciada, simpática en extremo, de líneas duras, sufridas, aunque toscas; su mirar, aplomado, buscando siempre un punto en que apoyarse; al andar exageraba, se «sentía» andar y deshacía brusca-mente la buena impresión que hablar con él causaba.

Pistola era más simpático todavía, serio, muy callado, bajito y feísimo, de más edad que *Cornetín*.

Este no tenía alguna cosa que decir de sí mismo. Era torero de nacimiento, según pude sacarle de la lengua tirando de ella con sacacorchos.

Vestía como su «maestro»— así llamaba él á *Cornetín*—, y su traje, que en *Cornetín* era asquero, en él era graciosamente ridículo.

Cornetín me decía de él, riendo:

—Sería un buen torero, si no le gustaran tanto las mujeres.

Cornetín hablaba con una suficiencia admirable, perdonando la vida á cada paso, definiendo y sin réplica. Sus labios fruncidos por muchos dolores é incontables angustias se abrían sólo para decir cosas de él mismo, lo demás le importaba un poco. Su género de vida y su afición avasalladora le daban una energía de acción tan grande, que procedía por afirmaciones en todo. Sin embargo, las privaciones y la gloria lejana aún envolvían todo esto en una falsa modestia muy bien disfrazada.

Se los rifaban. Los chiquillos, no los abandonaron ni un instante. Los mozos se presentaban en sus casas con ellos. Las muchachas los observaban con esa franqueza descarada que da la contemplación de una cosa que es del dominio de todos. Los hacían beber vino á cántaros. *Cornetín* cogía el vaso de una manera muy salada, arqueando el brazo, sacudiendo el líquido en el aire y llevándolo á los labios con una gracia, que de tanto repetirla, había concluído por ser un felicísimo hábito regocijante. Noté que los que le veían beber así una vez, cuando iban á beber ellos, no sabían ya cómo habían de coger el vaso. *Pistola* bebía mucho, limpio y bien, sin los arabescos de su «maestro».

Los que más gustaban convivir con ellos eran los aristócratas venidos de la montaña, los veraneantes. Estos les daban lecciones, consejos, tarjetas, direcciones de *coupletistas* que protegen toreros en agraz ó en embrión, promesas de contratas «serias», todo menos dinero, y, ¡por Cúchares!, que era lo que más necesitaban.

II

Pueblos habrá en España más pintorescos que Sepúlveda; más nuestros, no. ¿Verdad, Ignacio Zuloaga, tú que has creado con él un cuadro maravilloso, verdad que no hay en España un pueblo que más se parezca á nuestra actual situación, que más diga lo que en realidad somos?...

Un castillo colosal que se ha empeñado en existir aunque á nadie importa allí su existencia; imponentes lienzos de murallas con sus cubos, torreones, saeteras, barbacanas, algo que fué torre y un hueco horrible que fué ventana, que hoy nadie mira si no viene de fuera. Y al pie, casas, unas casas siniestras que viven y sienten y padecen, una de aquellos dibujos de Víctor Hugo, á los que ponía este epígrafe seco: una casa. Y aquéllas son esto y nada más. Su fachada no tiene estilo, sus aristas no son líneas, sus masas no tienen forma; pero la fachada tiene estatura y aire y cara; y las aristas son extremidades con las que se palpan unas á otras para no caerse, ó para empujarse, ó para defenderse de la piqueta y hasta del tiempo; y sus masas son cuerpos rechondos, tripudos, angulosos, la cal, es piel; los ladrillos, carne; las vigas, huesos; y estos huesos tiemblan y tienen enfermedades espantosas, y la carne se agrieta y es fofa y linfática y blanda, y la piel es negra, morena, sucia, blanca y se dilata ó se contrae en arrugas feroces. Una casa igual á otra no la hay, no somos iguales nosotros. Una busca aire respirable y lanza su piso, la de al lado no tiene piso, extiende su pared por el hueco de la calle y roba el aire de la vía. Nadie protesta ni se opone, es la casa la que hace esto, no los vecinos. Es la casa que vive y se resiste á la muerte luchando de un modo horrible, en silencio, adaptándose al ambiente, recogién dose siempre cada

vez más en sí como si realmente tuvieran espíritu y hubieran de vivir de él y no de las cosechas de sus habitantes. Lo saben, y ocupan poco sitio, como los miserables, como los desgraciados. Ninguna se adorna ni se adereza; se enjalbega ó se lava muy de tarde en tarde, y en paz. A veces, la casa saca de sus entrañas pegotes informes sujetos con hierros viejos encontrados en las basuras ó en los despojos, y la casa tiene ya galerías ó pórticos y vigas resquebrajadas ahumadas por las hogueras de muchas generaciones que mienten columnas y pasadizos y porches. Las calles no existen. Es verdad que hay sitios estrechos, tortuosos y largos por donde se va al campo, pero calles no hay. ¿Y para qué? Son bocas de calles. Son calles que quieren existir, pero á quienes las casas no las dejan. La plaza es grande, es verdad, pero en cambio las casas han fruncido el ceño y parecen que dicen: ¡Oh qué despilfarro de terreno! ¿á qué viene eso?...

Mas el día de toros, ¿quién repara en la fisonomía de las casas, en la angostura de las calles, en los lamparones de la humedad, el reuma de las paredes, la gota de los edificios viejos, los artritismos trágicos de los rastreles y las vigas?... Va á lidiarse una vez más la vieja vaca *Malva* y han venido de la corte el *Cornetín* y el *Pistola* para entendérselas con el toro del tío Lampiño que tiene lo menos siete años y dos cuernos como campanarios. Habiendo esto, las casas se remozan, las puertas y ventanas dilatan sus ensambladuras, quieren ver, ¡qué diablo!; un día, es un día, y como cada casa arroja su cana al aire, siendo verano parece invierno, no es que se desperezan de una siesta, es que salen de un letargo invernal y las canas caen como nieve que si el sol de Agosto no evaporara...

¡Toros! ¡Hay toros! Es día de toros en Sepúlveda. Los pocos pajarillos que dejan sanos los cazadores se saludan así en el aire: ¿Sabes que hay toros en Sepúlveda? El viento se calma porque sabe que molesta á

los lidiadores. El sol arde de lo lindo diciendo: Es preciso que luzca hoy bien; esa sangre española necesita fuego. El vino cae alegremente en las copas y, al verse, su color de rubíes miente una sangre fresca y juguetona ansiosa de salirse de las venas donde la tenían presa. ¡Hay toros en Sepúlveda! gruñe la Sierra de Guadarrama á la de Cervera y á la de Gredos. ¡Toros! gritan los niños, los viejos para quienes el día de los toros es un año más, las mozas anhelantes de ruido, de batahola, de bullicio, de jarana. ¡Oh, bailar sobre las manchas de sangre de la plaza después de la corrida! ¡Toros, toros!...

Por la carretera se acercan velocísimos los automóviles; pausados, los carros; más despacio, las cabalgaduras; al paso castellano, los peatones. Ya se ve el castillo. Ya se oye el jaleo y el ánimo se alegra y enardece. Desde lejos, desde muy lejos, se siente vivir á Sepúlveda.

Sepúlveda ha resucitado, su alado nombre vuela ahora de campanario en campanario como un águila de victoria. El polvo de las casas, de la herrumbre, de las bóvedas del castillo, de las eras abandonadas, de los cerebros se arroja sobre el piso de la plaza, y el polvo de los caminos viene al galope detrás de los carros y se abalanza sobre la ciudad para ver los toros y colaborar en la fiesta. ¡Ah ese alegre polvo castellano, tierra desmenuzada que es carne de nuestra carne, cómo se arremolina y flota y marcha y se posa y cae y se adentra en los pulmones! Polvo, sol, sangre, música estrepitosa, percalinas que mienten una bandera española inmensa, tan grande como Sepúlveda, como si la Patria pusiera al viejo pueblo bajo su protección secular...

¡Arriba, peatones, hay que llegar á Sepúlveda antes del mediodía, después de la misa mayor, cuando los curas se quitan corriendo las hopalandas sagradas para no perder la otra misa de la raza donde los hijos del pueblo elevan en un vaso vulgar su riquísima sangre

roja al dios del azar, el dios nuestro, nuestro lábaro, nuestra vida toda!...

Temprano cogieron sitio los pueblerinos. El que venga atrás que arree ¿no es esto?... Eso es; no hay satisfacción mayor que ocupar un sitio que otro soñará ocupar después y por el que viene desde muchas leguas. Balcones, tejados, ventanas, todo está ocupado. Un saliente donde se pueda apoyar un pie, los bastidores de un viejo farol, las grapas que unen piedras, las piedras no bien asentadas, los aleros, las cornisas, los hierros de las rejas, las desconchaduras, las hornacinas, donde quepa una mano nada más, se esté incómodo ó no, no importa, el caso es ver, mirar, hartarse de mirarlo todo, desde el cielo azul hasta la bahorrina del toro que husmea y hiede fuerte.

Allí está el señor Melanio, el alcalde. Apoyado en la casa más grande se ha levantado la víspera un tinglado con la peor madera, con la madera más vieja, la inserbible. No vale gastar en estas tribunas tablonos buenos que además son caros. Se puede hundir, es cierto, pero en último caso no es para los que no se hundan un espectáculo más. Pues de eso se trata. De ver, de no saciarse de ver. Es preciso que haya allí luz, sol, vino, sangre, voz; figuraos lo que una imaginación española hará con todo eso, cuántas combinaciones y cuán maravillosas no formarán por sí mismos esos elementos... El alcalde está allí, en el tinglado, no sueña siquiera que pueda hundirse, y como Dios no lo remedie, por las trazas ese camino lleva. Cruje, y cada vez más dolorosamente, la armazón; pero se ve tan bonitamente desde allí, que ciertamente no vale la pena el...

La irrupción. Los minutos, como nuestras pulsaciones, arrojan sobre la plaza oleadas de vida. Es la plaza un corazón por el que pasan docenas de pueblos. Se encuentran los paisanos, se reconocen, hay que celebrarlo. Las botas, esas inconfundibles botas de vino que echan á perder el buen vino y hacen el malo bue-

no, son elevadas como hostias y acogidas con algazara de liberación. ¡Bendito escándalo, sólo tú eres capaz de hacer ya milagros en mi patria! El ha traído á Sepúlveda millares de campesinos y centenares de veraneantes, él pone en los labios canciones, «flores», ansia de vivir, presagios, promesas. El contagia las mujeres, esas mujeres de la tierra que saben que viven porque paren y sufren y trabajan.

Medias negras, calzones de pana, soleas, botazas de cuero, mangas de camisa, sombreros inmensos cuya originalidad es no estar limpio ninguno, olor á pies, á sudor, á comidas campestres á base de huevos, olor á bencina, á alcanfor, á peros de arca que perfuma y conserva la ropa, á vino de diez céntimos el cuartillo, á vestidos muy viejos renovados ó teñidos con endiabladas substancias. Se ve en los balcones, en las galerías que se cimbrean dramáticamente, en la tribuna donde el alcalde se sentó casi al amanecer, mujeres adornadas con trajes curiosos, pero, ¡ay!, indescriptibles. Estas gentes tuvieron sus trajes típicos, unas vestimentas muy bellas que recordaban grandes triunfos de pelaires y comuneros, cofrades de hermandades y otras cosas que mejor es no traerlas á la memoria. Con aquellos días perecieron los ternos, y modas extrañas pasadas por regiones y regiones se fundieron con la necesidad y la simplicidad y la desilusión, y ahí están esas mujeres que no son feas, que aún acusan su raza y su genio, vestidas de enciclopedias, llamativas y atontadas, rodeadas de chicos que arman la marimorrena más sandunguera.

Las bocas de las calles están bien tapadas con carros, y sus ruedas forman una barrera de nueva especie que sólo interrumpe la tribuna, los travesaños de unos burladeros, la puerta de los toriles improvisados y otro tinglado, que aprovechando un gran rincón, se levantó para uso de ricachos. Detrás de los radios de las ruedas se amontonan los espectadores por capas echa-

dos de bruces los de abajo, y los de arriba en cuclillas dando con la cabeza en el techo del carro. Un toro que hociquee y barra y meta el cuerno allí...

Suenan las campanas. El sol incendia la plaza, achicharra el informe montón de espectadores y quema la sangre y la lengua. ¡Oh qué algarabía!... A través del polvo se distinguen las zonas roja y amarilla de las percalinas y banderolas. Se agitan centenares de abanicos y se oyen pregones de mercancías. Las modalidades acres del acento campesino y la libertad montaraz con que las emiten aumenta la confusión. Se llaman unos á otros añadiendo al nombre patronímico un adjetivo procaz. El sol da ingenio, y éste cruza la plaza en ondas, se mezcla, entrechoca, vibra, da luz, produce vértigo, risas, imitaciones de animales. Nada más exacto. De pronto, dominando las conversaciones, un rebuzno prodigioso corta la respiración y el habla de todo un pueblo; otro quiere imitarle, y fracasa, y se le abucea sin compasión; varios intentan superar el asombro primitivo con aullidos, rugidos, cacareos; mas el asno queda de rey, vence el burro, el rucio triunfa... el anónimo debe sentirse justamente orgulloso.

En el tinglado del señor Melanio nadie cabe más. Aquella especie de tendido épico, de gradas de torneo ó de auto de fe oscila ó lo parece. ¡Y todavía ha de embaularse allí la música!...

Aquí la tenemos ya, en el ruedo. Buenos pulmones y que por muchos años Dios se los conserve. Eso es soplar, y lo demás son gaitas; y eso es ir aprisa, y lo demás es filfa. Lo que faltaba. El escándalo tiene ya su diapason. Aunque parezca mentira, el vocerío crece tanto á rachas ó por descargas, que la música pasa á ser un dulce eco.

En el ruedo hay más gentío que en los otros sitios. Gorras, sombreros, fajas, boinas, palos, chaquetas y capas de torero se agitan, ondean, flamean y mueven

con un desconcierto que marea y aturde y hasta irrita. Se ven también colgaduras de damasco y cortinas y paños negros... de catafalco: algún sacristán heroico sin duda. Por unos travesaños una vieja saca una colcha y la agita, llamando á la muerte quizás. Muchos niños andan saltando entre los lidiadores y llevan también palos, pañuelos y pedazos de telas que sacuden con gran alboroto y satisfacción. De los balcones, carros y demás tenderetes, escalerillas y balconillos arrojan á la arena cáscaras de naranja, mondarajas, patatas y porquerías. Una agitación inverosímil, una rapidez inconcebible, un jadeo de pesadilla mueve el retablo formidable. Los menos quietos son los más sentados, y con la lengua y brazos suplen los pies y los movimientos de los otros.

De improviso, tío Paquito el *Lanudo* abre el portallón, y la gente refluye con violencia dejando ante el toril un espacio libre en el que un niño, solo, reta á la hecatombe.

III

Nada sale de aquel lúgubre boquete. Al principio, la muchedumbre aspira con deleite la emoción de una cuadra abierta, por la que puede precipitarse el caballo de la muerte; después, impacientes, azuzan y silban. Por fin, en el umbral de aquella especie de tumba, aparece el conocidísimo testuz de la vaca *Malva*, y un murmullo ensordecedor la saluda.

¿Quién de aquellos héroes no tiene en la piel alguna caricia de *Malva*? La muy tunanta sabe ya con quién ha de habérselas, y no se ha apresurado mucho. Su salida es un poema. Paso á paso, mirando hacia los brazuelos con un aplomo y una pupila deliciosos. En el tendido, su amo, el señor Melanio, sonríe paradisiácamamente. Los héroes procuran envolverla y aturdira, pero, ¡ay!, esto lo viene ella evitando algunos lustros

ha, y sólo acude donde puede dar un golpe en blando y cuando á ella la parece. En efecto, el bicho es de cuidado, rehuye las tablas y traza figuras geométricas en el centro, inmovilizándose con frecuencia, ingeniándose por aparentar una perfecta indiferencia por todo lo que la rodea.

—Cada año sabe más ese angelito—dice un veraneante —, y la crecen más los cuernos.

Porque *Malva* tiene unos cuernos abracadabrantés. No sólo son dos cuernos largos, sino que uno de ellos es más largo y fino que el otro; y mientras el izquierdo tiene forma de cuerno de carnero, el derecho es un prodigio de perfección y un arma ideal para la ofensiva. Cornada de su «derecho», son seis años seguros de cama ó el «santóleo». Y como atenuante de lo que decimos, *Malva* posee una conciencia perfecta de sus cuernos, y jamás usa el mogón.

Un palurdo tiene ocasión de reconocer que no le han mentido. Se acerca, destacándose de la masa, y se acerca tanto, que el bicho «hace» por él, lo encuna y lo sacude tan descomunal palizón, que los espectadores comienzan á chillar como poseídos. Cuando *Malva* lo deja «amorosamente» en el suelo, no hay quien lo recoja, no por miedo, sino por temor á no saber por dónde cogerle. A lo que parece, las que han pagado el pato son las costillas, de las que si ha quedado alguna sana no tardará en romperse. Su mujer, que presencia el caso y no muy lejos, le grita con voz emocionada este dulce consuelo:

—¡Animalazo!...

Pero lo peor no es eso, lo peor es que la vaca ha cogido á un niño y lo ha lanzado contra una estaca rompiéndole la cabeza. El golpe ha sido tan maestro, tan bárbaro, que ha estado sonando por los ámbitos media hora. La madre de aquel crío se entera y prorrumpe en alaridos ahogados por la algazara. A lo que se oye, la madre parece que va diciendo:

—¡Oh, qué paliza lo voy á dar como lo coja!...

Tal vez no llegue á tiempo. Dicen que el niño se «las guilla».

Un aficionado al coleo intenta la suerte, y es aplaudido á rabiar mientras la ejecuta con una limpieza sorprendente. Reciamente sujeto á la cola que ha rodeado á la mano á manera de nudo, gira velozmente en torno de la vaca burlando á fuerza de puños la cabeza de la fiera que, harta de dar vueltas, lo sacude una coz de macho falso. Suelta el pobrecillo la cola fatídica y se lleva las manos heroicas á la cara ensangrentada.

Se oye un bozarrón de los que le rodean:

—¡Lo ha hecho polvo la quijada!...

Pero el barullo se traga esta exclamación, y la lidia sigue y sigue consumiendo el turno con una monotonía insoportable para los que buscan emociones vivas. Alguien ha logrado herir á *Malva*. Se ve admirablemente en su piel blanca un horrible desgarrón que echa sangre en abundancia. La vaca pateo y sacude los corvejones con su cola.

El señor Melanio, allá en su tendido, sonríe.

La turbamulta, á prudente distancia, la increpa con heroísmo. La llaman mil voces por su nombre. Algunos son tan valientes, que se echan en el suelo como si durmieran. Otros, recordando que los diestros de veras se ponen de rodillas, los imitaban, y la vaca recibía estas muestras de afecto sin quebrantar su consigna de darse por entendida.

Un bruto, á quien por cierto y con beneplácito del «ilustre senado» mandó prender el señor Melanio, tomó carrerilla, y á la media vuelta la sacudió tal estacazo con una cayada de fresno, que los corazones menos sensibles le sintieron en su interior tanto como el animal. Pero el diablo es el mismo demonio, y sucedió que, buscando el alguacil al bruto del estacazo y teniéndole ya agarrado por el cogote, la vaca, que vió aquellos movimientos desenfrenados, se arrancó á

sesenta por hora y el infeliz alguacilillo recibió el golpe que la vaca destinaba al de la cayada. ¡Y qué golpe!... El cuerno le entró por el muslo y le atravesó, y así colgada la malaventurada víctima de su deber, fué campaneada hasta el delirio.

En honor de aquella muchedumbre, hay que escribir aquí que no hubo uno solo que no lo estuviera lamentando desde que la vaca le empitonó hasta que le desprendió arrojándolo á una galería. Ayes, gritos, desmayos, horror, toda la gama infinita de la caridad humana acompañó en su dolor al sinventura.

El señor Melanio, en su tendido, sonreía amable.

La multitud, justamente ofendida con aquel animal, reclamó los mansos, y el alcalde, que estaba deseándolo, ordenó que retiraran á *Malva*. Pero allí fué ella. Allí fué el cobrarse con creces. En un esfuerzo supremo de valor y venganza la rodearon y acorralaron centenares de almas, y el suplicio no tuvo semejanza. Pinchazos, navajadas, vergajazos, el disloque. La vaca mugía, y los verdugos coreaban. En vano el mayoral quería abrirse á trompazos paso libre. La sangre resbalaba por las patas de la vaca, los lomos y el testuz. Se defendía bien, pero la gentecita se había encorajinado. Llegaron á arrancarla pedazos de carne viva que puesta en una pica, fué paseada entre vitores. Un buen hombre que se empeñó en dejarla tuerta, fué el epílogo del drama. Cogido por la res con verdadera furia, allí hubiera quedado en piltrafas si el mayoral no acertara á recogerla y llevársela entre un diluvio de silbidós é invectivas y palabras carcelarias.

El señor Melanio, que estaba pasando las de Caín, seguía sonriendo.

Eran de oír los comentarios y era de ver aquel espectáculo inenarrable. Millares de campesinos discutían si se debían ó no se debían haber llevado la vaca, poniendo en ello toda su alma y como no hubieran discutido nunca el problema del pan. Porque es preciso

señalar, aunque esté demás, que si las palabras é ideas faltan para raciocinar acerca de algo que nos interese de cerca ó dé lejos, no faltan nunca y aún sobran tratándose de cosas de toros, y si Esopo sabía hacer hablar á los animales, las cuestiones taurinas tienen el privilegio de avivar los entendimientos dormidos y las lenguas sobrias y Dios os libre de caer en la tentación de hurgar en la laringe á un necio si de toros se discute.

Como los judíos en la tierra de Promisión, los ojos no se hartaban de ver ni los sentidos de gozar. Aquella plaza improvisada era como la epopeya de toda una raza reunida en las estribaciones de una cordillera para dilucidar un problema de estirpe. ¿Qué asunto llegaría á tomar con tal interés esta raza mía?... Niños, mujeres, barbados varones allí despotricaban apilados, estrujados, sudorosos, en congeries horribles, en enjambres infinitos, esperando ver sangre, ó «peligro vivo» ú hombres despanzurrados, ó toros hechos jigote. Y cuando lo veían miraban más, con más ansia, sintiendo que se acabara la escena, confiando en que ver un toro es sospechar una tragedia probable á cada minuto de tiempo.

El sol iluminaba el castillo fieramente, y á mí se me antojaba que el castillo veía y miraba... ¿Por qué no había de mirar por aquella ventana rasgada en la torre por el tiempo como el ojo monstruoso de un ciclope? ¿No fueron los nobles quienes legaron á mi pueblo el gusto por estas lides? ¿No fueron ellos quienes enseñaron á los pecheros y «homes viles» estas fiestas? Aquel castillo tenebroso observaba la eficacia de la herencia. El pueblo atado á ella no se preocupaba de otra cosa. Toros ¡Toros!... Porque en ellos hay libertad de ser malo y hay lugar y margen amplios para mentirse un valor que ya no tiene en qué emplearse porque la ocasión y el siglo exigen otra cosa. ¡Toros!... ¡Toros!... Porque ellos, y sólo ellos, reúnen

á los pueblos y otras fiestas los dejan fríos y en ellas gana dinero el industrial ó el industrioso y todos se divierten y llenan su meollo de sangre, caprichos, fantasías y libertinaje.

Era trágico observar aquella inmensa nube de polvo cernerse sobre Sepúlveda, y en medio de la nube debatirse como maníacos centenares de hijos de Villalar y de Segovia. Comiendo, trago tras trago, en pleno delirio de cuchufletas y bromas, chillando sin cesar, sintiendo el sol en la nuca y el corazón al galope, mintiéndose una grandeza ficticia, allí esperaban algo... ¿El qué?... La muerte del niño que habían presenciado, la cornada del alguacil, la coz al necio... Mas la realidad era una afirmación, no una interrogante, y allí estaban para asegurarlo aquellas señoritas venidas de La Granja en automóvil que lo encontraban todo pintoresco, español, único é inimitable.

Dificilillo fué despejar un poco el ruedo. El *Cornetín* y el *Pistola* salieron á los «medios», y tenían empeño por quedarse solos ó casi solos. Su aparición fue saludada con aplausos calurosos. Se esperaba, harían maravillas, y aunque no pudieran fijar qué clase de prodigios habrían de hacer, no obstante todos esperaban de aquellos muchachos algo grande.

Cornetín recorría el ruedo seguido de muchos mozalbetes que miraban con envidia y admiración sus caderas descaradas y su grupa ceñida y su barriguita oprimida como para no engordar con el oficio y aquella capa de brega de dos colores graciosamente al brazo. Saludaba á todos con efusión, y su mano era buscada. Le alargaban la «bota», y aunque no quisiera había de beber. Su simpatía hacía estragos en una raza que por la simpatía se conduce y gobierna. Le hablaba la gente al oído ó le animaban cariñosamente. Era muy joven, y conmovía.

Les iba á divertir con su vida, y se lo pagaban con sonrisas, fracesitas de aprecio y palmadas.

—Tiene hechuras —decía una veraneante de San Rafael.

¡Oh, tener «hechuras»!, he ahí la fortuna en España.

El pagaba los aplausos con creces. Se fijaba en todos. Sacudía el brazo con gracia enfática y andaba de través como los gatos, pero con muchas arrobas de sal.

Pistola, menos ó nada alabado, se cuidaba más de la retirada y se fijaba bien en los puntos ó asideros de salvación en casos de apuro, lo que indicaba no iban á ser éstos pocos.

De la enfermería, ó sea de un cuartucho indecoroso, venían malos vientos; el niño tenía la cabeza abierta por tres sitios; el de la cox, pataleaba como un condenado; el alguacil se las «piraba» al «otro barrio» y un desconocido no decía oste ni moste, tieso en el suelo y con un agujero como un túnel.

La multitud ya no se inquietaba por estas minucias. Su atención estaba ahora presa y se contentaba con exclamar:

—¡Qué barbaridad!... ¡Y en menos que se persigna un cura loco!...

El toril se abrió otra vez; ésta, en medio de un silencio religioso. El toro salió como la pólvora. En un segundo dió la vuelta al ruedo á pesar de su volumen inconcebible, y, metiendo el cuerno entre los radios de las ruedas y las estacas, sembró la consternación y la alegría por mitad después, persiguió á varios audaces que se libraron por medios inverosímiles entre el «pitorreo» y la «chunga» de la muchedumbre.

El *Cornetín* palideció. Nunca había visto un toro semejante. Tartamudeando le preguntó á *Pistola*.

—Oye, niño, ¿pero... eso es un toro?...

—Así parece—contestó.

Y que no había otro remedio que «apencar». El *Cornetín* le tiró la capa á la carrera, el toro acudió y el lance resultó soso. Más salado fué el de *Pistola* que, siempre á la vera de su maestro como exigen los cá-

nones, recogió al elefante y se lo llevó á otro lado con una facilidad conmovedora.

Pero esto fué todo. El toro era mucho toro, y no había fuerzas humanas que lo dirigieran. La voluntad de los torerillos era mucha, pero su miedo mayor, y cuando aquella pirámide decía «allá voy» no había tierra bastante que poner por medio. La gente lo comprendió en seguida. Al toro del tío Lampiño no lo torea ni Sansón. Y esto, en vez de calmarla ó predisponerla á la benignidad, la sacó de quicio.

—¡Maletas!

—¡Granujas!

—¡Para eso enseñas las caderas, hijo de...!

Cornetín hizo de tripas corazón, salió de su escondrijo, y como el toro permaneciera quieto se arriesgó el muchacho á hacer delante de aquella catedral lo que soñaba en sus fantasías de lidiador de cartel. Clavó los pies en el suelo, extendió la capa con decisión, adelantó la cabeza en reto pinturero, y con la cintura hizo no sé qué garabatos.

Aquello era capaz de enternecer una galleta de campaña.

Ver aquello y gritar la plaza un ¡ole! atronador, todo fué igual.

El joven se creció, nublóse su espíritu con las brumas de la gloria, adelantó más todavía «comiéndose el terreno» del toro, volvió á clavarse en el suelo y citó de nuevo empinando esta vez las puntas de los pies.

Un ¡ole! fantástico, abrumador, horrible, hirió el espacio. Todos los pechos estaban anhelantes; el silencio era de ataúd.

El toro, quieto, plantado, alta la cabeza descomunal, observaba á *Cornetín* evidentemente complacido. Pero no acudió.

El muchacho se cegó ya, y, borracho, sublime, ebrio de miedo, sin saber cómo salir de aquel lío, avanzó más.

No le separaban del toro ni tres varas.

Desde su nuevo puesto citó con suprema chulaponería. Aquello era darse sin reservas, sacramentarse, tener en la mano el aldabón de la puerta del otro mundo. El pueblo en masa se puso en pie arrastrado por aquel acto incalificable, y mugió un tercer ¡ole! desgarrador.

El toro, entonces, inclinó las orejas y cuando sus músculos se tendían en esfuerzo bestial... se oyó en los ámbitos un ruido que heló al toro, al torero y los oles.

Fué así como un «crac» sordo de algo enorme que se rompe.

Instantáneamente, y con la sencillez de un tablón que se escurre, resbala y cae, todo el tinglado del señor Melanio se desplomó en la plaza. Una nube espesa de polvo, elevándose como una sulfatara, ahogó un lamento formidable. Centenares de espectadores caían en confusos montones de maderos tronchados, astillas, ropas, miembros y percalinas.

El toro, sin dudas de algún género, se lanzó sobre el montón informe. Se le veía á través del polvo cornear horriblemente los cuerpos, campanearlos y derribarlos luego sobre la parte libre como si fuera una siniestra maniobra de salvación.

Los ayes encogían el alma y el estupor anquilosó los brazos. Nadie acudía. Parecía que aquella tragedia había ocurrido á muchas leguas de allí y que sólo se veía de ella un espejismo. Los seres se revolvían en aquella pira como si los fueran á quemar.

Enloquecidos se arañaban, golpeándose; se oían blasfemias, aullidos, horribles desplomes de andamios, y entre espesas humaredas de polvo se distinguían cuerpos que se agitaban con estremecimientos y convulsiones angustiosas. El toro iba bravamente en auxilio de los que se movían, revolviéndose entre las víctimas como un verdugo aterrador.

El sol, un sol de estío castellano, alumbraba todo eso.



Un tren “especial de toros” en Castilla.

¿La fiesta nacional es sombra que proyecta el cuerpo de la nación?... ¿Quitar aquélla no será, en cierto modo, suprimir éste?...

(Conde de las Navas, *La fiesta más nacional*, volumen de 800 páginas. 1900.)

I

—¡¡Señooooores viajeeeros alll treeen!!...

Y hará como unos doce siglos que en él estamos. Le hemos visto formar vagón á vagón en el andén reservado á las mercancías. Una máquina, en cuya hoja de servicios se contiene el haber transportado tropas en tiempos de Zumalacárregui, ha ido colocando uno tras otro esos vagones con un cuidado maternal. Nada más edificante que ver á la tal máquina escoger los peores, los más viejos, los veteranos de la línea, trasladarlos con mimo para que no se rompan del todo y, una vez colocados, quedarse á la cabeza del convoy, echando un endiablado humo pardo por una chimenea más alta que la cabeza del toro que mató al *Tato*.

¿Será posible que este carcamal de máquina transporte ese tren interminable? Ni más ni menos. Esa maquinita, del tiempo en que Stephenson ideaba «El Cohete», hará nuestras delicias arrastrando cuarenta y dos vagones más «arrastraos» que toros llevados por las mulillas. Cuarenta y dos, ó dedos mienten. Los he contado uno á uno, después de dejar en el asiento «algo», por si sirve, que no servirá, y lo más probable es que vaya mi obesa personalidad en el estribo. Pero á buena hora me pierdo yo el espectáculo de la invasión de un «especial de toros». Aquello de los Bárbaros del Norte, los humnos, suevos, vándalos y godos son «bocas de la isla» comparados con este asalto innarrable é indescriptible.

Ha sido, señores, el ideal de lo sublime. El tren se ha tragado media provincia, y es la primera estación del calvario que hemos de recorrer antes de llegar, si llegamos. Como que torear en Limpias el *Ceporro*, el *Arcipreste* y el *Molar*, y la Empresa lo ha tirado «to» por la ventana de marras y la Compañía ferroviaria ha dicho allá va eso, y vamos poco menos que de balde. Calculad, pues, lectores de mi alma, lo que ha ocurrido.

Lo que no se me alcanza es esto que leo en un programa de que las puertas de la plaza se abrirán tres días antes. ¡Dios mío! ¡Por los clavos de tu hijo! ¿Será posible que después del viajecito que se prepara no encontremos un sitio «manque» sea de tabloncillo?..

¡¡Señoooooooooos viajeeeeeros alll treeeen!!...

¿Más, todavía más? Más todavía. No hay prisa. Son las once de la mañana y hasta las cinco no empieza la corrida. El jefe segundo de la guardia civil recorre los golfos, torrentes, estrechos y vorágines gritando á los asaltantes que se añadirán vagones, que no se maten. Porque se matan, y no es metáfora. Ahí, en aquel grupo, le han dado una puñalada á uno... Allí corren como demonios... ¡Atiza!

—Oiga, factor, ¿qué ha sucedido allá, que va uno echando sangre?...

—Nada, hombre; que al ir á montar una señora, se le ha ocurrido á un bitongo ver si eran de verdad las caderas, y el marido le ha dado una de mogollón que le van á salir canas en el hospital.

Precisamente á mi lado, y en el hueco de la ventanilla, tengo yo á una tontería de hembra con cada ojo como uno de esos agujeros que abre el *Zurito*. Como los dos sacamos por la ventanilla las cabezas, no hay por qué describir el resto, sino rogar á un santo benéfico que no tenga esta señora marido, ó viceversa. Sin embargo, seamos prácticos.

—La molesto, señora.

—No, señor; tiene usted cara de persona decente.

—Es usted muy amable. La suya es de sér no terreno.

Me mira al oír esto, y hay tal magnetismo mesmeriano en aquellas pupilas, que me dan ganas de gritar el clásico *ole, ole y con ole; y que vaya la sandunga de la sagarandunga del repiqueleque*; pero lo juzgo impropio de un hombre como yo, abogado de tantas campanillas.

Recordando estaba yo todas las teorías del rozamiento físico-termo-eléctricas que se me habían olvidado desde que las aprendí, cuando oigo la serie más brutal de blasfemias que he oído en mi azarosa vida. Oír y ver abrirse la portezuela del vagón medianero y caer al andén individuos y más individuos, todo fué uno.

Coces, mordiscos, «patás» estratégicas, mamporros y tortazos maestros, ¡toda la lira!... ¡Oh qué diálogo goyesco!...

—¡Pero qué se ha creído, so tío alcornoque! ¡Maldita sea la...!

—El bestia es usted y lo voy á rebanar la nuez, ansioso.

—A mí me va usted á rebanar pan y me va á dar sopas.

—Lo que no tiene usted son... hígados ni riñones, ni na.

—Déjenme, que lo voy á arrear un zambombazo en un ojo...

—No se pierda por un cernícalo. Un hombre es un hombre.

—Los hay mulos cerraos.

—¿Es á mí?... Porque estoy deseando mojar en el guisao.

¡¡Señooooooooores viajeeeeeeros alll treeeen!!...

Bendita sea la paradoja... ¡Vamos, que llamar señores á tales viajeros!... Pero éstos son unos ángeles. Los gritos, vociferaciones, golpes, trompetazos, diálogos del tren entero sólo podría describirlo Wagner. Los empleados se multiplican por cuatro cifras y aun así no dan abasto. Puerta que cierran dando un golpazo tremebundo que hace tiritar las paredes, puerta que se abre rompiendo el cráneo á los que fuera luchan por encontrar sitio. La procesión de viajeros es una tormenta del equinoccio. Corren de un lado para otro. Lloran infelices docenas de criaturas castizas que se empeñaron en ir á los toros. Las mujeres increpan á los maridos, éstos á los funcionarios, los que á su vez se abren paso á codazos, se encaraman á las ventanillas y rugen soplando como focas amaestradas, y lanzando al interior miradas de ogro:

—¿Cuántos hay aquí?

—¡Aquí, una división reforzada, cañones y caballería!

—¿Es un mal señalar?

—Es un casual, compadre, no hay que amoscarse que hay liga.

Y para vengarse, saltan y dicen como energúmenos:

—¡Vengan, aquí hay sitio!

Y el de Sebastopol ó el de Puerto Arturo es filfa si se compara. Trescientas palomas torcaces acuden al reclamo, y tiran de las manivelas con tales ánimos, que si tiraran del tren así estábamos ya en Limpias. Pero de... chipén. Allí no entra ni Dios. Primero y principal, porque cuando un español dice que no, está aviado el que dice que sí, y después porque si tiran un alfiler en el vagón se cae por la ventanilla. Mas los de fuera se ponen nerviosos, y allí es la de Roncesvalles, la de la *agüela* del cuento de Trueba.

—¡Pues habéis de abrir aunque me quede sin brazo!

Y el héroe tira y tira y tira tanto, que su constancia en vez de provocar la admiración, hace estallar una risa que lo desnivela.

—¡Ni que fuera usted la de varas!

—¿Es á mi?

—No, hombre, es al jefe de estación.

Y sigue tirando hasta que un funcionario lo advierte que no hay cosa que se rompa con más facilidad que lo que ya está roto.

En esto pita la máquina por hacer algo, y el barullo ó jaleo envida á la grande. Manes de Ercilla... Décimas de arte mayor es lo que aquí hace falta, que no menguados renglones de prosa de á pie. Creen que el tren se marcha sin ellos, y dan un embite soberano que abre muchas puertas y enreda cruelmente el asunto. Se oye el característico ruido de los coceamientos y de las «gofetás machos», se caen sobre las incautas cabezas equipajes dantescos; se rompen los botijos, y las mujeres, por no ahogarse en su agua, se levantan las faldas hasta la rodilla, chillan los críos, maldicen los campesinos, croan los labriegos y la barraúnda es tan infernal, que talmente parece el convoy taurómaco un tren al infierno visto en pesadilla.

Bravamente he defendido mi ventanilla. ¡Qué ventanilla, cielos!... Presidiaria es, y si tuviera reja no fuera peor. El aire, asustado, no quiere pasar por ella, y

el que hay en el vagón se escapa como hidrógeno en globo roto. Y si del «ventano» ó topera miro al interior, el vértigo núñezarcesco invade mi cerebro calenturiento.

Siento un golpetazo metálico seguido de un brusco ajeteo. Es que añaden vagones. ¡Todavía!... No hay compasión para la máquina. Llamo á un mecánico.

—Oiga, mozo; ¡pero si esa máquina se va á quedar en el camino!

—Ca. Esa llega. Es una máquina muy torera.

—¿Conque torera, eh, mancebo?

—Algo «chalá» está de un «tobillo», pero «avía» chanela.

En el andén de lujo suena una campana en repique bullicioso, después un timbre alegre el ambiente, y ¡otro topetazo!, que felizmente esta vez me arroja contra mi vecina, aunque sus rodillas y las mías están ya pegadas inseparablemente, no por nefando desahogo, sino porque el autor de aquellos vagones debía no gastar piernas.

Otro timbre sonoro; luego otro. A la media hora, la campana se agita. ¿Nos iremos? No, por cierto. Eso de poner en marcha ó dar la salida á un tren debe ser cosa de pensarlo mucho. El público que pretende entrar en los vagones crece, aumenta, es ya océano, tifón, ciclón, tromba y apocalipsis. El mosconeo de esta muchedumbre es tan horrible que mis nervios vibran como hilos de telégrafo. Otra vez la campana, ahora solemne, funeral, graxe, moribunda. Pregunto:

—¿Se ha muerto alguna máquina?

Y el funcionario, correctísimo, exclama escabulléndose:

—¡Así te mueras tú, ladrón!...

Histórico, señores; castizo, de raza. ¡Ole y ole! Y el que no quiera mareo que no se embarque.

Y que lo del mareo viene aquí como una de castigo en el morrillo, dejando llegar y estirando de veras.

Porque es el caso que una señora, que por lo menos lo parecía, y más entrada en días que Diciembre, la dió mal de madre ó de embarazo, y empezó á echar por la boca cosa así como dos toneladas de condumios caseros y vinos nada generosos, á juzgar por el olor...

Pero, ¿á qué iría este sér á los toros?...

—Usted perdone—me dijo—; pero en cuantito entro en un ataúd de éstos me dan tales bascas, que me pongo á morir. ¡Y eso que aún no hemos salido de la estación!...

Vamos, que si no fuera por la perra afición que me come desde antes que naciera, que renunciaba el viaje. Mas el ansia de ver torear juntos á *Ceporro*, el *Arcipreste* y el *Molar* era en mi tan grande, que llamé en auxilio mío á los ojos de la imperial vecina, y gracias á su dardo mortifero me calmé en cierto modo.

La campana de mis pecados vibró por millonésima vez en sacudidas escandalosas é inacabables; el timbrecito famoso apoyó el asunto, oí un esquilón lejano, y un barbudo doncel agitó una campanilla, á estilo de monago, mientras unos labios de alta categoría tocaban una sonata en un vulgar pito. Aun hubo más armonía, más campanillazos, toques, siseos, y por fin, nuestra máquina que, homérica, abracadabrante, baladrando, lanzó un formidable rugido, al que contestó el alarido brutal de los millares de aficionados que se quedaban billete en mano y lacrimosos.

El tren arrancó. Jamás se ha empleado por escritor alguno mejor este verbo. Arrancó, amigos míos; se desgajó del suelo; se descuajó de la madre tierra; se desprendió de la estación é intentó marchar, ¡ay!, sin lograrlo. Hubo que acudir á la cirugía de hierro, preconizada por aquel «mochales» á quien no le gustaban los toros, tal vez por no haber ido una vez en un tren de éstos. Vierais allí el crujir de dientes de los condenados. Seis vagones fué necesarios sacrificar;

pero no se resignaron los viajeros, y como los lobos rusos se arrojan á los trineos, así aquellas fieras se abalanzaron á los estribos de nuestro tren que ya caminaba entre un nuevo companeo vario, multiforme, heterogéneo, diabólicamente cargante.

Dos rostros nauseabundos cubrieron la ventanilla por un lado; por el otro, no dos sino tres cerraron toda esperanza á recibir el aire que el tren desaloja.

Y de este inmenso mal, algo me consoló el ver que si el tren andaba lo hacía tan á lo español, con tan suma prudencia, con cautela tanta, que los viajeros del estribo se apeaban á ratos y nos seguían.

¡Oh Camilo Manclair, cómo recordé tu cuento! Aquella vaca que intercepta el paso á un exprés y que dos leguas más allá detiene otra vez la misma vaca!..

II

Oigo el jadeo lamentable de la máquina, y eso que el terreno es llano, absolutamente llano. ¿Qué no sucederá, San Marcos de mi alma, si por mala ventura topamos con una cuestecita?

Un joven que va como yo en el departamento, me saca de cuidado.

—¡Qué más quisiéramos que hubiera una cuestas, sería divertido por lo menos. Pero dentro de poco verá usted lo que es bueno.

Suspiro melancólicamente. En vano es que tire de la chaqueta y me mueva violentamente en todos los sentidos, estoy emparedado. Un mocetón silvestre de cara abominable ha plantado sus bragas de pana en uno de mis muslos y una vieja descrita por Quevedo ha tapado el otro con las hopalandas de cuatro millones de faldas que lleva puestas. ¡Y estamos en Agosto!... Sudo, rabio, protesto; mis verdugos sonríen. Lo que para mí es una desesperación sin nombre, para

ellos es un nuevo placer. Los pañuelos que mi encantadora esposa planchó, pasan de un bolsillo á otro bolsillo arrugados, esponjosos.

—Cuando se viaja no es bueno estar gordo— me dice el agricola.

—¿Querrá usted que se deje uno la barriga en casa, verdad?

—¡Grasioso!

Y cuando, fosco y relampagueante, busco al andaluz que así me califica, siento en la barriga un golpe dado con un dedo.

—¡No s'asuste osté, es que es osté mu grasioso, arma mía!...

—Hay que aguantarlo «to» cuando se viaja—añade el estúpido gañán.

—¿Se puede saber—le digo al andaluz— qué significa ese golpecito?

—Na, que es osté mu grasioso, maestro; eztá osté sembrao...

Y el animal ríe y ríe, se destornilla riendo, y lo peor es que su risa se comunica al departamento, luego al otro, y en un amén al vagón entero. Asoman las cabezas por todos los lados, se aúpan los que se encuentran detrás, y mi frase corre de boca en boca haciendo las delicias de aquella gentuza miserable...

Tiemblo, y es para morir de repente contemplar aquel vagón, mi tumba probable. Según rezan los cartelillos, caben sólo en cada departamento veinte personas, y vamos doscientas. Pues esas doscientas almas se ríen y me miran esperando sin duda más gracias, sin que vuelvan los ojos sobre su situación y se vean estrujados, pisoteados, víctimas de los más insoportables martirios.

Están unos encima de los otros en promiscuaciones horrendas, de pie con una sola pierna como las grullas, ó tiradazos en el suelo, ó en cuclillas, apoyándose, para no caerse, en lo primero que encuentran, ro-

dillas, pecho, narices, hombros... como lo más natural del mundo. Y hay que soportarlo y hacer buena cara al temporal.

¿De qué barro formaría Dios á estos ilustres peregrinos de la Orden Taurómaca? No sienten, no padecen, no se quejan. ¿Quejarse? Pero si les hace gracia todo esto, si se ríen de mí, si lo tenían descontado.

Que la máquina patina, se para, recula ó da freno y los vagones chocan unos contra otros..., pues risa y risa. Todo es motivo de chunga, de bulla y de jaleo.

El polvo entra. Entró como el ladrón, sin que lo notáramos; cuando me doy cuenta de ello estoy «zembrao», como dice ese tarugo. Mi traje no se ve, ni yo me veo, ni veo á nadie. Parece que el camino se va detrás de nosotros á ver al *Ceporro* y se cuele en el vagón convertido en densa lluvia de ceniza.

Gresca; eso faltaba. Es en el centro de aquel ataúd. ¡Por vida del...

—Usted no ha visto toros en su pijotera vida.

—Quien no sabe de toros es usted, so hijo de la tal.

—A mí no me ha llamado eso ni mi madre...

—La daría vergüenza...

¡Zas!... ¡Zas!... Sitio, señores. Se matan. Es horroroso. Nunca he visto escena tan espantable. No se pueden poner de pie porque tropiezan sus cabezas en el techo y se buscan agazapados como tigres. Llora un niño. Chilla un perro. Las mujeres gipean. Todos gritan, hablan, manotean, se meten en la lucha. Los granujas que van al estribo azuzan y extienden por todo el convoy la noticia, y de todo el tren vienen espectadores que se enraciman en las ventanillas, en los topes, en los guardafrenos; quien no ve se hace decir las peripecias y las traslada más lejos. Y nadie los separa y ellos se dan cada zurriagazo que arde el pelo.

Pero allí está el andaluz, y decir andaluz es hablar de la Providencia. Pisoteando á todo cristo se lanza á la pelea, se mete en medio, y saca, ¡Jesús!, una navaja

cabritero que al abrirse tararea la novena sinfonía del amigo Beethoven.

—¡Esto z'acabao!...— grita.

Y de mano de santo. Aquello se ha «acabao». Mas un andaluz no hace las cosas á medias, y volviendo á su sitio, siempre con la navaja en la mano y haciendo en las filas una hecatombe, coge un bulto, lo abre, saca una capa de brega, la merienda y tira de bota, y allí tiene que beber el «sursum corda».

Guitarra tenemos. Ha salido de la tierra, pero ha salido. Se oye entre los vozarrones del batallón de aficionados que discuten unos compases «rasgueaos» que quitan el sentido.

—¡Y que no tié mano er niño!— ruge el andaluz.

Palmitas pintan. Cien manos palmotean al unísono acompañando al guitarrista, y un alarmante carraspeo anuncia un...

—¡Ayaaaaaaayyy...!

—¡Ole y ole y ole, ejarlo solo!

El andaluz se multiplica, se vuelve loco, lancea con la capa sin importarle un bledo que molesta á todos, pone los ojos en blanco y se escurre como sabbandija allí donde nadie puede moverse.

—¡Ayaaaaaaayyy!...

—¡Esahógate, prenda!

Y la prenda se desahoga por mis pecados.

—¡Ayaay!

Ayay, laray, caray, ay, aya, ya, yay...
 laray, laraya, baraya, barayay
 liron, liron, lironcito, birolon, lon, lon,
 tapa, tapa, tapa... tapa er tapón!

Y poniéndose en pie, taconeando como energúmeno, gira, danza, se revuelve torciéndose espantosamente y se sienta de pronto.

El andaluz lo imita y canta, jaleándose él mismo:

Barullo y venga barullo,
dalo cuerdecita ar cuerpo,
que la vía é un reló
que vive del movimiento.

Ahora interviene todo el mundo. Se canta y se baila en todos los lados, y el aquelarre es apocalíptico, indescriptible porque no se describe lo que es visión de locura, de cuerpos que sin haber sitio para dar un paso dan cien mil, y de seres que no se ahogan en las nubes aquellas de polvo, que no desfallecen de fatiga, de sudor y de ahogo sobre las crujiertes tablas oscilantes...

Tengo que beber á la fuerza en la bota, y por el mismo sitio donde bebió todo el mundo. ¡Cualquiera se niega!

Algunos seres misteriosos han conseguido formar grupos en las ventanillas. Son revendedores. Al ir á buscar uno, piso un perrazo enorme que se levanta despavorido y produce un buscapié de insultos, coceamientos y blasfemias. Mis torpes disculpas agravan mi descuido.

—¿Tiene sombra?

—A veces.

—Chistecitos no, compadre.

—La tengo, pero cara.

—Revendedor, que me pierdes.

—Para eso he tenido que tomar el tren en marcha y venir desde Limpias á pie. Un compañero se ha caído y se ha roto el alma.

Llegamos á una estación. Hay que esperar el rápido de no se dónde, que, como buen rápido, trae una horita de retraso.

Esto, al saberse, produce una tempestad de injurias. Se abren las portezuelas con violencia, y en su umbral, ó en el andén, los grupos toman resoluciones alarmantes y actitudes siniestras.

Un buen señor, que debe tener la manía de Europa

se encara con un funcionario, y lo grita en los oídos:

—Empleado, el libro de reclamaciones.

—¿Le es á usted lo mismo «comprimirse», hermano?

—Yo no me he comprimido nunca... ahora verá...

¿Señor jefe de estación? Este funcionario es un desvergonzado...

—Si, señor; pero es muy salao.

—¡Parece mentira que estemos en Europa!

—Donde estamos es á once kilómetros de Limpias.

—Ya se ve...

—¿El qué?... ¿Limpias?... me *paee* á mí que no.

Un señor muy serio que va en mi departamento pregunta:

—¿A qué hora llegaremos?...

—A la una y cincuenta y siete minutos y décimas.

—¡Pero si ya son las dos!...

—¿La corrida no es á las cuatro?

—Pues con tal que lleguen... á esa hora.

—Me gusta la frescura, hombre... Estamos en España.

Y encarándose conmigo me dice:

—La envidia, señor; no es otra cosa que la envidia.

Todos los de la línea quisieran ver hoy al *Ceporro*. Verá usted; harán desde el guardaagujas al maquinista todo lo posible porque lleguemos tarde. Yo les echaba á presidio.

—¿Es usted «ceporrista» ó «arciprestista»?—le pregunto.

—¿Yo?, ceporrista. ¡Ayl no me hable. Soy fabricante, y todo lo tengo abandonado por ese niño esta temporada. Donde torea, allí estoy yo aunque me quedara sin fábrica.

En esto siento que el tren anda, y lo siento no porque el tren ande en realidad, sino porque las molestias se centuplican.

Mi interlocutor se limpia con el pañuelo sendas lágrimas.

—¿Le duele algo?

—El corazón, señor, el corazón. ¡Si usted lo hubiera visto como yo en Tordesillas dar uno de frente por detrás, comiéndole el terreno al toro sin sinapismos y dándose entero... se muere usted de gusto!...

—En España— muge al andaluz dando un brinco y plantándose allí como un gato rabioso—, en España no hay más torero que el *Arcipreste*.

La de órdago; palabra. Veo venir nubes de pedrisco. El silencio se hace en el vagón, un silencio «preñado» de augurios.

El andaluz se apreta sobre el cuerpo la chaqueta con la mano diestra y con la siniestra hace en el aire unos garabatos heroicos.

—¡Ole!— ruge el vagón entero.

El andaluz se crece y sigue gesticulando.

—¡Ole!— repite el vagón que cruje como si se fuera á romper.

—¡Gracias, gracias!...— dice el andaluz saludando á estilo matador.

—Aquí tié osté lo que jase er nene con los toros...

—Usted está mochales. El *Ceporro* hacía eso en la lactancia.

—El *Ceporro* no ha hecho en «ta» su vía más que variétés.

Se armó. Los unos son ceporristas; los otros, arciprestistas y del dicho pasan al hecho, y aquello de «dá-bale Sancho á la moza, etc...» es pintado si se compara. Vuelan los proyectiles, cestas, sacos, botellas, alforjas, panes, el diluvio. La gritería espanta. Dos mujeres se lastiman en un rincón de una manera horrible. El polvo, el olor, un olor á cuadra, nauseabundo y agrio, como de bahrarina al sol; la pelea, lá estrechez, la hora, dos de una tarde de Agosto... ¡oh, un poema de angustia!

De pronto siento en las rodillas un calor como de sangre vertida. Los pelos se me ponen de punta. Al-

guien debe haber dado un navajazo á otro. Entre el ladrido de los perros, el estrépito de la lucha, la confusión de palabrotas, oigo arcadas, ahogos, ayes de dolor. Alguien se muere. Grito que han matado á uno; mas, ¡oh asombro!, cuando mi grito calma la tormenta, veo... mis rodillas, mis pantalones nuevos, flamantes y flamencos, manchados con una vomitona «padre» de color de vino. ¡Y todavía sigue vomitando la buena señora que el demonio confunda!

Risa, risa, ríen todos. Y he de reír yo porque no es cosa que la tomen conmigo. Mi vecina, la de los ojos incandescentes, me ayuda á limpiar.

—Esa mancha no se le quita á usted en toda la vida—dice.

Y el oportunísimo gañán de marras añade:

—Como que es de vino de la tierra, un vinillo que se corta.

La nuez le cortaba yo, pero no es cosa de provocarle, pues el amigo tiene unas manos que parecen pezuñas de buey.

El tren corre ahora algo más. Lo noto porque el polvo aumenta. Es irrespirable por momentos aquella atmósfera de ataúd. No debe oler peor un cadáver saponificado. Los campesinos exhalan un hedor á turba, á bálago, á estiércol que atufa; sus mujeres huelen á humo, á bolas de alcanfor, á diablos escabechados; y todos sudamos, congestionados por el calor, el polvo, la marcha y aquellas apreturas macabras de fosa común.

¡Y aun tienen hambre!... Válame Dios... Abren las cestas, las alforjas, los envoltorios de papel mugriento. La famosa y legendaria tortilla de escabeche, las prehistóricas rajadas de merluza, los tasajos de carne que describiera Cervantes, los sempiternos huevos duros, las lonchas de jamón, la Biblia, señores. Y aquello es comer. Se oyen los dientes ¡las dentaduras! Parecen escualos comiéndose hombres. Hablan con los carri-

llos llenos, inflados. Están monstruosos, los ojos lucientes por los tragos del peleón; en una mano, agudísima navaja de cachas pintorescas, y en la otra, dos pedazos de pan chorreando grasa, como si en medio del *sanwich* castellano hubiera un elefante ó un hipopótamo. La merienda les enardece la sangre y la charla adquiere proporciones de demencia. Las palabras han de pasar por murallas de materias alimenticias y pasan empujadas por la inexorable voluntad castellana, y arrastran partículas del «bolo alimenticio» y salpican y manchan y dan bascas, náuseas, ganas de arrojar la asadura y patearla luego.

Además cantan... ¡y en coros satánicos!... *Marina, Bohemios*, el pasodoble del *Gallo*, los aires de nuestros Music-Halls, los *Molinos de viento*, todo ese galimatías que nuestro pueblo aprende y remacha á martillo para no olvidarlo jamás aunque lo ahorquen.

Entra el revisor. Su amabilidad es tanta, que si no hubiera venido, palabra que no le echo de menos. Sea por eso ó porque nada hay más antipático á un español que la autoridad, el revisor se la gana.

—¿De quién es este crío? — pregunta con voz sardónica.

—De usted y mío—responde una campesina que se «las trae».

—De usted, bueno; pero mío... ¿y el billete?

—Creí que no pagaba, no tiene más que doce años y días.

—Pues creyó usted mal, y ahora va á «apoquinar» el doble.

Oír esto la ilustre asamblea y erizarse fué cosa de un abrir la navaja. Desgraciado revisor, séate leve el susto, que supongo no curarás de él en lo que te quede de vida.

--Lo que pasa es—me dijo el señor «ceporrista» — que en estos trenes la mayoría van de gorra.

La maquinita se porta. Su velocidad es pintoresca.

A veces corre; otras, no; y, para que todo constituya un placer ideal, la combustión es tan admirable, que el carbón sale por la chimenea tan entero como si no se hubiese quemado, y se mete en los ojos con una deliciosa precisión.

El estribo es un espectáculo. Va plagado de gente. Los cuarenta y dos vagones llevan los estribos completos. Es una muchedumbre de jovencuelos tocados en el corazón por el toreo. Llevan bultos, palos, capas de brega, manojos de banderillas. Se hacinan en los topes, guardando el equilibrio con una vista que les envidia; gatean hasta los guardafrenos y ríen del peligro, lo provocan, y su felicidad es tanta, que le dan á uno ganas de embrutecerse para gozar de ella.

El tren se ha parado en medio del campo. Corre la guardia civil. Corre la gente. Las portezuelas se abren con estrépito, y los viajeros se tiran como si amenazara un descarrilamiento. Creo que no será esto, porque la máquina no es de raza y tiene ella de americana en eso de romperse la crisma por correr lo que yo de bueno.

Sabemos, por fin, lo que ha sucedido. ¡Bach!, cosa de poco. Un chiquillo, un maletilla que se ha caído de un tope donde viajaba y el tren lo ha hecho salchicha. Lo traen al furgón de cola precisamente en la capa de brega de que era portador. Separo la vista de la horrible escena. Es una masa horrenda de carne, huesos, sangre, que mete miedo en el alma. Aquello impresiona un poco; un placer más. ¿No vamos á Limpias buscando emociones semejantes?

Se habla del percance con mal reprimida satisfacción, hipócritamente encubierta con la lástima. Ya tienen los viajeros qué contar. Con eso y con que un toro haga albondiguillas al *Ceporro*, viaje completo.

El tren continúa su marcha hacia la Meca de nuestros entusiasmos. Bien vale la pérdida del chiquillo audaz el ver al magnífico *Ceporro*. Los que desde el

campo vean pasar el tren oirán miles de voces cantar, charlar, reir á grito pelado, á la manera de un tren de locos.

El tren dejará una estela de humo denso, de risas, de gracias, de restos de merienda, de desenfreno, de idealidad heroica, de sangre de jovenzuelos... ¡Qué diablo; si esto no es la raza, que me ahorquen!



Los toros de los Carabancheles en el año del desastre.

I

Por los dos andenes de la gran cuesta de San Isidro bajaban dos filas de gente, y nada comparable á dos hormigueros como aquellas columnas que se veían salir por la vieja puerta de Toledo y hacían temer por una despoblación en masa de los habitantes coronados.

Era un gran torrente que, al desembocar en la explanada, se dividía en dos bulliciosos ramales que, encauzados en las aceras, descendían por la empinada rampa, charlando, ó contemplando las cúpulas de los cementerios de San Justo, las tapias blancas de San Isidro y los murallones gigantescos de las Sacramentales. Esparcíanse alegremente al llegar á la plazoleta de las pirámides, y como si nunca los hubieran visto, formaban densos grupos ante los reyes de piedra, que «hablaban los jueves», según decían las madres á sus niños, y se quedaban extáticos, abiertos los ojos un palmo, delante de los dos monolitos ó agujas, que sólo el diablo podía haber asentado sobre cuatro bolas doradas de hierro. Saciada su curiosidad, y comentando

lo de las bolas, volvían á dividirse para entrar en el puente que tanto hacía reír á Quevedo, saludaban en sus hornacinas barrocas á San Isidro y su buena mujer Santa María de la Cabeza, y por nada en el mundo dejaban de recordar que esta admirable señora solía pasar el río extendiendo su mantelo en las aguas á guisa de jangada ó almadía. Ya en el fielato, los menos torcían por la carretera de Aranjuez, donde daban un vinillo aloque que quitaba las penas; subían algunos la callejuela de cochiqueras, avenida entonces del cementerio de San Isidro; se zambullían no pocos en el callejón infecto, cuya salida era la pradera tan amada de Goya; eso no sin antes comprar churros ó fritangas que en tal punto estratégico y castizo se expendían, y se preparaba el mayor número á subir otra vez cuesta arriba hacia los Mataderos, siempre en dos filas nutridas, bulliciosas, sedientas de placeres.

Cuesta era la tal como para subir pocas, y, sin embargo, los hijos de los héroes del Dos de Mayo no habían de arredrarse por ello, y un pie tras otro topábase bien pronto con las casuchas de los Mataderos, en cuyos ventorros, tabernáculos y hosterías perdíase infinidad de devotos del «agarrao», del morapio, del escabeche de rueda ó de besugo, y, sobre todo, las familias juiciosas que, alquilando una inmensa sartén y una panilla de aceite, se disponían á condimentar ellas mismas una merienda succulenta y sana. Pero esta nueva y mayor sangría hecha á las dos interminables filas, en poco ó en nada las debilitaba, y veíaselas, heroicas é incansables, carretera adelante, entre torbellinos de polvo, bajo un sol endiablado de Agosto, entreteniéndose con los acentos metálicos y chillones de los organillos, que habrían de perseguirlos hasta el mismo Carabanchel Bajo, ó con miradas al Guadarrama ó al cerro de los Angeles, el centro exacto de España, como se encargaban de notar los padres á sus hijos.

Algo más de prisa que estas larguísimas y hetero-

géneas filas que por nada abandonaban las lindes de sus dos caminos, marchaban pandillas de muchachos, cuadrillas de mozarrones, comparsas de jovenzuelos, «renecas», chaveas y mocosos, importándoles un bledo, y aún haciéndolo á sabiendas con alborozo, remover el polvo de la carretera que irritaba á los viandantes sesudos y con razón, porque aquello no era polvo sino pólvora allí almacenada durante siglos, jamás regada y atendida por Municipio alguno.

Aparte de esta molestia, su presencia era bien acogida, y si el polvo lo permitía, se les examinaba con placer y asombro. Ellos eran la sal de nuestra fiesta histórica, los futuros héroes, los hombres-símbolos del mañana, y como además lo sabían, campaban por sus respetos atropellándolo todo, gustaban de llamar la atención con toda clase de procedimientos y se burlaban de lo más sagrado sin miramiento ó turbación. Huestes eran aquellas capaces de inmovilizar sobre el papel la pluma de Mateo Alemán y del mismo Cervantes.

Primero, lo que dejaba estupefacto era su número. Pasaban sin cesar en bandadas, por compañías, por grupos, por batallones. Insolentes y provocativos se llamaban unos á otros como si realmente constituyeran un regimiento. Los rezagados eran zaheridos por su tardanza ó cobardía, y observarles causaba la impresión de una extraña y misteriosa armonía entre tan diversos elementos. Parecía conducirlos un ideal irresistible é iban detrás de él con orgullo como si sólo fuera visible para ellos. Al lado de un granuja con más barba que San Antón, marchaba un pequeñajo ó mequetrefe y ambos llevaban en la cara una misma ilusión é idéntico entusiasmo.

Caminaban á marchas forzadas, locuaces y alborotadores, entre el polvo, sudorosos é inexorables. Legiones de ellos se sucedían en procesiones absurdas de una picaresca mescolanza. Horteras y hampones, «se-

ñoritingos» y descamisados, obreros y estudiantes en gracioso montón dialogando estrepitosamente, ágiles todos como macacos, destacándose á veces para perseguirse y «zurrarse la badana» de órdago. Llevaban unos la remendada chaqueta al hombro, muchos un palo en la mano terminado en un hierro de banderilla; no pocos, grandes bultos al brazo ó sobre las espaldas, otros capas de brega mayores que ellos, que flameaban sin cesar lavantando un polvo de mil demonios; quiénes hacían inexplicables figuras con muletas de matador; éstos eran portadores de una espada ó estoque de matar toros, auténtica, manchada de orín y mercada quizás en el Rastro; aquéllos agitaban banderillas sangrientas arrancadas en las corridas una vez muerto el toro y en lucha heroica con los monosabios. No faltaban, sino que antes bien eran abundantes, los «chisgaravis» ó «churumbeles» ó mocosos que habían birlado á su madre una falda ó delantal, y lo esgrimían como lidiadores concienzudos corriendo para incorporarse á las falanges de los compadres y deteniéndose de pronto como iluminados para «dar unas suertes» al aire que eran coreadas por grupos en un instante allí reunidos. Tampoco dejaba de verse hombres de pelo en pecho, «tíos» grandullones, padres de familia, con capas de torero, grandes como sábanas, manchadas de sangre seca y que toreaban por el camino los árboles, gruñendo bajo su bigotazo como si les persiguiera ó acometiese un toro de seis años. Y era de verse dándoles lecciones que escuchaban con atención suprema á chiquillos que no les llegaban á los riñones y que sin conocerles se permitían todo género de familiaridades y sinvergonzonerías. Sus propios hijos andaban como ellos por otras huestes, y á orgullo debíanlo tener á juzgar por la fe que ellos ponían en aquellos actos de locura torera.

Gallofa redomada, tunos, golfos, quincenarios, chiquillos con las piernas al aire y de aspecto limpio;

niños callejeros, muchachos escapados de casa después de robarle al padre una moneda de plata; críos de una procacidad repugnante impresa en la cara; maletillas de profesión altos de una vara y con los pantalones abotinados, chulos de calzones á lo odalisca, majos averiados con las bragas ajustadas tan aína que daba asco el mirarlos, flamencos escandalosos de americana tallada á lo organillero, amplias hombreras y solapas ridículas, jóvenes de estudio, universitarios bien trajeados pero adoptando el aire de los invertidos ó de los matones atándose al cuello un pañolito de color de sangre y marchando jacarandosamente.

El pantalón de pana, el de paño, la pantorrilla al aire, el abotinado, el recogido con un pedazo de esparto ó sogá más abajo de la rodilla, el planchado con la raya inglesa, el remendado por largo, todos marchaban juntos en compadrazgo admirable, en jornada de camaradas, semejantes á escuadrones de revolucionarios, de sublevados, en éxodo de miseria triunfal á Dios sabe qué fronteras ó lances. Pelagatos indecorosos se codeaban con señoritos é invertían las maneras por tener el honor de parecerse. Un cargador valdepeñero de pellejos discutía con un funcionario pretencioso y amariconado. Labriegos de los alrededores de la corte, suburbios los más abandonados del mundo, boyeros de Torrelaguna, campesinos de los pueblos limítrofes de la Mancha, soldados de piernas derrenegadas ó con la espalda doblada como los monos, acaparadores de abastos, basureros de la villa y corte, maragatos, gallegos, asturianos de las pescaderías, aguadores de Pontejos, carreros del Matadero Municipal, traperos de la cabecera del Rastro... una cabalgata excéntrica y sedienta de emociones raras, de algo más fuerte que el vino, de algo que compensara un trabajo rudo, sucio, grosero.

Por la carretera, y abriéndose paso entre los grupos de innominados terribles y ambiciosos heroicos, los

tranvías de mulas, ¡oh, aquellos tranvías de mulas con sus encuertes cuesta arriba hacia la Quinta del Marqués de Salamanca! Ojos que no vieron aquellos vehículos poco saben del Madrid del año del desastre. El «Mil ochocientos noventa y ocho» tiene en ellos un comentario bien singular. Viejos, estrechos, bajos, sucios, feos y héroes. ¿Quién podía explicarse cómo no se hundían bajo el peso tremendo que soportaban? ¿Quién no miraba angustiado aquellas mulas magras, cuyas costillas podían contarse, avanzando tereas y sumisas, clavando su pesuña en la ruta con voluntad incomparable, en tensión suprema sus patas finas, estallantes los tendones del corvejón, fieramente acusadas las paletillas, el pecho sofocado por la bárbara presión de la collera desguarnecida por el uso...? Y ¿quién no recuerda aquellos latigazos del mayoral y sus imprecaciones en ristra... de ajos y su arte excepcional de manejar las riendas para colmar las dificultades del avance y aquellos mofletes suyos inflados hasta estallar cuando había que abordar un cruce, un cruce de aquellos en los que el tranvía se salía de los rieles ó railes con un ruido macabro de hierros viejos y cadenas y cristales hechos añicos y ruedas rechinantes...?

Los tranvías marchaban despacio, pero marchaban. Se les oía desde cien leguas con el estrépito carnavalesco de una diligencia. La robusta voz del mayoral y el rastrallido de su fusta y aquel timbre inconfundible y los chasquidos guturales del encuartero, avisaban el peligro escaso que pudiera haber en no desviarse. Aquellas pequeñas ruedas soportaban un peso incomprendible. Las plataformas y sus estribos desaparecían, y en su lugar se veía amontonados docenas de viajeros poco escrupulosos, pero que defendían su puesto con una energía titánica contra el conductor y contra Dios, si en eso se metía nuestro Señor. Dentro, la escena era más encantadora y confortante, y no dispone un tendero mejor sus pilas de latas de conservas, que

un conductor de aquellos el almacenaje de sus huéspedes, repartiéndoles en proporción de diez y doce por asiento disponible, colgándoles del techo y estrujándoles en el estrecho pasillo. Y el tranvía marchaba y veíanse colgadas por las ventanillas cabezas cadavéricas, que cortadas y pendientes de un alambre, no hubieran ido peor, cabezas atufadas, convulsas por las bascas y las náuseas producidas en el viaje, aquel dulce viaje, que desde la puerta del Sol á los Carabancheles consumía un día entero...

Y á un tranvía seguía otro, y á éste cien más, y el atascamiento de uno de ellos, era para no olvidarlo. Blasfemaba el conductor, lloraba de rabia el mayoral, protestaban amotinándose las victimas enchufadas en la carrocería, lloraban los niños, sonaba lúgubrementemente la armazón del coche fúnebre, y en derredor mil, dos mil, un millón de mirones, sin moverse, decían cómo había que maniobrar para... dejarlo peor que estaba. Y á todo esto cruzaba veloz el coche de los toreros como un relámpago de luz, de voces, de nubes de polvo, de manadas de chicos y grandes que, corriendo sin descanso, seguían á los dioses desde un extremo al otro de la Tierra. La desesperación los enloquecía. La fiesta iba á empezar sin ellos, y ¡habían pagado un capital por ir en tranvía, para qué!... Al fin se ponía en marcha el armatoste, y todo se olvidaba con tal de llegar á Carabanchel.

Y se llegaba. Y esto, amigos míos, era lo peor que podía ocurrir.

II

La carretera, al llegar á Carabanchel Bajo, toma el solemne nombre de calle Real. Y era de llegar á la tal calle después de un viaje horrendo, bajo un sol de fuego y trombas de polvo y no poder dar un paso. En la esquina, porque allí estaba la casa de Romero, el

famoso Romero, el empresario, y su propia persona en la puerta y la gente hacía corro, un corro de leguas. Tería á su lado un torero vestido de lo mismo, y á las buenas almas se las caía la baba mirando al diestro luminoso, recién afeitado, puro caramelo.

Los ignorantes preguntaban en voz baja, temiendo espantarle:

—¿Quién es?...

—El *Mico Chico*—respondían con respeto religioso.

Cuando los toreros llegaban, se repartían por la población, y, sin necesidad de boleta de alojamiento, eran recibidos como emisarios del mismo Dios. ¡Qué orgullo pasearse al lado de uno de aquellos diestros, «astros» futuros en el cielo de la vida nacional, la boca se les hacía agua á los dichosos mortales de tan estupenda manera honrados!... ¿Y cuando se tenía una hija y el torero clavaba en ella sus ojazos insomnes y mortíferos y la hija se volvía «mochales» y todo en la casa andaba al revés y hasta, como vulgarmente se dice, «patas arriba»...?

Así es, que el viajero feliz que llegaba sin tropiezo á los Carabancheles, comenzaba á disfrutar y resarcirse del mal camino con tantos espectáculos nuevos que unos á otros se sucedían sin dar abasto ni tregua á los ojos. Toreros vestidos con sus trajes de luces alquilados en la calle del Avemaría en casa de Pepe, el prestamista, paseando en el centro de grupos nutritivos que se «lo comían»; aficionados incorregibles que discutían en alta voz á la puerta de las tascas el mérito de sus ídolos y que tenían también su público no menos escogido; toreros de paisano, algo avinagrados, apoyados en la pared y con los brazos en jarras, comidos de envidia é impaciencia; chulillos en alpargatas, enseñando unas robustas posaderas, lo único gordo de su cuerpo enfermizo; anónimos idólatras vagabundos con su pañuelito al cuello, la gorra torcida y una blusa que puso de moda la Soler en *El barqui-*

llero; portales que por lo misteriosos parecían de Belén y en cuyo umbral y alrededores veíais centenares de seres humanos con la boca y los demás agujeros de la cara abiertos; palominos atontados que hurroneaban en busca de toreros que admirar y sobar, arreglados como para el manicomio de Esquerdo que por allí cerca estaba; vendedores ambulantes é increíbles de cuantas porquerías baratas puede hartarse humana criatura, pregonadas con salero y pulmones y unas ganas atroces de acabar la mercancía para irse á los toros.

Marchar por aquella calle, era una victoria. Los tranvías, los observadores de embelecocos y avutardas, los congresos al aire libre, el polvo, el humo de los despachos de churros, los revendedores y sus clientes, los coches cargados de juerguistas neutros, los vecinos del pueblo, que en uso de su derecho, ocupaban bien sentados sus aceras, el ir y venir incesante de todos, convertían el tránsito en asalto de plaza fuerte.

He ahí la música, la banda, la célebre banda carabanchelera... Se la oye de lejos, y salta el corazón. Viene tocando un pasodoble que enardece la sangre. Eso somos nosotros los españoles. Chispean todos los ojos, se marcializan los movimientos, andan los cuerpos solos. Es la *Giralda*, de Juarranz. ¡Bravo! Un ¡Viva España! formidable atruena el espacio, y la guerra es recordada. La guerra y la música están endiabladamente unidas. ¡Pobres soldaditos de Santiago de Cuba!... ¿Qué será de los barcos?... Y unos ven á través de las notas bulliciosas la escuadra de Cervera, otros la de Montojo, volando por las aguas, como las notas por el aire, amparadas por inmensas banderas españolas que arrastran por las olas como orlas de un manto sublime. ¡Viva España!... Las proas de las naves guerreras llevan por mascarón una cabeza de toro y los estandartes y enseñas de almirantes son fajas de toreros célebres. Eso es... la victoria es nuestra, no

puede menos de ser así. Somos los hombres más valientes del mundo. ¿Qué país del Universo tiene esta música tan alegre, tan viva, tan torera?...

Pasa la charanga ensordeciendo el espacio. Las notas del pasodoble arrancan á todos de sus sitios y los arrastran á la plaza. Esa música es un revulsivo, una tromba, succiona, absorbe, atrae fatalmente. Los morosos ya no vacilan. El sol, ese pícaro sol que todo lo añasca, ilumina los instrumentos metálicos de la banda, y la luz y el ruido congestionan las cabezas. ¡Ah, poned una banda delante y á España detrás, y la escuadra de Dewey y la escuadra de Sampson son nuestras!...

Las mozas y señoritas de Carabanchel, van á la plaza en grandes hileras, ardientes las mejillas, con flores detonantes en el pelo, seducidas y absortas. Los chulillos las requiebran y las tocan produciendo sombríos melodramas rápidos; tanto llegan á molestar, que las hileras pintorescas se deshacen y las muchachas huyen á bandadas perseguidas por palabras burlescas, patibularias y términos caprípedos.

El gentío fluye y avanza. La calle Real es una arteria que vierte en la de la Magdalena miles de personas. Allí está la plaza, en frente del palacio de las cerillas, de esas cerillas nuestras que no arden porque no las da la gana, ¡tan flamencas son!... En la puerta compran localidades. El tumulto es espantoso y arredra acercarse. Las bocas de los dos despachos parecen atraer como imanes inmensos. A ellas se dirigen mil brazos, centenares de manos, cuerpos en montones horrendos. La guardia civil no puede contenerlos, y renuncia impotente. Gritan, mascullan blasfemias, lloran muchos de rabia é impaciencia, se oyen injurias soeces y suenan bofetadas admirables, de esas que se dicen «hostias». Los guardias se abren paso, y se los ve debatir en la reyerta por separar á dos chulos que desean, según vociferan, morderse los hígados y otras vísceras

más delicadas. A culatazos logran separarlos, y no han acabado, cuando en otra parte se abre un claro tenebroso, huye el gentío y se divisa á otros dos mancebos echando espuma, revolcándose y atizándose cada puñetazo, que duele sin sentirlo. Pero ello es pintado, si se compara con lo que en la boca misma del despacho sucede. Unos á otros se dan en los nudillos, se arrebatan el puesto, las localidades ya cortadas y el dinero. ¡Oh qué miradas, qué frases, qué amenazas!...

¿Cómo es posible que á tal raza la venzan los americanos? Y en las dos taquillas la misma tragedia, y cuando se han vencido los peligros de la «cola» hay que entrar, y entrar es librar batalla cruenta y pavorosa. En una tapia abrieron una brecha del ancho de un carromato, y hay que entrar por aquella horca caudina. ¡Cuántos y cuán sublimes héroes anónimos quedaron asfixiados en aquellos tres oscuros metros de pasillo infernal!... ¡Cuántos magullamientos y fracturas heroicas fueron allí valientemente soportados por ganar el ruedo ó los boquetes que daban á las localidades!... ¡Cuántos debieron su vida al médico Garcés ó al practicante Cano que los volvían el alma al cuerpo á fuerza de sales inglesas, éter ó sangrías!...

Los menos sanguíneos ó nerviosos, aguardaban á que pasara el huracán, y rodeaban á los toreros, picadores, monosabios, empresarios y autoridades que en plena calle esperaban su turno, porque la célebre plaza —olla en que se coció la afición formidable que hoy nos devora—sólo tenía una puerta para todo y para todos.

Vierais allí las mulillas, las cuadrillas de diestros, á los picadores probando las puyas en las paredes de las casas, que se bamboleaban siniestramente, con gran regocijo de sus vecinos así glorificados; á Romero recibiendo al aire libre docenas de maravillas toreras en feto que le hablaban de venir á torear dando dinero encima, única condición que tenía toda contra-

ta por aquel hombre escriturada. También hubierais podido observar unos hombres honrados, de tenebrosa catadura, por allí campando por sus respetos, el pecho cubierto por un peto, que diez años atrás fué blanco, y un cuchillo hiperbólico al cinto; eran los carniceros de la plaza, los contratistas de la carne de toro. Estos hombres veían la corrida y, muerto el toro ó medio muerto, las mulillas lo arrastraban á la calle, y allí, al aire libre, sobre el polvo y la boñiga y entre una plaga de moscas, los carniceros hacían su oficio con una maestría prodigiosa.

—Buena suerte, *Mico*—decían al pasar los aficionados.

—Gracias, niño—respondía el *Mico* como un reloj.

Y aquel «niño» de unos cuarenta años, no olvidaba aquel «gracias» en toda su vida, ni el acento meloso con que fué pronunciado, ni la bendita boca que se lo había dicho.

Apretones de manos... incontables. Todo el que entraba había de satisfacer su apetito, y, dada, se miraban con asombro la mano, viendo si habría «por un casual» quedado allí algo del diestro adorado, para no lavarse jamás la palma.

III

¡Oh plaza vieja de toros de Carabanchel Bajo! Eres digna de pasar á la Historia. Has sido la universidad de la afición, el liceo de los toreros, la cátedra en que los diestros famosos aprendieron su ciencia. Toda la corte, Madrid entero, media España, ha desfilado por ti. Nunca volverá á existir un edificio tan miserable que más provecho haya dado y más gloria.

Los sábados por la noche, la víspera de las innumerables fiestas del calendario español, bajaban por Nuestra Señora de la Antigua el «encierro» de los to-

ros al galope, detrás de un piquero rabioso que al llegar á la puerta había de inclinarse sobre el cuello de su caballo para poder entrar, y al otro día, la capital se trasladaba á la plaza á ver lidiar aquellos toros á unos jóvenes que Romero había elegido...

¡El despacho de Romero...! Olía á tienda de ultramarinos, á cacahuets de los que por allí había sacas espantables, á latas enormes de escabeche, á arenques de cuba, cuyas inmensas cajas medio abiertas daban sed con solo verlas. Y una cabeza de toro en sitio preferente, con aire de ser el amo de la casa..., regía todo aquello.

Y allí recibía el señor á unos hombres pálidos, pero altivos; no mal vestidos, de andares graciosos y lengua torpe que le ofrecían su vida á cambio de que les dejara torear en su plaza. No pedían dinero, lo daban encima. Sólo querían salir del anónimo desesperante, de la querida que mantiene. Se «traían cosas», y querían demostrarlo á la «afisión». Y el obeso gran hombre los miraba sin escucharlos, como un empresario mira á una «divette», y observaba sonriente su «lámina», su «estampa», la «fachenda» del cuerpo serrano, y acariciándose la barbilla, que iba siendo triple, pasaba revista á las caderas, al «palmito», á la grupa, á la estatuaria del peticionario. Sabía los gustos de su público, y quería darles «tipo», «hechuras» ya que era imposible saber de qué color era su sangre. Y les ponía en la mano la pluma y firmaban y lloraban de pura alegría.

Éra aquel despacho una funeraria en eso de no cerrarse jamás, ni de día ni de noche. Venían de todas las provincias, de todos los barrios de Madrid, de América, y para todos tenía el empresario toros; y su cabezota fértil en combinaciones daba á luz unos cartelones inmensos en los que todo un pueblo leía nombres estrafalarios, desconocidos, pero en letras enormes rojas, azules, negras. Y los toros no se concluían

nunca y los toreros menos. Y los espectadores aumentaban sin cesar, despoblábanse los Barrios Bajos, se escapaban los niños. Y el empresario remachaba el clavo anunciando embolados, toros de capea, toros para aficionados que aun no habían dado el primer paso hacia su despacho y que después de una capea no tardaban en darlo.

Aquel hombre pequeñito, rechoncho, político por más señas, gran funcionario del Estado, obraba á destajo, hacía lo que quería y, consciente, dirigía la afición hacia los derroteros, por los que más tarde se ha despeñado. Se empeñó en labrar un vivero de «maestros» y esparció por España su simiente de «astros» de todas magnitudes. En su plaza, sin él adivinarlo, se hacía despacio la síntesis de la raza y era como un alambique, como una alquitara en la que entraba sangre de estirpe y salía alcohol de almas españolas, ese alcohol que ha desencadenado hoy por la Península el delirio taurino.

Nunca coincidieron dos cosas tan antitéticas como la plaza vieja de toros de Carabanchel y el «Mil ochocientos noventa y ocho», de un modo tan absoluto. Para los espíritus superficiales que desdeñan los actos que la Historia nos cuenta, esa coincidencia de fecha tan triste y plaza tan fecunda nada significa. Para quien sin pretensiones, pero con firmeza, husmea en lo que por inútil dejaron los pensadores, los médicos del 1900, esa fecha y tal plaza son una suma de valores, un capítulo de la historia clínica de España.

¡Aquellas muchedumbres en marcha hacia la plaza!... ¡Aquellas escuadras en busca de la derrota!... ¡Aquellas locuras heroicas de la que una de ellas era consecuencia de la otra!... ¡Aquel caminar á la muerte con la sonrisa en los labios sin otro fruto inmediato ó lejano que la muerte!...

La plaza se había ideado aprovechando un inmenso corralón y sus tapias maestras. Los arquitectos nada

tuvieron que hacer allí, y los carpinteros no hubieron de resolver otro problema que el de hacinar gente, sin cuidarse de la comodidad á que tuvieran derecho ó el peligro que pudieran correr.

—¡Hay que meter aquí la Biblia!

He aquí la consigna del empresario. Y los carpinteros se portaron como unos hombres. Almacenaron madera de no importa qué árboles, y clavaron á destajo. Comiendo terreno al ruedo, trazaron un paralelogramo regular, hundieron estacas en las líneas y colgaron desde las paredes á éstas unos andamiajes en-diablados. Como el ruedo resultaba cuadrado, cortaron los ángulos con postizos y éstos les dieron cuatro palcos ó graderías más. Cuando la plaza estaba llena de gente, el espectáculo era asombroso y los arquitectos se encogían de hombros. Decían:

—Esto se hunde sin remedio.

En efecto, no se hundió ni una sola vez en muchos años.

El verano agrietaba la madera, la resquebrajaba, la mordía, la combaba, abría las cercanías de los clavos, producía hinchazones en las fibras. El invierno pudría las tablas, desnivelaba los pivotes, consumía, bromaba, contraía y hacía estallar; la gota de agua concluía la labor del rayo del sol, y la rendija, la estría, la grieta se convertían en boquetes, fragmentos de gradas, aberturas y curvas tortuosas. Pero la temporada no tenía tropiezo, y el primer día de Pascua, sirviera ó no, la plaza se abría, se llenaba hasta reventar y nada sucedía más. Los carpinteros mismos estaban asombrados.

Habíais, sin embargo, de observar cómo arrojaba la taquilla insaciable gente loca á tales andamiajes. El que calculara la presión sobre cada centímetro cuadrado y la dividiera por el coeficiente de resistencia del material, estaba lucido. Las gradas, los tendidos, los mal llamados palcos, los balconcillos, mirados desde las

cavernas de la entrada general producían estupor. Cuatro palos mal contados, servían de bastidores á todo eso, y era dantesco sentir sobre la cabeza el ruido de arriba, la madera crujía con lamentos atroces, los palos se mecían como si fueran ramas de bambúes, los rastreles lloraban como personas.

Mas ¿y la entrada general?... Un enrejado de gruesos maderos servía de barrera y de sostén á toda la plaza. En ese enrejado se apelotonaban los espectadores. No más alto de dos metros, en ese espacio había por lo menos tres sujetos en posiciones inverosímiles, el que estaba delante y se cansaba metía sus piernas por el andamiaje y á horcajadas ó mujeriegas ó á «ton-tas y á locas» graznaba de contento aunque el peligro era temible, el otro más próximo se colocaba en cuclillas y el de más atrás se empinaba con ayuda de las manos, aunque el cuerno del toro pudiera hacerlas cisco, y junto á ellos, otros y otros y á las espaldas cien mil más que deseaban ver y no podían y empujaban sin tregua y reñían bufando y pateaban sin que afortunadamente cediera la verja debilísima de madera. Y por si esto era poco, no cesaban de entrar más, y los que entraban se hundían como cuñas, y aquel subterráneo era un horroroso infierno. Las colillas, encendidas aun, caían sobre las maderas; las manos y los pies apretaban con pesos atroces, y tiraban todos; por ver, por gozar de la fiesta, hacían lo imposible para hundir el monstruoso retablo que, sin embargo, no quería hundirse...

De cuatro en cuatro metros habían los carpinteros dejado un espacio libre; un hombre á duras penas podía entrar por él, y eso entrando de lado, de través ó perfil: aquellos huecos eran los famosos burladeros de Carabanchel. Antes de que las autoridades mandaran derribar la plaza, el que tuviera ojos podía ver en casi todos ellos enormes manchas de sangre seca sobre los pilares que los encuadraban. Muchos

toreros perseguidos por el toro habían sido cogidos allí mismo. La gente, en su ansia de ver, los ocupaba rebasándolos por el ruedo, y el torero, al buscar refugio, se encontraba con una horrible é infranqueable barrera humana.

¿Dependencias?... ¡Qué falta hacían!... Ni capilla, ni enfermería, ni botiquín, ni patio de caballos, ni salas de esto ó de lo otro. La fiesta de los toros se celebraba allí sin mistificaciones ni modernismos ni cataplasmas. Los únicos espacios sacrificados eran los toriles, pero éstos se veían desde las gradas, y cuando los toros no querían encerrarse, porque oían la sangre de sus compañeros mártires, los vaqueros, ante el público, los azuzaban con sus gritos dramáticos y sus picas, y el público se agolpaba á las barandas de los corrales, y no se rompían las barandas porque no lo quería la Providencia ó no la convenía.

Salía el toro. Y con él salía también la ruina probable de la plaza entera, una catástrofe irreparable porque eran muchos miles de almas las que allí se encerraban. Salir y arrojarse como un león al enverjado de la entrada general era lo mismo. No parecía sino que le daban suelta para ello. Su cuerno hacía de cuchilla, podadera, berbiquí y hacha. Se revolvía furioso, arrojando vaho ardiente por los huecos de sus narices, rugiendo y corneando feroz. Nada lo detenía. Como veía á su alcance hombres, no acudía á los capotes, y su cuerno, arrastrando, segaba sin compasión. ¿Estremecía la gente? No. Estaba descontentado. Los que se colocaban en esos lugares de peligro lo hacían conscientes y hasta orgullosos.

Oíais á veces este horrible diálogo:

—Pero, chiquillo... ¿no ves que el toro te va á alcanzar?

—¿Y á usted qué le importa?...

¿Y los picadores?... Jamás ha visto nadie en todo su horror la suerte de varas como allí. Se estaba encima

del toro, se sentía el miedo inconcebible del caballo, se medía la brutalidad estoica del piquero, da miedo recordarlo. Cuando la fiera encontraba en su camino este «paso» de la agonía, retrocedía un poco: primero, con espanto; como precaución, después. Veíais sus músculos poderosos contraerse, no á la manera elegante de los felinos, sino con movimientos espantosos de rabia viva é inexorable. El caballo le presentía, sus ancas se estremecían convulsas, sus patas temblaban, sus ijares latían en ritmo descompuesto. De pronto el animal arrancaba de manera extraña, como si no moviera sus patas-brazos y alargara la cabeza por una distensión velocísima de sus cuartos traseros, y el cuerno se hundía en la panza del caballo. Oíais entrar ese cuerno y rasgar la piel y la carne; y, cuando la sangre caía desplomada á caño, juzgabais que era vuestra. Detrás de la sangre se veía una bolsa blancuzca, y el cuerno, oscilando y rajando á lo largo del vientre, arrastraba el estómago, las tripas, la asadura que el noble bruto se pisaba enloquecido, tirando de ella como si deseara suicidarse. La sangre y la basura de la bolsa fecal, en mezcla asquerosa, se entraba en vosotros por el olor inmundado, y recargando el toro, estrellaba caballo y jinete contra el enrejado de madera, y se oían los gritos de los heridos, de los aplastados, junto con el estertor del caballo que enseñaba airado su amarillenta dentadura, protestando.

IV

Les besaban. Muerto el toro caían sobre él como buitres, le arrancaban las banderillas, le palpaban, y sintiéndole aún caliente reían de su valor. El diestro era besado, oprimido, tentado. El dejaba hacer porque aquellos besos significaban futuros billetes de mil pesetas.

El carnicero, allí mismo, mientras las mulillas pintorescas daban la vuelta al ruedo, cortaba al toro sus trofeos de macho y abría en el cuello larga brecha. El toro, en su arrastre, dejaba una larga estela de sangre roja, muy roja.

La plaza se desplomaba en el ruedo. Aquellas procesiones de chiquillos, de mozos, de jóvenes, de hampones, lanzábanse felices á la arena revuelta en incontable número. ¿Cómo podían moverse?... Se movían, no obstante. Nerviosos, excitados, esperaban la orden del presidente, copiaban grotescamente los gestos de los lidiadores y se ensayaban unos con otros. Los había entre aquella multitud semejantes á ardillas, á camaleones moriscos, no podían estarse quietos. Había muchos que aparentaban una extraordinaria seriedad. Otros brincaban como pequeñuelos incapaces siquiera de imaginarse qué cosa era el toro que se atrevían á desafiar. La gente, desde los tendidos, los animaba con palabras soeces ó les escarnecía para enrabiarlos. No estaba ya el sol en el horizonte, había muchos lugares oscuros en la plaza pero ¿y qué? Eso era un encanto más.

Algunos se restañaban la sangre de los pies. No pocos discutían las faenas vistas y se proponían mejorarlas ó copiarlas con extremo cuidado. Se notaba á los futuros toreros entre la masa, eran los más pálidos, los más miedosos, los más apartados. Escientes del peligro comprendían que sólo se burla lo imposible con lo imprevisto, y que el triunfo del débil es el lazo, la improvisación y el engaño. Veíanse con horror á los más viejos delante. Obreros de bigote gris y piernas dobladas, menstrales y comerciantes ya talludos se colocaban en posturas de pingüinos á dos pasos de los toriles. Desconcertaba esta inversión de audacias, pero así era. A su lado chiquillos de pocos años retaban con voces huecas á la puerta del toril y hasta se sentaban á la morisca. La gente reía, y muchos brazos

se extendían hacia ellos señalándolos. Nadie los avisaba del peligro, era inútil.

El embolado irrumpía en el redondel, y notabais una especie de desaliento en todos. No, no querían bolas en los cuernos. Los primeros lances, ¡oh asombro!, eran para quitarle las bolas á brazo partido. Querían ver la punta, la muerte, burlarla ó morir, pero con honra. Lo consiguieron. Uno de ellos pudo ó supo arrancarle el trapajo, y aunque parezca absurdo, se le aplaudió con locura. Las autoridades no mediaban, refán. Sin duda esto era lo ecuánime.

Y el toro, era un toro padre, brutal, tan alto que causaba espanto. Les perseguía indignado, los arrojaba contra los pilares, los estrellaba, pasaba por encima, y cuando su masa gigantesca cruzaba por el radio de vuestra visión os quedaba de su paso un olor á cuadra de león, de fiera. Mas los que desafiaban su furor gozaban de una felicidad indescriptible. Lo hablaban de tú. Dialogaban con él, y á sus rugidos de fastidio ó de cólera contestaban con palabras de humillación y reto. Sus huídas prudentes eran abucheadas y tachadas de cobardía. Se le increpaba porque no vertía sangre ó hacía daño, y cuando los mansos salían á llevárselo, la gentuza se encrespaba furiosa, cubría con su cuerpo el toril y procuraba separar al toro de los bueyes por medios inconcebibles, hasta que el vaquero, irritado y jadeante, había de apalearlos sin piedad.

Luego, en los pasillos, encontrabais escenas preciosas. Unos á otros se enseñaban los cardenales, los verdugones. Sufrirlos, «aguantar mecha», he ahí el *record*. En medio de un grupo de mozalbetes veiais á uno de cara antipática y gesto hampón, que enseñaba complacido un muslo velludo. Los que le rodeaban miraban sin saciarse. El cuerno del toro le había sacudido un varetazo bestial, que de la rótula llegaba á la ingle, y la piel, de un negro horrible, trasudaba un liquido morado hinchándose por momentos hasta reventar y pro-

duciendo en los músculos vetas rojizas y llagas purulentas. El se reía, y todos con él. Debía dolerle de un modo atroz, y se mordía los labios y fruncía las cejas.

En otro sitio, uno, solo, observaba sin susto los hilitos de sangre que caían sobre su esternón y al pasar cerca de él, os señalaba aquello con una alegría infinita. Era un puntazo nada más; pudo ser mortal, pero no lo fué. Y ello le regocijaba.

En otros sorprendiais cierta tristeza ocasionada, aunque parezca inverosímil, por no haber sido cogidos. ¡Ah, es tan varonil, tan macho, ir al taller y enseñar un hueco horrendo, sanguinolento, y decir: —¡Me lo hizo un toro!...

La vuelta era una epopeya. Los burgueses, las familias sudaban á chorros por alcanzar su tranvía, los castizos volvían á pie; unos descalzos, otros con las ropas hechas añicos; éstos con banderillas llenas de sangre; aquéllos derrengados y medio tullidos por un revolcón. Llenábanse las tabernas, poblábanse las esquinas, iniciábanse aquellas dos interminables filas que habían de morir en los soportales de la Plaza Mayor, la cuna del toreo á pie, y en todas las partes se hablaba de toros, de toreros, de lances de capa.

En la puerta de la plaza los toros muertos esperaban el carro. Estaban hinchados. Sobre ellos los aficionados discutían la lidia y la muerte que recibieron. Contaban sus agujeros, las puyas recibidas y los examinaban las orejas, los cuernos y los dientes. Algunos descansaban sobre ellos. Otros, más compasivos, hacían su oración fúnebre. Los contemplativos miraban las carroñas entristecidos por no poder llevarse á casa una cabeza de aquellas y disecarla á lo Severini y tenerla allí en el comedor, como un retrato de familia. No pocos se esperaban hasta que los desollaran para comer, como los verdaderos hombres, un fuerte pedazo de su carne á ver si se le pegaba algo del espíritu indomable de la fiera.

Ya era de noche. El polvo ahogaba. Se encendían los faroles. Los toreros se desnudaban en casa del Cunito ó en otras casas. Volvían los tranvías de mulas á la capital, y la calle Real de Carabanchel recobraba su aspecto pueblerino y pacífico.

Los ramalazos de la luz zodiacal brillaban todavía con resplandor vivísimo hacia las techumbres del Hospital Militar. A lo lejos, las luces de Madrid destacábanse en la niebla de polvo. Se oían cantares lascivos coreados con palmas. En las conversaciones se traslucía alguna inquietud, poca cosa, pero inquietud al fin. La escuadra de Cervera navegaba con rumbo desconocido. Santiago de Cuba se debatía en convulsiones de muerte. En Filipinas debía suceder algo... Parecía que en Cavite...

Y algo sucedía.

Sucedía que aquel día, 13 de Agosto del 1898, Manila se había rendido. En Cavite, 87 proyectiles de 203 y 152 milímetros habían incendiado nuestra escuadra sin casi combatir.

Pero en cambio, el *Mico chico* se había revelado como un coloso arreando un sopapo de órdago hasta los dátiles.



El toro del aguardiente en Turégano

I

Habían formado con estacas una pequeña empalizada, y el toro, quieto en el centro, miraba á los mirones.

Continuamente engrosaba el número de los campesinos. Venían á ver el toro. Oíanse por el camino, lleno de polvo y de cardos, sus voces, esas voces duras, avaras de expresión y que, sin embargo, dejan tras ellas un rastro de sacudida como eco de grito montaraz.

Se saludaban con efusión preguntándose unos á otros:

—¿Vienes de ver el toro?

—De verlo vengo.

—¿Y qué tal facha luce?

—Muy majo.

Conforme llegaban se apresuraban á ocupar un sitio para gustar despacio de la visión de la fiera, que tranquila, sobre un cenagal de bahorrina, húmeda mezcla sin olor de boñiga y orines, rumiaba, observando, sin asombro, aquel inmenso gentío.

Pintorescamente esparcidos en los campos cercanos, aquellos hombres deshacían el núcleo del corral para agruparse en torno de los vendedores ambulantes, ó limpiándose los morros con sus larguísimos pañuelos

de color, aumentaban la ya enorme cantidad de espectadores. Los que miraban no se decían una palabra como si su mirar les absorbiese por completo; pero una vez satisfecha su curiosidad ó su competencia, buscaban solícitos puesto en alguno de los numerosos grupos por allí desperdigados ó entablaban conversación con un amigo ó se tiraban al santo suelo y parecían ensimismados en una meditación de lo que vieran.

A veces de un grupo salían grandes voces, se deshacía como por ensalmo y veíase á los concurrentes dirigirse hacia la empalizada conducidos por aquel que más gritaba de ellos, se abrían paso forzando los círculos y se oía comprobar ante el toro á un tozudo labriego cualquier afirmación suya.

Eran ya las cuatro de la madrugada, y el cielo prometía un día espléndido. Amanece pronto por aquellos lugares tan altos sobre el nivel del mar, y era un encanto aquella aurora temprana, sin nubes ni irradiaciones, serena y deliciosa, que ensanchaba á manera de amorosos brazos su luz perla como si quisiera abrazar con ellos la tierra. De ella procedía aquel vientecillo fresco que al rodar por la montaña se impregnara de los olores fuertes de las plantas silvestres. El campo se desperezaba al beso de la aurora, y eran aquellos olores como una fragancia de salud viva, de fortaleza eternamente renovada cada día en la dulce hora. La tierra salía de su sueño más vigorosa.

Los labriegos, atareados con su fiesta, saludaron al nuevo día con buenos tragos, comiendo rosquillas de la tía Javiera. Los más barbíanos despreciaban estas dulcedumbres, y abriendo de un golpe seco la navaja cabriterá, hija de aquel «puñal de la misericordia» que hiciéramos tan famoso en Europa, cortaban en un lindo molinete de brazo—rebanar, dicen ellos,—enormes pedazos de pan que, mojados en vino de ese que mancha la miga con subido color morado, es el mejor almuerzo del mundo. Los precavidos añadian á los

panes jamón crudo, y con la boca llena y el corazón alegre seguían estúpidamente el vuelo velocísimo de los pajarillos ó se acercaban al redil en que el toro esperaba su destino, y lo miraban sin ira, sin amor, calculando, mientras engullian, la fuerza tremenda que habían de desarrollar aquellos músculos de la fiera una vez excitados.

Realmente el toro era un soberbio animal. Su estampa ó lámina respondía al ideal del toro de raza, del toro bravo de lidia que los ganaderos españoles han creado copiando sus órganos, funciones y carácter del genio y temperamento de nuestros hombres de estirpe, hasta convertirle en un símbolo perfecto.

No muy alto y de pata corta, pero si muy largo del testuz á la cola; gustaban los campesinos, y no se saciaban de ello, examinar su vientre recogido, las grandes cuartillas de sus remos, el relieve de los corvejones, las pezuñas casi redondas, bien hendidas y de una alucinante elasticidad. Ningún rasgo era despreciado, la delgadez y finura de las patas, la rectitud de los brazos, la curvatura sin exageración de los lomos, el dorso bien marcado y lleno, el cuello corto, flexible y redondo, no muy profundo el pecho. Miraban la pronunciación suave de las ancas, la cola prolongada y fina, y se detenían, sobre todo, en la contemplación de la cabeza, que, según ellos, estaba cerca de la perfección. Acarnerada, pequeña, casi triangular, de testuz amplísimo y de hocico chico, de finísimos cuernos verdinegros, acerados en las puntas como á propósito, con unos ojos que salían de las órbitas llenos de una nobleza severa que imponía, pequeñas y nunca quietas las orejas; prominente, carnoso y rizado el morrillo...

Miraban que no se hartaban, y sus comentarios eran chispeantes, sus comparaciones toscas, pero exactas. Dos cosas llamaban más su atención, los cuernos y los órganos de la generación. Parecían satisfechos de la

suprema masculinidad de la fiera que, á su juicio, no se defendería mal. Su entusiasmo se traslucía en gestos, y, casi sin hablar, se enseñaban los unos á los otros aquellos órganos genitales que eran su asombro y al mismo tiempo su fe. Evidentemente la fiera haría juego, resistiría, no sería vencida con facilidad, y la perspectiva de una lucha larga les alegraba los ojos con una extraña y silenciosa borrachera de sangre. ¡Ah, no eran los órganos de un semental, eran otra cosa más terrible, algo artificial arrancado al cerebro del bicho por selección, á perfidia, á costa de muchas cualidades de alma!...

—Eh, ¿qué le parece, tío Dionisio?

—¡Que es todo un hombre, Pascualón!...

—Hay que tener cuidado con él, es zaino.

—Oye, zagal... ¿Tiene algo en los ojos ese mosquito?

El zagal se acercó á tío Dionisio, sombrero en mano, y le dijo:

—Aún vamos al decir me parece que no.

—Pues si no lo sabes tú, lo que es él no lo va á decir.

—Pues él lo dirá si es de ley, que los ojos de los toros y las mujeres y los melones no se conocen hasta que... se catan.

Los campesinos rieron, no mucho, porque los hombres del campo no suelen reirse con facilidad, y su risa casi es un gesto simple.

Pascualón, que era un mozo fornido, de esos que en Castilla se llaman de pelo en pecho, no quitaba ojo del toro, agarrado á dos pivotes de la empalizada, que, aunque muy separados, hasta ellos llegaban los brazos en cruz del hermoso joven.

El toro se movía poco. Solemne y firme no era el animal que gastara en vano su fuerza. Pero cuando se decidía á andar en el espacio pequeño de su jaula, sus movimientos eran de una majestad irresistible, de una sencillez abrumadora. Era un placer ver andar al toro

con una soltura sin relación alguna con su peso formidable, tan ligero, que el más pequeño avance le ponía donde él deseaba y aún había de contenerse.

Pascualón, el orgulloso Pascualón de Turégano, que doblaba con los músculos del antebrazo una barra de hierro, lo miraba embobado, ardiente, bajo una pesadumbre de envidia. Le llamó.

—¡Eh, toro!...

El toro oyó la voz poderosa, volvió hacia él su cabeza, y miró.

Miró como mira un toro á quien se llama. Alzó vivamente su testuz, «escuchando», con sus ojazos «preguntando» lo que se quería de él cuanto tan violentamente se le molestaba. Era su mirar como una afirmación seca de prontitud. Decían aquellos ojos una conciencia suprema de responsabilidad y que nada le era más sencillo que poner en un instante toda su energía donde colocaba su visión. El toro y Pascualón se contemplaron. El mozo, retador, fanfarrón, engallado, sostenía aquel duelo mudo con escandalosa insistencia; el toro veía un bulto en cuya parte superior brillaban dos ojos provocadores, un hombre como los que él estaba harto de ver.

El toro, viendo que nada le querían, bajó los ojazos y siguió su rumiar.

Pascualón, lo llamó otra vez.

Esta, el toro no se movió siquiera.

En el alma del hombre se decidió algo malo, y agriamente se separó de la empalizada como si el toro lo hubiera echado de allí.

II

No fué operación sencilla colocar en los cuernos la maroma. El toro obedecía al zagal ó vaquero, mas se ponía remolón y zamacuco al sentir en las cepas de sus cuernos el lazo de esparto. Reculaba como un buey cazarro que rehusa el yugo y hasta iniciaba peligrosos derrotes que el zagal salvaba hábilmente hurtando el cuerpo sin correr, pues la de la eternidad hubiera sido una carrerita allí. Por fin, y á pesar de las dificultades que oponían mucho más que el toro los centenares de campesinos, la maroma estuvo en su sitio atada con tanta destreza que, sin tener otros dos puntos de apoyo que los resbaladizos cuernos, la sogá quedaba sujeta como con clavos, trazando sobre el testuz una figura de ocho sin nudos que hicieran al animal daño alguno y sin que tampoco hubiera que temer rotura de la cuerda por mucho que fuera su tensión.

Los campesinos estaban fuera de sí, enloquecidos de una alegría que pudiéramos llamar sorda sin exageración literal. El año entero aguardaban ellos aquella aurora, y antes habría faltado trigo en las trojes y cebada en los silos que dinero para el arriendo del toro «del aguardiente», y eso que no era cosa de dos onzas ni ellos se contentaban con un pelafustán ó espectro de novillo. Había de ser toro, y toro de raza, bravo, entero, con sus órganos genitales casi arrastras, con una expresión terrible, «que diera miedo sólo el verla.»

Y miedo, un miedo pavoroso daba ver aquel toro enmaromado dispuesto á ser corrido por el campo y por ¡la ciudad! de aquella singular y trágica manera. Pero á ellos este miedo era su emoción, la anual, la soñada, é iba á servirles para demostrar sus puños, su agilidad, sus piernas, su pupila.

Los que estaban echados, se levantaron; las vende-

doras de aguardiente, rosquillas ó fritangas, salieron «por pies», los demás se agarraron á la maroma á menos de diez metros del toro, y docenas de docenas de jóvenes y viejos se pusieron en turno ó colocaron en el camino que presumieron seguiría el toro, con sus chaquetones de sarga ó de paño eterno de Béjar ó sus blusas rayadas de Priego y hasta algunas capas de brega manchadas de sangre seca y que sabe San Marcos cómo llegaron allá y de qué arcas salieron.

Las voces aturdían la montaña. Todo era llamar al toro desde mil posiciones incitándole á acometer sin que aún hubiera el zagal despejado la empalizada. Salía el sol. Sus primeros rayos iluminaron el castillo, aquel castillo de Turégano hoy en ruinas que fuera con Sepúlveda, Coca y Pedraza el reducto de Castilla la libre, la de los Comuneros acariciada por doña Juana en Tordesillas y asesinada á manos de su hijo en Segovia.

El gran pueblo se extendía á sus pies todavía en sombras, pero por los caminos, las tierras, por todos lados, venían sus habitantes en busca del toro. Todos querían «correrle», tirar de la maroma, torearle mintiéndose el peligro de que la fiera andaba suelta por aquellos andurriales á merced de los héroes ó á su capricho.

La gran hora llegó. El sol salía, y con él salió el toro. Fué un momento de angustia indecible... El toro arremetió contra los que se le pusieron delante y atrapó á uno de ellos como se coge una mosca en el aire. Un grito fantástico repetido por centenares de gargantas atronó los ámbitos. Iba el toro á recoger al caído por su empuje, cuando la maroma, ciñéndose cruelmente al testuz, le obligó á mirar atrás, entonces, aflojándose, cambió la dirección del animal que se volvió contra los que le manejaban.

Pronto se convenció el toro de que había empezado para él un trabajo horrendo, y decidió librarse de él

fuera como fuese. Terrible fué esta acometida. Varios cayeron en montón, y los de la cuerda sintiéronse flaquear. No estaban entrenados; ya vería un poco más tarde el señor toro «lo que era bueno». Los que tiraban de ella defendían bien su puesto; sus manos callosas no temían verdugones ó rasguños y, para hacer el esfuerzo más grande, mientras resistían, se apoyaban en los pies tendiendo atrás la espalda. Esto solía ser un nuevo peligro, porque los movimientos del animal se hacían extremadamente confusos, rápidos é imprevistos. El cabeza de cuerda era Pascualón; el último, si es que aquella cuerda como la de los ahorcados tenía fin, no se veía. Medio pueblo ó provincia tiraba de ella. El que una vez se agarraba no la soltaba así como así, y soltarla constituía una vergüenza incalificable. Se peleaban duramente por un puesto y había quienes ofrecían dinero por él. Cuando un envite del toro hacía ellos los ponía en condiciones pésimas, unos huían, caían otros, se aferraban los más y todos giraban con gran golpe de vista, pues el menor descuido sería suficiente para que el toro se recobrase en reacciones fatales. Pero el que caía se levantaba sin mirarse ni sacudirse ni acordarse para nada de sus golpes. Nadie ayudaba á nadie ni era posible, y esto venía á ser un nuevo encanto de la bárbara fiesta tan esperada. El que había estado á punto de ser cogido, era felicitado como un héroe, y se enorgullecía tornándose irresistible y procaz. El que recibía un golpe, enseñaba, á quien quería verlo, su cardenal y se sentía digno de él. Uno á quien el toro derribó y pisoteó los brazos, los enseñaba por todas partes, hinchados, amoratados, y aquellos brazos «hacían reír». Sangrar de veras, nó por las narices, consagraba á un hombre. Un palurdo fué el primer hombre de estos. Confiado en la maroma se puso á dos palmos del animal, éste arrancó, llevándose como una pluma el peso increíble de la maroma, y le dió una cornada en el muslo. Al punto fué rodeado

por gente que le preguntaba qué sentía y que miraba inefablemente salir la sangre. Otro recibió una cornada en una mano, y formó numeroso grupo de curiosos que lo examinaban con vehemente curiosidad. El herido se ató un pañuelo, y aunque la hemorragia empapaba el lienzo, no se debió cuidar más de ello, porque se le veía en todos los sitios delante del toro brincando como un macaco y diciéndole perrerías.

El toro entró en el pueblo como un rayo; por la calle, delante de él, los niños, los perros, los viejos y las mujeres corrían desaladas, dando gritos atroces, metiéndose en las callejuelas y espiando allí, sin irse más lejos, porque esto hubiera sido en tales seres una imperdonable cobardía. Resultaba de este modo, que á veces el toro se metía por un callejón donde nadie lo esperaba, la cuerda no se veía, porque tiraban en la otra calle de ella y los que recibían tal visita fingían aspavientos atroces y chillaban como si el toro los cogiera. Como se ve, esto era el «sumo emotivo» y la ilusión de lo sublime. Algunos niños se acercaban riendo y befándose de la fiera presa, sus madres gruñían alegremente desde los balcones y, pasado el lance, se los comían á besos presintiendo grandes hechos en tales criaturas. Desde los balcones, ventanas, tejados y barandillas de las azoteas ó galerías de las casas abiertas, que eran muchas, se llamaba al toro, se le detenía, se le azuzaba. A su paso, el estrépito era asolador, las puertas se cerraban bruscamente, y, ya cerradas, se entreabrían dándose graciosos casos como, por ejemplo, el que el toro se entrara en los portales é hiciera de las suyas. Cuando los enmaromados lograban sacar al toro, se oían gritos dentro pidiendo auxilio; alguna abuela habría recibido caricias mortales, ¡bah!, cualquier cosa, ó un niño sorprendido y hecho jigote.

El zagal, vigilante, cuidaba en lo posible que nadie atentara contra su toro, mas el animal lucía ya en la piel desgarraduras de las que goteaba sangre. El va-

quero se retorció de rabia las manos ante su impotencia para dirigir la lidia, y con la vara que terminaba en puya hacía él más desastres que el toro. Su vozarrón gigantesco sobresalía del estruendo, y sus prohibiciones y amenazas despertaban en muchos admirables ideas que sin él no se les hubieran ocurrido. Cada vez había más palos y pinchos entre la multitud. Un pequeño, muy salado, volteó su honda y le regaló al toro una pedrada; esto se repitió varias veces. No es posible imaginarse algo más seductor que esta carrera singular. El toro, imponentísimo, haciendo su aparición en las estrechas y tortuosas calles, arrojando las sillas por el aire ó las personas ó corneando grandes latas que le tiraban al paso y cuyo ruido ponía miedo en el alma; los enmaromados arrastrándose detrás, cerca de las paredes, sudando á chorros, en mangas de camisa y en las más desatinadas posturas; los lidiadores improvisados, unos á cien leguas, otros en el mismo testuz; quién viendo las estrellas y hasta llorando, cuál en el arroyo patas ó piernas arriba obligado mal de su grado á permanecer así hasta que lo levantaran y lo cortasen la pierna rota en cien partes ó vieran si el boquete de la cabeza tenía arreglo.

Pascualón admiraba. Nadie como él para sufrir las coladuras imprevistas y los achuchones traidores. Su puesto era el de más agallas y redaños, pero se bañaba en agua de rosas, viendo prisionero al animal envidiado, obligado á retroceder en el momento de asestar funestas embestidas. Los de la cuerda, regidos por él, gruñían de gozo cuando él gritaba al toro.

—¡Quieto, so ladrón!...

Había que ver la dichosa cuerda, que siendo trenzada de cables de acero no hubiera resistido más, sudada, húmeda, en varios trechos manchada de sangre fresca, sacudiéndose, vibrando epiléptica, arrastrando desmayada por el suelo ó lacia en manos de sus portadores ó agitándose como jarcia en temporal. Parecía

un nervio prodigioso arrancado de la cabezota de la raza y viviendo en la agonía una vida horrible de espasmo y de electricidad. El toro se iba dando cuenta de ella, y en su odio acrecentaba el furor, multiplicaba su fuerza ya espantosa, y cuando lograba atrapar alguna cosa la convertía en virutas. Este odio, este valor del prisionero así contrarrestado, vencido de este modo heroico, enorgullecía á aquellos seres ahítos de gloria, entusiasmados hasta el delirio con aquel juego en el que nada menos que un toro era el juguete.

III

En un momento de inmenso peligro, Pascualón estuvo á la altura de las circunstancias. Una señora, no encontrando algo más á mano, arrojó sobre el animal un gato que clavó sus uñas en el lomo del toro y le hizo meter á escape en un callejón sin salida donde varios niños celebraban la fiesta. Reían los tales niños viéndose venir encima el toro que ellos creían preso; pero que por un supremo alarde de fuerza, en aquel instante casi era libre, cuando Pascualón, viendo sin gobierno al morlaco, se abalanzó á él, agarróse al rabo y lo coleó fieramente dando lugar á que los niños se escaparan. Como los buenos; esto, «chamullando».

La fatiga detenía al toro, una fatiga indescriptible. El pobre animal tan bello respiraba con dificultad. Llevaba tres horas ya de una marcha siniestra en todas direcciones, acorralado entre paredones que parecía iban á desplomarse sobre él, azuzado y hostigado como perro rabioso, martirizado con aquella cuerda que refrenaba la cualidad que era su vida, su incontrastable voluntad ahora contrastada por la ignominiosa maroma que se ocultaba girando, moviéndose en dirección contraria á la suya. Era el triunfo de Pascualón. El toro se rendía antes que él. Allí estaba

la fiera á la sombra de una casa, pegada á la pared, anhelantes sus vacíos, abierto el hocico, desencajados los ojos y sufriendo indiferente los palos que le arrebaban desde un balcón con un terrible vergajo hecho con nervios de un antepasado suyo. Los chiquillos más desharrapados, descalzos, con la camisa saliéndose por una ranura abierta en los calzones hacia «los antípodas» que decía un maestro, lo insultaban gritándole:

— ¡Anda, ven!...

Además, y esto era lo importante, le habían inferido agravios de otro género, heridas y heridas serias. Se creían, sin duda, con derecho á mutilarle, y á traición, aprovechando los hierros de una ventana ó la esquina, ó la misma muchedumbre, que á veces formaba en torno de él como un hormiguero, le metían, donde hallaban más á mano, la hoja de una navaja ó un pincho, ó le colgaban ridículas banderillas, ó, pasando á la carrerilla delante de él, le arrebaban un palo tremendo con una tranca de consumero en los cuernos, y se libraban de represalias «saliendo de la suerte» á la media vuelta. El dolor debía ser atroz, pero, ¿y la afrenta?

Cuando el toro, quieto, espiaba por dónde vendría el daño, su cara daba espanto. El nada temía, pero lo habían agarrotado en un cepo y lo desangraban sin piedad. ¿Qué resultado podría traer á la gente su martirio? Y se leía en sus ojos que á estar libre, todo, absolutamente todo el pueblo se encerraría... Sus mugidos provocaban en el gentío arrebatos estupendos y escandalosas vociferaciones. La fiera, vencida, era paseada como una mona por las calles y de nada la valía tener por cuernos dos puñales y arrastrar por las baldosas sus órganos genitales, asombro de aquellas buenas almas.

Lo curioso de esta diversión, tan bárbara y tan antigua, era la cantidad enorme de energía que en ella

se empleaba. Mujeres, chiquillos, viejos, mozalbetes y con ellos sus animales domésticos, tomaban parte en la tragedia-sainete, con una efusión de espíritu que asombraba. No se lidiaba un toro, se burlaba un símbolo, la fuerza vencida por el «pitorreo», la nobleza y la audacia derrotadas por la bullanga. No había allí destreza. Los enmaromados estiraban con toda su alma de la cuerda, hasta el punto que si aquella cuerda no fuera mezcla endemoniada de cáñamo, esparto y siglos, se hubiera fatalmente roto y aun así, era de temer, viéndola rozarse con las esquinas, cuando desde alguna bocacalle el toro estiraba con violencia. Las muchachas se comían con los ojos á los héroes de la maroma, y ellos bien sabían que eran mirados. A centenares esas muchachitas presenciaban la fiesta, y sus gritos de espanto eran ánimo de los luchadores. Había que llevar al toro á un sitio determinado, á la Plaza, por caso, y allí era conducido, y esto, realmente, era un triunfo digno de la epopeya. Luego, había que pasarlo por casa del cura, y el toro rendía, mal de su grado, este sentido homenaje á la Iglesia, que pusiera el buey en los altares al lado de San Marcos.

Por último, Pascualón quiso llevarlo á casa de su novia, y allí fué conducido, y la gentil Teresa se dió el placer de ver un toro atado y arrastrado, á ratos, por docenas de gañanes ilustres, entre los que Pascualón reinaba como el más bruto.

De improviso, una increíble noticia corrió por el pueblo. Ca; no podía ser. Los chiquillos, eternos portaórdenes á través de los siglos y civilizaciones, se repartieron por la población y multiplicaron los correos. Las mujeres sesudas, las ancianas, los viejos, las señoritas prudentes, que habían subido á la terraza á ver el toro, porque no había un sitio más alto, se atrevieron á salir al arroyo y comentar la noticia. Todos decían lo mismo.

—Ca; no puede ser. Pascualón...

—¡Madre, el toro ha metido los cuernos á Pascualón en salva sea la partel...

Y el chiquillo, desvergonzado, señalaba á un sitio escabroso, y bien pronto era severamente reprendido por la excelente madre.

Se oía en todas las calles la inconfundible conversación de los corrillos de vecinos que comentan una hecatombe. A intervalos, las casas se desguarnecían valientemente á riesgo de toparse con los enmaromados, y sus moradores acudían al lugar del suceso, con esa solicitud inequívoca con que se acude á un sitio donde ocurrió algo irreparable. Porque, ¡cuán cierto es que se llega antes á los sitios donde no hacemos falta alguna!...

Los niños corrían como cohetes buscando á sus madres.

—¡Madre, madre, el toro ha hecho un buñuelo á Pascualón! ..

—¡La ha diñao á la puerta de su novia, madre!...

—Por burro, madre, dice tío Dionisio, que ha muerto por burro...

De todos los sitios acudía la gente. En las ventanas y demás agujeros de las casas nadie esperaba ya asomado, y las casas, solas y aburridas, expresaban su fastidio en su cara arrugada, esa cara de las casas de Castilla, tan plásticamente sepulcral y embotadora, vejez tenebrosa de una lejana juventud, horra de luchas y suplicios y desengaños muy amargos...

En las calles cercanas al suceso la agitación conmovía. Nadie se acordaba ya del toro; es decir, nadie no, el señor Tobías, sí: ese había mandado cerrar la puerta con tranca y decía desde el voladizo del balcón á quien quería oírle:

--Lo malo no es que haya muerto Pascualón, lo remalo va á ser que se va á escapar el toro y no va á dejar títere con cabeza.

Y el diablo oyó al señor Tobías, porque decir eso y

sentirse en el viento algo así como el rumor de una muchedumbre que grita de veras, pero de veras, no como al recibir el toro enmaromado, fué instantáneo.

—¿Oye usted, señor Tobías? Algo pasa, y algo muy gordo.

—Lo que pasa es lo dicho; el toro, hombre, el toro que se «las pira.»

—¿Lo habrán dejado escapar?

—Como si lo viera; la cuerda. Se les ha roto. Eso ya lo decía yo el año pasado. Como que tiene más años que yo, y voy para siete veces diez y cinco más, y cuando yo nací ya servía.

Y era verdad; el toro, poco después de matar á Pascualón, se escapaba por causa de lo que decía el señor Tobías.

Había querido Pascualón delante de su novia lucirse y vengarse del toro que lo despreciara en la estacada, y el toro le había hundido sus cuernos en las ingles con esa rapidez de las cornadas de muerte, de las que ni el toro se da cuenta.

Pascualón cayó delante del portal de su novia, que vió con los pelos de punta cómo el héroe se echaba las manos al agujero por donde se le escapaban, con la sangre, las tripas.

Los que conducían al bicho flaquearon. Un empuje brutal del toro, y la maroma se partía cerca de él mismo. El animal, viéndose libre, siguió la misteriosa ruta que su instinto le dictaba, volviendo á pasar por donde antes lo hiciera, tremolando el pedazo de maroma aún ceñida á su testuz como moharra de libertad recuperada.

Sucedió, pues, que los valientes huyeron á pierna suelta y no por desgracia tan aprisa que el fiero animal no pudiera vengarse. Su camino parecía el del infierno. El espanto, los ayes, la indecisión que crean los peligros auténticos, el pánico, los guardias civiles fusil en mano, ese ambiente creado por las desgracias

horribles, que es inconfundible, contribuían á que la huída fuera más embrollada é imposible. El toro suelto, se desplomaba en las calles como la imagen de los toros vistos en sueños; corría, como ellos, de acera en acera, recogiénolo todo, husmeando víctimas. •Y, como en los sueños, se oía el golpe seco de los cráneos estrellados, al resoplido ardiente de su hocico, y nadie podía ni defenderse, las piernas se inmovilizaban y el toro llegaba entre una nube de polvo rojo.

Pascualón, solo, en la calle, yacía hecho un bulto informe arrimado á la pared. El toro se precipitó de nuevo á él, lo recogió, lo arrojó al aire; lo volvió á coger zarandeándole horriblemente, lo pisoteó, arrastró largo trecho los despojos y huyó sembrando la muerte por los lugares en que tantas risas provocara.

Ignoramos qué fué de la novia de Pascualón, el hermoso joven; sólo nos consta que los guardias civiles encontraron al toro en la empalizada de donde había salido. El sol secaba la sangre de sus heridas y destacaba, mansa, noble, cariñosa, su dulce mirada.



La "cola" de los anémicos en el Matadero Municipal de Madrid en 1900

I

Serían las cinco de la mañana cuando llegué al Matadero, y ya la «cola» rebasaba la fuente que hay cerca de la Puerta de Toledo, ocupando parte del patio de entrada, muy próxima la cabecera á la gran nave donde se descuartizan las reses bravas y se apartan los mondongos.

Diseminados por todas partes veíase á los casqueros, hombrones del Norte casi todos, con las manos metidas en el peto de los mandiles mugrientos y teniendo á los pies una enorme cesta de cinc para transportar las asaduras, los despojos, las pezuñas, las criadillas, todos esos menudillos que huelen tan mal, expuestos por los tablajeros y que son la base de la comida de mucha gente y la fortuna de los gatos.

Algunos carreros se entretenían en limpiar un enorme cajón con ruedas formidables, lleno de sangre y piltrafas, vehículo de los que, al anochecer, transportan las carroñas hechas cuartos tan descaradamente como con peligro de los transeuntes. Y tan cierto es ello, que no hay en el mundo nada semejante á

esta repugnante manera de transportar la carne, indigna de una capital europea, al aire libre la parte posterior del carro, hacinados los sangrientos despojos y balanceándose en los movimientos difíciles del monstruoso y pesado armatoste, arrastrado á través de las calles angostas por reatas de mulas á las que su desaprensión y bestialidad han hecho merecidamente célebres.

Saludé al matarife, á quien iba recomendado nada menos que por el concejal visitador del establecimiento, y por el caso que me hizo pude sospechar el que me hubiera hecho á no haberme recomendado tan grande personaje. Sin embargo, días más tarde se me hizo notar por el concejal de marras, asiduo lector de Nietzsche por cierto, que tales matarifes, por razón de su oficio, son poco comunicativos y de alma endurecida, á cuyas cualidades hay que forzosamente hacer honor, pues sin ellos la alimentación de las urbes sería un problema peliagudo.

Y tan era así y tan poseído estaba de su importancia el verdugo de los animales, que cuantos pasaban por nuestro lado le saludaban con deferencia, le daban palmaditas en los hombros y le hacían toda clase de sociales monerías.

Visité las dependencias, dignas de eterna recordación por lo nada higiénicas y lo insuficientes, y me hacía cruces al considerar que España tenga por capital un pueblo á quien no le arredra poseer en una de las calles más concurridas y populares un edificio semejante.

Pero lo que á mí aquella mañana me interesaba no era el edificio, ni su emplazamiento, ni la parte que en la mortalidad diaria pudiera caberle. Estos absurdos tienen raíces más hondas que la falta de dinero ó crédito de los Ayuntamientos, y allí me llevaba precisamente la busca y captura de una de ellas. Las raíces del mal suelen estar casi siempre allí donde los espe-

cialistas dedicados á extirparle ni presumen siquiera su existencia. Los hombres suelen despreciar los detalles aparentemente fútiles y rehusan la inspección minuciosa de lo insignificante, enamorados como suelen estar de altas teorías y endiabladas jeringonzas.

El objeto de mi visita era aquella «cola», tan larga ya á las cinco de la mañana. El olor nauseabundo que venía en ráfagas y á rachas parecía salir de la «cola» aquella y no de las naves del Matadero. El balido de los rebaños prestos al sacrificio, el mugir doliente de los bueyes, los gruñidos de las víctimas, de aquella «cola» y no del edificio parecía surgir.

He estado en el hospital, en la guerra y en la cárcel y no vi jamás cosa que igualara la tragedia horrible de aquella escena silenciosa. Apoyados en las paredes, reclinados en los salientes de las piedras, agarrados á los hierros de la verja, rígidos como estatuas, en cucullas, sentados á lo turco, echados en el suelo, en esa forma que el lenguaje gráfico del pueblo define así, «echadazos», hombres, niños, mujeres, aguardaban tranquilos, inmobilizados en la postura primera que tomaron. Unos llevaban cazuelas; otros, pucheros; copas grandes de vidrio, varios; jarras, algunos. Muchas mujeres vigilaban con cuidado panzudos cántaros de tierra de Vallecas. Un niño jugaba en las baldosas de la acera con un viejo perol abollado. Otros, en torno de la fuente, limpiaban, despaciosos, y como indiferentes, vasijas de formas vulgares, compradas casi de balde, pintarrajeadas y tripudas como loza de salvajes.

No eran todos desastrados ni mucho menos. Junto á un hombre, todavía joven, de recia barba, descuidada indudablemente por la necesidad, de traje muy gastado, esperaba una muchacha apañadita, muy limpias las ropas de tela barata pero escogida con gusto. Los había famosos, de esos desgraciados sumidos en la abyección de la miseria cuyo traje excéntrico os hace deteneros para mirarlos, y no sabéis si

reiros ó socorrerlos. Allí estaban, en la pared, encorvados, las manos en los bolsillos, el puchero en un sobaco, caído el sombrero hasta los ojos como si les diera el sol y aprovecharan el tiempo durmiendo. Uno de éstos tenía á sus pies un niño lindísimo, degreñado, casi desnudo, que gozaba arreando trastazos contra las piedras un bote de conservas. Los pobres á quienes en España se distingue con el pomposo título «de solemnidad» expedido en las Parroquias por diez céntimos, tenían allí su representación; se distinguían admirablemente; perdidos para toda iniciativa moral eran una carga para los demás, lo sabían y, sin explotarla, ¡qué más hubieran deseado!, vivían de ser gravosos á la caridad militarizada.

Obreros sin trabajo ó que faltaban á él aquel día por recomendación de un vecino ó curandero; «chavales» sin padres ó con ellos que habían sido mandados; habitantes de esas casas cuyas galerías dan á la calle y que parecen restos ó cortes transversales de edificios que se arruinaron; mendigos que aman su vida á pesar de lo difícil que les debe ser el soportarla; y, entre tanto resto de naufragio, jovencitas de oficio ó vendedoras de plazuela cuidadosas de sus pies y de su pelo como buenas madrileñas, ó viejas, prestamistas de dinero, incapaces de gastarse un céntimo en medicinas ó en consultas de médico, pero que no querían morir-se así como así.

—Cada día vienen más—me decía el portero—, y á veces llega la «cola» hasta la puerta que da á la Ronda.

Pedí permiso á su madre, y tomé en brazos á un chiquillo. Era guapo de veras, pero tenía en las bellas líneas de su cara un no sé qué, el mismo «no sé qué» de todos los que con tanta resignación esperaban: falta de sangre. Sentían todos escapárseles la vida é ignoraban qué tenían. Todos pronunciaban la palabra anemia, y no sabían más. En las Policlínicas baratas ó en las consultas gratuitas del Hospital de San Carlos,

les habían dicho á unos que tenían anemia, la sangre muy clara, poca sangre; otros habían consultado al célebre curandero Cabezón, el del río, famosísimo entonces en los Barrios Bajos. Los más no habían tenido necesidad de que les dijeran nada; se sentían sin fuerzas, sin gana de trabajar, ni de comer, ni de buscarlo. Grima daba verlos. Muertos en vida, su cara y sus manos tenían un color blancuzco que en los niños llegaba á la transparencia y en los viejos á la palidez fría de los difuntos. En las jóvenes arrugaba la frente, sacaba á la fuerza el cigoma, extendía por las mejillas y cerca de la boca un odioso envejecer prematuro, una como huella ficticia de crápula y existencia vergonzosa.

Las «colas» que forman los pordioseros ó la gallofa á las puertas de los cuarteles á la hora del rancho, no pueden daros una idea de la «cola» del Matadero, ni siquiera esa lúgubre «cola» diaria del Santo Refugio. Los anémicos eran algo más que pobres y miserables. Buscaban sangre, querían sangre, como otros quieren y buscan pan. Y lo trágico era esto. Mendigar un mendrugo, llevar unos harapos raídos, enseñar la carne amarillenta por los agujeros de las ropas, tener un solo vestido para el día y la noche, el verano y el invierno, es tan triste, tan injusto, que la sociedad procura aliviarlo valerosamente. Pero... ¿y pedir sangre?, ¿y... sentirse morir en vida aunque haya pan, y verle sobre la mesa y no podérselo llevar á la boca porque no hay ganas y sabe mal?... ¿Y oír que eso se arreglaría con sangre, y ser tan ignorante, tan desgraciado, tan pobre, que se oyen los más estúpidos remedios con ansia?...

Decid, si os atrevéis, á los anémicos que yo vi el primer año del siglo á la puerta del Matadero, que la sangre se hace dentro del cuerpo... Eso cuesta diabólicamente caro además y va muy despacio. Un reconstituyente, un específico, un tratamiento puede salvar al

rico; al pobre, no. Y si este pobre es español, inculto y gánapiro, no podrá esperar, no confiará. Querrá sangre de quien sea, pero sangre roja, corriente, ya hecha. Una transfusión es cosa muy científica, rara, muy cara. Hay, pues, que beber sangre líquida. ¿Y de quién? He ahí la dificultad vencida, soberbia, esplendorosa, castizamente.

¿De quién se ha de beber sangre en España sino del toro?... ¡Sangre de toro!...

Cabezón, el del río, miraba á una chicuela traída á casa del célebre curandero adorado en los Barrios Bajos. Observaba su tez desmayada, abría sus párpados, examinaba el color de las encías, su mirada fría, su aire raquítico, tardo; y bondadosamente la decía á la madre con gestos de judío:

—Llévela al matadero á beber sangre de toro.

La madre no titubeaba. ¿Y por qué había de dudar?... ¿No es el toro el animal más bravo de la creación? España se pasa la vida hablando de ellos; el torero es el hombre más popular que pueda haber en el mundo, precisamente porque es lidiador de ellos.

¡La sangre del toro!...

La panacea, el remedio universal, es la sangre de ese bicho indomable. La imaginación del pueblo le ha deificado, y harta de verle irritado, furioso, en actitudes de luchador sublime, cree en él como no cree en Dios. Se rociaría el cuerpo con su baba rabiosa, con la espuma de sus morros, cuando en un lance difícil se cubre de ella el bello tembloroso. Ese hombre es un toro, dice el pueblo para significar la bravura de un varón. En las bestiales peleas de los tigres ó los leones con el toro, vistas en el circo, el pueblo ha aprendido á despreciar la legendaria realeza del melenudo felino. El rey de los animales es el toro para el pueblo español. Esa arrogancia ciega, esa audacia irreflexiva, ese «crecerse» con el castigo, su violencia brusca de cerrar los ojos para no ver sus actos de valor, su pron-

titud trágica, ¡ah!, todo eso es nuestro. Su sangre es la nuestra, la soñada sangre de nuestro heroísmo. El pueblo la siente caer á chorros en su delirio de grandezas, y con la copa llena de esa sangre espumosa como un vino bueno comete locuras á la manera gloriosa y estúpida del toro.

Las vecinas lo saben bien. Su consejo es idéntico al del curandero. La enferma oye enérgicamente dicho:

—Coja usted un puchero y beba sangre de toro. Se cierran los ojos, y ojos que no ven, corazón que no siente.

Si en vez de la sangre del toro fuera otra sangre, el consejo no se aceptaría. Pero el alma está ilena de la visión de la fiera, y sólo pensar que esa fiereza puede precipitarse en nuestras venas...

II

Las mujeres de los grandes cántaros entran las primeras, aunque no ocupan en la «cola» esos sitios. Cuando van saliendo hay que taparse las narices. De aquellos cántaros se expande un olor fétido, imposible de resistir; no hay cadáver descompuesto que hieda de aquella horrible manera. La boñiga fermentando en el asfalto no huele tan mal. Es algo podrido y disuelto en un medio que á su contacto se ha corrompido también, formando una substancia inmundada que exhala la muerte. En los vertederos olvidados, los pozos negros rebosantes y las grandes bocas de los colectores y cloacas no se podría sentir cosa que lo igualara.

Mas aquellas mujeres son madres, y si huelen se aguantan. El curandero les ha dicho que la parálisis y el raquitismo de los brazos se cura con aquello, y van al Matadero por el líquido asqueroso como lo sacarían de una letrina de presidio. Es un caldo infernal. El agua en la que se ha lavado la mondonguería. En

ella se abrieron los abomasos, las bolsas de los vientres, las tripas; en ella se limpiaron las asaduras, las cabezas ya despellejadas, las pezuñas, los sacos de los orines y se vació y mezcló todo eso, emponzoñando el agua hasta convertirlo en cieno y fango de una singular traza. El curandero lo ha mandado.

—Vaya al Matadero á por el caldo de los mondongos y que meta su chico el brazo en él durante media hora. Antes cuece usted el agua y cuanto más caliente pueda resistir, mejor.

Y la madre cuece la mixtura inmunda y el niño mete su brazo allí y llora y se asfixia. Y si no se salva es porque Dios no quiere; su madre hizo lo que pudo.

La ignorancia es menos heroica, pero más curiosa en los bebedores de sangre taurina.

Se los permite pasar á la cámara original, en que bien á mansalva puede el matarife herir á su víctima, y cuando la ha degollado, aquellos anémicos acercan su puchero ó su copa y beben sin descansar, cerrando los ojos. El matarife y sus ayudantes, ríen y bromean.

Se pierde mucha sangre. El chorro es semejante al de un pellejo de vino que se derramara por el atadero. Sube un olor fuerte, penetrante, casi agrio.

—¿A qué sabe?—pregunto á uno de ellos.

Tarda en contestarme. La sangre ha hecho rápidamente su efecto, y el pobre ignorante se siente mal, con bascas, con unos deseos inmensos de vomitarla.

—¿A qué sabe?—repito.

—A acíbar—me dice.

—Esta gente está más loca que un cencerro—filosofa un casquero que presencia la operación.

Pero loca ó no loca, aquella gente es para mí un síntoma de otro mal muy grande, y observo paciente, sin zaherir su miseria mental, pensando á qué extremos tan lejanos y oscuros puede llegar la idolatría nacional á una fiesta, no sospechados, ciertamente, por los mismos que la cultivan.

No quiere beber la pobre joven.

—Espérate al otro; ya cae poca—dice el matarife.

Y al otro, cuando la sangre, más que caer parece desplomarse de una cañería, la joven alarga su brazo tembloroso y recoge en una jarra el líquido.

—Hay que beberlo en seguida; cuanto más caliente más aprovecha—la dice su madre ó lo que sea.

Y la joven se decide al fin con el gesto de un niño que toma agua purgante.

—¡Arriba, arriba!...—la gritan compadecidos de su juventud.

No puede acabar de beberla, arroja la ya bebida.

Los hay valerosos, convencidos, que no es la primera vez que vienen. Se lo dicen á todos.

—Hay que tener constancia. Con una vez no basta.

—¿A qué sabe?—vuelvo á preguntar.

—A nada—responde un poco agrio.

Bebo un trago. Sabe á rejalgar, á hombres escabechados; es pastosa, se queda en la boca y es salada, acidulada, áspera...

Un niño no quiere tragar aquello, y el berrinche es homérico; patalea, llora y se defiende con valor. Su buena madre lo sacude una tunda, una zurra de repertorio con soplamocos y «manguzás», y sólo á mis ruegos deja de maltratarlo.

—Se ha empeñado en morirse, señor—dice la madre.

En realidad, el niño cabría holgado en un alfiler como el niño del cuento, y cuando se morirá, sin que pueda remediarlo el mismo Dios, es si toma la sangre que lo quieren hacer tragar.

—Pues la has de tragar, ¡ladrón!—ruge la madre.

Pero el chico la espata, la rechaza y la sangre cae por el babero y delantalillo, que parece que se ha muerto de veras y de una vez. No habría fuerza humana que lo hiciera trasegar aquello.

El matarife aviva porque hay prisa. Vienen otros á

llenar sus vasijas y se oyen fuera los golpes con que la cariñosa madre obsequia á su hijo porque quiere morir.

Algunos se quieren llevar la sangre y no los dejan si el bote es grande. Sin duda la dejarían secar y con cebolla y pan no es mal almuerzo.

Un hombre. El que ha extendido ahora su vaso, es todo un hombre. Se ve su miseria, pero no su anemia. Está flaco, pero no enfermo. El matarife no le deja acabar de llenar el recipiente, y con aspereza le increpa como á un perro.

—¡Largo de aquí!...

Me fijo mucho en él. Alto, bien formado, barbudo, guapo, ese hombre ha caído verticalmente en los abismos de la vagancia, de la pereza, que es mortal en hombres como él. Viene sin duda á buscar en esa sangre de toro la energía que le falta. Y viene con fe; sus ojos lo dicen.

Protesto de que se le trate así, y me dice un ayudante:

—Es un pelmazo; viene todos los días.

Se va lentamente, bebiendo la que le permitieron coger, saboreándola con delicia y mirando desconfiado como si fueran á quitársela.

Me emociona ver esta escena. Ese hombre dice más claramente que todos los otros en cuánto no estiman ese líquido precioso, venero de la raza.

¡Sangre de toro!...

Beber sangre de toro, sentir por las venas el escalofrío de esa transfusión violenta, rugir y ser como él, audaz, fiero, inconsciente é irresistible. Pedir, siempre pedir. De nosotros, de los fondos del corazón, ni una idea salvadora. Vivir de prestado, de otra energía; y zamparla de sopetón. Nada de labor paciente... ¡sangre de toro!... Rejuvenecerse por la conducta ó regenerarse por la cultura... eso es ir muy despacio. ¡Sangre, sangre de toro! Arder, consumirse, bufar, encorajinar-

se, arrojar las dificultades á la espalda como se arrojan á los lomos la arena los toros soberbios.

Estos anémicos; estos enfermos, cómo iluminan uno de los problemas tremendos que nos siguen como cuervos! Sedientos de sangre de toro, tienen valor para cogerla sin temblar del mismo toro degollado, y se nota que su valor y su deseo llegarían á cogerla en la plaza misma cuando en la rabiosa agonía del animal le chorrea la sangre del hocico. Su ilusión es capaz de salvarlos, de darles la curación.

Este culto del toro no es una pantomima más en el mundo, es la manifestación de un alma nacional. Después de muertos entre los más horribles martirios, los carniceros, en la plaza misma y no lejos de los caballos, los descuartizan; los expendedores vienen con carros ó con asnos por los pedazos, y los venden y se los disputan. Es carne de toro, y carne barata. ¿Creéis que reparan los compradores en aquellos grupos de sangre coagulada que mecha la carne enrabada, tan enrojecida que parece y aún lo es negra?... ¡Bah! ya lo saben, están en el secreto. Saben que el toro murió rabiando y eso es un mérito más. Cuando la mastiquen... ¿Creéis que la encontrarán dura, que no se comerán aquellas fibras secas como tendones? ¡No faltaba más! Es carne de toro que ha de «cornificar» el cuerpo y el alma y les va á dar en la vida la virilidad que les falta.

—¿Acaba usted ó no acaba, señora?

—Nada más que éste

—¡Pero, mujer, que la va á «diñar»!...

—Ca, no la «diño»—dice riendo.

Es una vieja. Se ha bebido dos vasos. No quiere morir. Sus ojos, su expresión, dicen que aquella sangre la sentará bien. Tiene fe. No le turba la cabeza ni el estómago y, según ella cuenta, le ha quitado el reúma de las piernas.

—¿No sabe usted—me pregunta—el refrán?

Ante mi negativa, salmodia sonriente:

*Agua de San Isidro quita la calentura.
Sangre de toro fresca buenas nalgas procura.*

Y se aleja contenta, limpiándose la boca como un gato.



Guernos en Candelario.

I

Siempre hay nieve en la sierra. Es verano, y la adusta montaña no ha podido desprenderse de la nieve todavía; un ramalazo blanco que fulgura solitario como el cuarzo cristalizado. Candelario está al pie de ese inmóvil vellón.

La carretera bellísima de Béjar es un hormiguero. Hay toros en Candelario, y el gran pueblo de los paños eternos y las eternas desdichas viene á visitar á su vecino.

Béjar fué muy rica y tienen sus habitantes aún cierto aire de adinerados. Las aguas de su río eran, al llegar á la ciudad, un torrente de oro. Conservan de su pasado el gesto brusco y ese aristocratismo de imitación que tan melancólico é interesante es cuando el bienestar se derrumba. Como buenos españoles soportan su desgracia, pasivos en la acción, felices en el modo, engañando generosamente al visitante con su hospitalidad inagotable. Un «calderillo» con cualquier motivo y aquel vino extraño que tanto les gusta y el rasgueo de las guitarras en conciertos evocadores de viejas comanditas gremiales, resárceles de los grandes días cada vez más lejos.

Mas España es España. Las tristezas son buenas en

ella para ser cantadas, no para otra cosa. Lamentarse, sí; pero con una buena guitarra entre las manos y el vino ante los ojos. Es domingo. Hay toros en Candelario: ¡qué diablo! es preciso visitar á los vecinos. Los hornos primitivos é insustituibles de las tintorerías no humean; las diabólicas drogas no huelen; los modernísimos telares no ensordecen, y su lanzadera de acero que teje millares de hilos con sólo un golpe y nunca se cansa de darlos, está quieta en un extremo del aparato tal vez refunfuñando de su holganza forzada.

Y con los hombres de Béjar, charros venidos de la provincia vastísima, flamencos de Guijuelo en cuya plaza de toros cabe holgadamente el planeta Júpiter y sus satélites, campesinos de Ledrada, labriegos montaraces de Sanchoteles, gente de Hervás, de Montemayor, de la Maya y Fresno. Son gente buena. Los toros van lentamente ocupando sus campos laborables, las ganaderías de reses bravas se extienden por las tierras que fueron trigales y hoy son dehesas; pero ellos son constantes, no cambian como sus tierras, son siempre los mismos, nobles, buenos, burros, de costillas duras, de espaldas como la montaña.

Toda la provincia de Salamanca es una vasta dehesa de toros bravos. Los señores lo quieren así; ¿qué podrían hacer ellos?... Y aunque pudieran ¿por qué se iban ellos á «meter» con los toros que tan buenos españoles son? ¡A Candelario, pues!... Si hubiera toros en Plasencia se iría allí; el tren lleva en pocas horas á todos los sitios, y un tren que marcha á los toros es aquel hipócrita que Calderón cantara.

Además, Candelario vale la pena de un viaje.

Los que no hayáis estado en Candelario sólo sabréis de él que allí se aderezan los mejores chorizos del mundo. Pero si un día os decidís á visitarle, aprovechando el «encanto irresistible» de una corrida de toros, tal vez se os olviden los incidentes de la lidia; pero Candelario no se os olvidará, estad seguros.

Es un pueblo ideal que sólo es español un día al año: el de la corrida. A los que han peregrinado por «esos barrios», les recuerda los pueblos más industriales de Bretaña. Su belleza es prodigiosa y severa; no hay en él edificios magníficos ni siquiera históricos; no topáis, deambulando por sus calles, con hallazgos que os dejen turulatos; mas si una vez entráis allí y tenéis los ojos cerca de la frente y dos dedos de ella, confesaréis que Candelario es el orgullo de un país.

Las calles trepan por colinas muy escarpadas, empinadísimas; la línea recta no se conoce allí. Son anchas ó estrechas, según les ha convenido. Las juzgáis dotadas de una extraña voluntad y tan satisfechas de sí mismas que se abren paso por donde quieren. Como necesitan agua, mucha agua, parece que ellas mismas no son sino un pretexto para abrir en el corazón del pueblo regatos, estuarios y arroyos. Oís caer el agua con alegre rumor por todas ellas, á derecha é izquierda, incesantemente; no importa dónde va ni de dónde viene, lo necesario es que corra. El pueblo no podría existir sin esos arroyos, y cada vecino cuida del trozo que le corresponde como un castor puede vigilar las canalizaciones de su madriguera. Además, son tan coquetas, que tienen nombres preciosos, sugeridores, nombres que os dicen el carácter de cada una como si realmente tuvieran espíritu.

Os habéis de detener ante cada casa aunque no queráis. Sólo en ciertos dibujos de artistas extravagantes pero geniales se ven imágenes parecidas. No hay una igual á otra. Son altas, bajas, esbeltas ó rechonchas á placer. No se respeta otra rasante que el arroyo ni otra ordenanza que un exquisito gusto por hacer de la casa un nido. El gato colabora allí con el maestro de obras y se oye la opinión de los pájaros. Nieva y llueve mucho allí y se hace preciso la solidez, esto es fácil porque los bolsillos están repletos. Si hojeáis por entrete-

neros el libro corpulento de la Hacienda, leeréis con asombro que Candelario es un contribuyente excepcional del Estado y, por lo tanto, que su nombre pesa en los destinos de la nación aunque él no se cuida de explotarlo.

Las casas tienen de común las tejas, unas tejas rojas como las de las casas asturianas y gallegas, y la puerta. Estas son iguales en todas las casas porque en todas las casas se vive de los cerdos y se los mata allí. Clavados en la pared hay unos hierros ingeniosos, trampas en los umbrales, tinas de descuartizar apoyadas en el quicio y enormes cazuelas á las que el agua no ha podido arrancar el matiz rojo y el olor fuerte del pimentón. Los balcones son una delicia, las ventanas admiran. Están donde deben estar y no en otro lado, y un arquitecto de genio os diría que esto es más difícil de lo que parece. La armonía no se produce en aquellas fachadas con simetrías inexorables, salta á los ojos llenándolos de satisfacción. Son aquellos huecos variante afortunada de las ventanas holandesas y belgas. Los salientes, los voladizos, los bastidores de las galerías se han concebido con una anarquía tan llena de gracia, de encanto y de utilidad, que pasma por su efecto y por su sencillez. Las variaciones son infinitas, y pocos son los que copian á su vecino, de lo que resulta un nuevo placer. Son tan bellas, que sin haber manejado nunca un lápiz os dan tentaciones de trasladarlas á un papel para enseñarlas luego. En vez de trojes ó bohardillas, tienen sus recaderos, sus desvanes donde por un procedimiento simplicísimo ahuman los embutidos, los cuelgan y los curan.

Si entráis en estas casas, el asombro es mayor. Allí no hay bóvedas, ni salas de estilo, ni tracería alguna; allí sólo hay limpieza, y esta pulcritud es una obra de arte. Os llama la atención la sobriedad allí desplegada. Los muebles son escasos; fijaos, y comprenderéis bien pronto que no son necesarios más. Están situados

donde deben estar; y no sé por qué extrañas asociaciones de ideas recordáis el modo incomparable con que se aprovechaban los aposentos de las galeras en el siglo de Cervantes. Son muebles útiles, sencillos é imprescindibles y nada más que esto. Los examináis, y os gusta encontrar, ¡por fin!, el modelo del mueble castellano. Un hombre de genio que gobernara á España habia de declarar monumento nacional alguna de estas casas. Son museos espontáneos. Son cátedras de sencillez, comodidad, duración y espíritu local. En Bretaña, en los Países Bajos, las casas son paraísos de felicidad, pero en ellas abunda en extremo lo superfluo y sólo un orden encantador puede hacerlo interesante. En Candelario, la seducción es irresistible; tenéis allí lo que se necesita, en su sitio, á vuestro alcance, limpio y perfecto. Si por descuido colocáis un objeto en otro lado, os dáis cuenta bien presto de haber destruído la habitación entera.

La explotación del cerdo ha obrado este milagro. De la marranería han sacado ellos el amor á la limpieza, y el animal más sucio les ha dado la idea de la delicadeza inmaculada. Su producción es fantástica. Holgan, hasta cierto punto, cuatro ó cinco meses; pero una habilidad extraordinaria en su trabajo, les hace cundir su labor. En unos meses matan millares de cerdos, los embuten y los exportan. Cada casa es un almacén, y no quieren enseñarlos porque al que en ellos entra una vez no come más en su vida embutido alguno; pirámides de chorizos, sacos de longanizas por millares, centenares de pilas de jamones, pernils, tocinos y cuantos rendimientos da el calumniado animal. A fuerza de paciencia, tiempo y talento han impuesto por marca el nombre de su pueblo, y Europa la conoce.

Y, sin embargo, nada menos europeo que sus habitantes. Viven su vida, y en paz. Me dicen, paseando cerca del cementerio, que en esa vida ha hecho el tiempo

grietas y que por ellas se desangra ó se filtra subrepticiamente la época nuestra, toda vulgaridad. Por ahora ese peligro no se manifiesta. Sólo se ve que el pueblo, generoso y hospitalario, vive metido en sí, arrugada siempre la frente.

II

Ha llegado la cuadrilla. El matador es un barbián, se apoda *Ceneque*, es pequeñito, gordo y muy «salao»; los otros se denominan *Ciruelo*, el *Labio Caído* y el *Saltamontes*. Son torerazos de alquiler y á disposición de las Empresas, carne de la calle de Sevilla y acera del estanco de la Puerta del Sol. El *Ciruelo* es viejo, fracasado; se lo dijo *Frascuero*, pero se alzó de hombros y por ahí anda todavía un poco dobladas hacia dentro las piernas como los toreros de Zuloaga. *Labio Caído* es todo lo contrario, un chaval á quien si le aprietan fuerte la barriga echa por la boca la última cucharada de harina lacteada que le dió su señora madre. *Saltamontes* es el peón de confianza de todos los «maestros» improvisados por un empresario poco escrupuloso ó esos delegados de los Ayuntamientos organizadores de corrida de feria que se ven por Julio y Agosto en Madrid, tomando café en Puerto Rico en medio de una división reforzada de coletudos y tostadas de abajo.

Vienen vestidos de torero, porque han toreado por la mañana en Plasencia y si se quitan la ropa pierden el tren. *Saltamontes* trae la culera apuntalada, cosa que han descubierto unos chiquillos á quienes las posaderas estallantes del diestro llamaron la atención. Sin duda es un recosido hecho aprisa, y por lo tanto mal, en el vagón; algún puntazo, sin consecuencias felizmente. El no lo olvida, porque no hace otra cosa que llevarse la mano al zurcido y tantear, lo que produce risitas en los grupos y señalamientos poco honestos.

Los llevan á un tabernáculo, seguidos de millares de criaturas, cuya descripción sería un extenso capítulo de obra sobre el traje á través de los tiempos. En efecto... ¿qué diría un extranjero si por casualidad se encontrara aquí hoy?... Toreros con sus trajes de luces más ó menos usados pero esplendorosos aún, como la gloria vieja y el valor veterano; charros descuidados de los pueblos comarcanos, con sus medias, calzones cortos, botones despampanantes, fajas y sombreros estupendos; obreros de Béjar, entalladitos á lo madrileño; charros de Candelario magníficos, serios, con sus chaquetillas riquísimas, sus botones de plata, sus camisas rizadas, sus polainas ó medias y sus zapatos charolados; y mujeres, ¡oh, qué mujeres, cielos, qué señoras mujeres!... Ataviadas de ese modo único, propio de este pueblo, y que es embeleso de los ojos. Mientras ellas miran á los toreros con los ojazos negros, abiertos dos cuartas, y un tantico rojas por las cosas que se ven obligadas á ver, mal de su grado amén, ellos las contemplan embobados, como si vieran ángeles que hubieran pedido permiso al Padre Eterno para ver toros en España.

—Parecen de teatro, ¿verdad?—me dice *Saltamontes*, llevándose la mano á ambos hemisferios.

—Son un encanto, *Saltamontes*—le contesto yo examinando con inmenso deleite aquellas mantelas, faldas, delantales, ajorcas, abalorios, cintas, velos, jubones; todo de color, pulido, planchado, limpio hasta irritar tanta pureza, puesto sobre el cuerpo como si hubieran nacido con ello y á la par con una modestia fascinadora de profesas.

Pero quien mostraba su estupor era un personaje que hasta entonces no había visto, por venir muy detrás y muy despacio, y aun según pude ver ayudado por los sobacos. Clavábase en el suelo y miraba á las mozas, prorrumpiendo en frases «sublimes», dichas á voz en cuello.

—¡Qué barbaridad, qué cachos de nenas!

Eran de verse aquellos ojos, bajo el ala tiesa del castoreño de piña roja, mirar, y no hartarse, á las mozuelas desde sus tobillos y algo más al aire, hasta la coronilla cubierta por la cofia más rara y bonita del mundo.

—¿Quién es ese picador?—le pregunto á mi amigo *Saltamontes*.

—El *Zumo de Limón*—me dice.

—¡Valiente nombrecito ha escogido el tal picaor!

—Pues es un ángel.

Suponeos que el diablo se da á imaginar la cosa más fea posible, y tendréis al tal angelito, á *Zumo de Limón*. Feo de cara, de cuerpo y de modales; feo en grado superlativo, máximo é insuperable; tan feo, que las divinas mozuelas se tenían que apoyar en las paredes para no morir de risa, y mucho más feo á causa de su envoltura de picador, de la mona, de las calzas amarillas manchadas de sangre y de la chaqueta que le sentaba como á un Cristo dos pistolas.

A todo esto, la calle era un jubileo. El silencioso y severo pueblo perdía su majestad secular. Los toreros lo alborotaban todo y no había vieja—de las que tanto y de avanzadísima edad abunda el pueblo—que no deseara verlos, y vieja había, y yo fui testigo, que ver á *Zumo de Limón* y creer que el fin del mundo era cosa hecha y persignarse que no daba tregua á las cruces, fué todo uno.

La verdad era que había sobrada razón y aún razones para maravillar, no á una anciana, sino á quien conservara dos adarmes de sentido común, viendo el contraste aquel de una profunda ironía, de una tristeza intensa, entre los charros robustos y sencillos y aquellos diestros con las posaderas de color rojo rabioso y la barriga de lo mismo, con medias color de carne viva y zapatillas de muerto.

El picador aturdía el espacio pidiendo chorizos del país. Era la primera vez y de seguro la última que pi-

saba el pueblo, y aun cuando en eso de las regiones y sus productos estaba, como en todo, «á dos velas», él sabía ó lo presentía que allí había chorizos verdaderos y no inflados de serrín, como los que tantas veces había comido. Se los trajeron, y sin tasa, que así es Castilla, ancha y sin fronteras; y jamás he asistido á un duelo tan feroz entre los dientes y lo masticable. Gozar era, y no poco, ver aquel tonel vestido de fante, hinchados los carrillos, deglutir con ansia, eructar, beber y zamparse las rodajas del embutido con tripa y todo.

—Parece que entra, *Zumo*—le decía el «maestro».

—¿Y tú, no chamullas, *Ceneque*?..

—Aluego—dijo el héroe secamente.

Hubo que salir fuera á causa del gentío. El calor era intenso pero cruzado á rachas por una brisa fresca que aspirábamos con entusiasmo. Aquel pegote de nieve que veíamos en la montaña no se portaba mal recordándonos que con un mal catalejo se nos hubiera visto desde Salamanca cerca del cielo.

De vez en cuando, entre la multitud allí agolpada en pintorescos y expresivos grupos, desfilaba un cerdo á quien todos abrían respetuosamente el paso.

—Parece mentira que no se vean más—le hacía yo notar á un amigo mío de Béjar.

—El pueblo que cría menos cerdos es Candelario—me dijo el amigo—. Cuando los necesitan, los compran por pjaras enormes. Aquí hay pocos.

Saltamontes bebía y tocaba sin cesar su zurcido, temeroso de que le ocurriese al aire libre lo que, para bien del idioma patrio, sucediera á Don Quijote al ponerse unas medias en casa de los Duques.

Curioso era á fe el espectáculo. Aquel pueblo, tan justamente orgulloso de sí mismo, tan laborioso, que con Eibar, Priego, Béjar y algunos pocos más nos dignificaba ante Europa y la vieja historia de los gremios hecha pedazos en Villalar; aquel pueblo, maravi-

lla de los artistas, estaba como aturdido de gozo por la presencia de unos señores que se llamaban *Ceneque*, *Zumo de Limón*, *Labio Caído*, *Ciruelo* y *Saltamontes*. Por los poros todos de mi cuerpo absorbía yo la escena, que no por los ojos.

Sentados á la puerta aquellos lidiadores, eran como pegotes de chillones matices en las paredes de las casas que sostenían sus olímpicas espaldas. Iban y venían mis ojos de las fachadas armoniosas á sus figuras, y me era suficiente el cotejo para resolver en la conciencia el problema tristísimo de la raza que tales antinomias ofrece. Pálidos, haciéndose aire con sus negras monteras, destacándose brutalmente el oro y la plata y la seda roja del gris ceniza de las piedras y el negro aterciopelado de los vestidos charros, expuestos como fetiches salvajes á la pública curiosidad los pobres comerciantes de su vida no daban lástima, no inspiraban otro sentimiento que el abrir muy dentro del espíritu una formidable interrogación cerca de la rama de un paréntesis seguido de un millón de puntos suspensivos.

Cada torero tenía en torno suyo unos centenares de almas. Mirábanle unos, tocábanle otros, charlaban todos y en pocos ó ninguno se veía extrañeza, antes bien tan familiar era á los varones aquel traje y tanto respeto producía hasta á los chicuelos que, siendo éstos de suyo pícaros y piedra de toque de todo ridículo ó inconveniencia, no se atrevían á exteriorizar algún desacato ó crítica á no ser el descosido de *Saltamontes*, y únicamente llegaba su audacia á señalarse unos á otros con el dedo y siempre de través, esquivando la mirada de los zaheridos, ciertas protuberancias descaradas que encontrábanse sin enfado en sitios que la decencia ha querido siempre que de modo más conveniente se cubran.

Mozos de Candelario había por allí en muda contemplación que ciento y raya daban en la apostura y

masculinidad simple al más pintado. Gustaba yo de observarlos. Tenían envidia en sus ojos, una envidia fiera, agresiva, no por disfrazada menos ardiente. Aquellos trajes de luces, corrupción de vestidos regionales, descomposición de gestos bellos de raza y de carácter, obraban en su alma solapadamente como un ácido ó un precipitado. Su deslumbramiento interior les mostraba nuevos valores masculinos, en los que nunca soñaron, y el macho que llevamos dentro pateaba inconsciente el pedazo de estera que cuelgan de las patas de atrás los miramientos sociales.

III

La música marchaba delante. Detrás de la banda, y en buenos caballos enjaezados á lo «á mí qué», cabalgaban dos charros de mirada insolente, seguros de actuar en una ceremonia imponente y grandiosa. La cuadrilla venía luego con los capotes de paseo terciados juncalmente, seguidos de *Zumo de Limón*, que hacía la más triste figura del mundo, sobre un caballo, que, por el aspecto, era digno de llamarse «Vengador», como el romancesco del moro Tarfe.

Sucédame lo que quiera, y Dios permita en esta perra vida, que así me ahorquen, yo no olvido el «paseo» aquel. Procesiones he visto y hasta entierros jocundos, pero como aquel paseo por las calles tortuosas, laberínticas y casi verticales al valle, no pienso ver cosa tan retrechera. Mostaza, pimienta y hasta cebolla debía tener el lenguaje en substancia para celebrar tal cabalgata. Andaban á manera de barcos sin gobierno los pobres héroes; aquí me caigo, allí me deslomo, y como á los músicos sucedíales lo mismo ó algo peor, resultaba del conjunto una graciosísima farsa, que ideada á posta en un patio de orates no hubiera ido tan aina.

El pasodoble resultaba así con síncopas tan bruscas, que, sin prurito de chismear, semejaban síncopes ó desmayos de los instrumentistas malaventurados; y cuando, recuperado el ritmo por un equilibrio á lo Blondin, veiais al *Saltamontes*, ó al *Ciruelo*, ó al *Ceneque* bracear con garbo, y agallas, y redaños por aquellas vías, cuya belleza austera refractaba violentamente todo eso, os daban ganas de pedir al Señor os despenara, porque de todas las muertes la más impía y menos edificante es la de risa.

¡Y cuándo sucedió lo que, por inesperado, resultó más sabroso, el deslomarse de *Zumo de Limón!* Porque si hay algo difícil y aún inverosímil en esta vida de nuestro pecado, es que un picador se caiga del caballo. Los toros, con ser toros, se ven y se desean para derribarlos, y antes sería despedido por las orejas un cosaco del Nieper, que midiera el suelo la humanidad de un varilarguero por otra causa que por terremoto ó día del juicio final. Pero el caso ó paso de la cuestión es que *Zumo* cayó, y con él y sobre él el caballo; y, como el pobre animalejo escuálido pataleara, creyendo llegado el fin de su vida, los que pudieran acercarse se mantenían al paio, dando bordadas, y *Zumo* sentía en su cuerpo, pese á la mona y otros vendajes ortopédicos, algo así como si lo coceara el caballo del General Espartero, que es de bronce y de peso de unas noventa arrobas.

De mal al menos, fué cosa de poco, y jurando y rugiendo montó de nuevo y siguió la cofradía hacia la vega, un prado que, cuando no levantan en él el tinglado del circo ó coso, es el panorama más delicioso que puede imaginarse. Leguas y leguas se ven de horizonte, montañas de áspero relieve, bosques, tierras extendidas á manera de tapices, caminos bordeados de árboles muy altos, convergencias de montes que son como entradas á sitios misteriosos y puertas solemnes de perspectivas nuevas y más bonitas.

Pero ahora, ¡cualquiera se detiene á contemplar paisajes!... El pueblo se ve desde aquí, se abarca entero, rojo, homogéneo, agrupado con sus torrecillas y su cementerio, aureolado por la fama de un trabajo que se ha impuesto; mas tambien se oye y el ruido ahuyenta el éxtasis. Carros, maderas, estacas, valizas, tribunas, una puerta que es un toril, burladeros y miles de almas ocupando todo eso. El sol baña la escena sin tasa, y la luz yodada de la montaña recorta los objetos con una precisión que enfada. Parece que se mira á través de uno de esos lentes que acusan fieramente los contornos de las cosas y aislan las masas del ambiente y las clarifican tanto que casi las transparentan.

Allí están las mujeres de Candelario, nerviosas, tocadas á la manera de los viejos siglos medioevos, quién sabe si como sus abuelas lusitanas ó sus tatarabuelas celtas. El sol y el aire finísimo de la Sierra las da una doble vida, que inmuta. Son ellas, las bonitas muchachas de hoy, son también sus antepasados, las castellananas madres de tantas cosas grandes como hoy harían falta, las que si resucitaran y vieran, como ellas ven, aquellos seres tan excelsamente vestidos, preguntarian si por ventura aquellos caballeros habían venido mandados por Tamerlán desde Trapisonda ó Trapobana á concertar algun exótico tratado con Nuestro Señor el Rey. El juez, el cura, el alcalde, ricachos que tienen más onzas que lentejuelas los dichosos ternos, rondan á *Ceneque* con ilusión. Esperan de él emociones sin cuento ni medida. Viene de la corte, y se acuerdan de que los periódicos de aquel Madrid, dejado de la mano de Dios por imposible, afirman que *Ceneque* se atraca de toro «como María Santísima» y que es «de los buenos».

Por lo pronto, *Ceneque* es un gran director de lidia; va cogiendo uno por uno á sus tres ayudantes y los coloca en sitios de peligro, ordenándoles que no se muevan mientras que el toro no los quite; y sitúa su

picador á la izquierda de la puerta del hule, como mandan los cánones, y se pone él mismo cerca de las mujeres en actitudes agarrapiñadas de las que dan mal sueño.

La música toca, el sol arde, el aire circula, moviendo abanicos, velos y banderolas; las lenguas charlan y los ojos devoran los detalles más nimios. Las frentes sudan á falta de otra cosa.

—¡Qué pálidos están!—murmura una de las mujercitas.

—Como que se juegan la vida, hija—añade su amiga.

Estallan en el espacio cerrado palabrotas que dan el tono á la función. Hay tiroteo. Los que callaban hablan ahora, y bien pronto nadie se entiende. Uno grita:

—Oye, *Ceneque*, á ver lo que te traes...

Ceneque deshace una postura, y con la sonrisa le dice que «se alegra de verle güeno».

Saltamontes se palpa en el consabido sitio, y *Ceneque*, que está harto de observar aquéllo, le pregunta:

—¿Te pasa «argo» en el «jopo», niño?

—«Na», maestro, un escozorcillo de «na».

Ahora caigo en que, además del zurcido de fuera, la pobre criatura debe sentir «argo» por dentro.

Las vociferaciones cunden, se multiplican, se sacuden y entrecruzan. No tarda el palenque en ser como todos. Candelario el castizo, el infranqueable, desaparece en el costrón de la igualdad repugnante de los cosos. La fiesta nacional ha vencido el carácter de las regiones, domado temperamentos que nada pudo vencer, uniformado las costumbres. El torero ha logrado lo que el sacerdote y el guerrero no acertaron á conseguir: la igualdad de la raza, su unidad. El lenguaje flamenco, con todos sus dialectos y modalidades, ha realizado la fusión de los idiomas varios que en España se parlan. Se puede entrar en una plaza de

toros gallego, ó catalán, ó vasco, ó andaluz; ya dentro, se es español. Las reminiscencias, los recuerdos, la constancia de la afición han creado ese españolismo grosero y menguado que el sacerdote, el magistrado, el artista y el guerrero se han visto precisados á aceptar, discutir y enaltecer.

Candelario se diluía en el ambiente. Las mujeres, los charros, el aire, el sol, el pueblo austero, el eterno vellón de nieve del picacho caían precipitándose en la rampa de sebo, resbalaban, se escurrian, y el charro digno vocifera también y la mujer sonreía las burradas, las sandeces, las sinvergüencerías... y sentía poco á poco no poder decirlas también como su marido ó su novio...

Un silencio brusco, y el toro en el ruedo. Era un toro muy lindo. Salió jugueteón, fácil, avanto, lleno de vida y de preguntas, y comprendió, por fin, que si no hacía algo sonado allí no le iba á pasar nada bueno.

Ciruelo le saludó con un lance que se trocó en percañe, y gracias á un espectador que llamó á la fiera, el buen *Ciruelo* pudo sepultarse en un burladero.

—¿Hay «canguelo», hermano?...—le soltó á boca de jarro uno de las gradas.

Ciruelo le miró con una amplia mirada de buey. Aquel hombre tenía razón, y había comprado un derecho: el de arrojarla al ruedo dentro de una piedra ó de un sarcasmo.

El nunca bien ponderado *Zumo de Limón* adelantó su caballo hacia el bicho, y agitando la puya lo llamó con un ¡Ooooh!, que el público comentó estrepitosamente.

Ceneque se colocó dentro de su terreno de «maestro» por si era necesario, y el toro, apreciando que un hombre á caballo es dos veces bruto si le da por ahí, reculó impaciente, mugió, y salió de «naja» con gran desesperación del vecindario.

Entonces *Ceneque* gritó á *Saltamontes*:

— ¡Llévame lo á la sombra!...

Saltamontes quiso hacerlo; pero el toro estaba bien en el scl y con unas ganas terribles de echarse en paz cara á él.

— No quiere, maestro—decía *Saltamontes* sudando á chorros.

En muchos lados sonaban silbidos.

Zumo de Limón, que los temía más que al mengue, obligó á trotar hacia el toro el caballejo, cuyos huesos, al marchar, crujían como «diz» que las choquezuelas de D. Pedro el Cruel sonaban por las calles de Sevilla.

Esta vez el toro no se arredró. Creyó concluir el asunto, y, arrancando corto y brutal, dió al caballo una cornada seca, rápida y certera, que lo hizo caer acartonado, rígido, con las cuatro patas al aire. La plebe aulló de gusto. *Zumo de Limón*, «caído con todo el equipo», no podía levantarse; el toro repitió su ataque, y el picador voló como un pelele, cayó como un pedrusco, volvió á volar, y cuando ya se creía en el santo suelo, se sintió molino y oyó que centenares de almas se reían á carcajadas de aquel siniestro campaneó.

Ceneque acudió entonces y se llevó al toro. El picador, inmóvil, de bruces, impresionó alguna cosa.

La gente decía:

— ¡Una congestión más!... Están acostumbrados.

El quite terminó con un farol. Se oyeron aplausos tibios, y *Ceneque*, que sin duda era bien educado, se quitó la montera y saludó «al respetable» con el espinazo en arco.

Saltamontes quiso hacer algo para justificar su presencia, y recogiendo la capa en la barriga, citó, corrió en semicírculo, aireó el trapo, se le vino encima la fiera, y... cuando quiso darse cuenta, oyó una tan tremenda algarabía, risotadas tan brutalmente continuadas, que miraba todo confuso y avergonzado y sólo veía personas en contorsiones atroces, como si fueran víctimas de cólicos ó dolores mortales de tripas, dedos

que le señalaban y alaridos de un placer escandaloso. Sus mismos compañeros se cubrían la cara con los pañuelos.

Entonces pasó por su cerebro una idea fatal. Llevóse la mano al zurcido, y... sintió, ¡oh humana naturaleza!, que palpaba la carne ¡la carne de las posaderas!... El toro le había abierto de par en par el zurcido y el sol iluminaba indiferente la carne sonrosada de los dos hemisferios.



Toros en los deltas del Ebro.

I

El buen P. Cirera comunica á los campesinos los caprichos del tiempo desde aquel Observatorio de Tortosa, casi á orillas del Ebro, y allí donde los deltas del célebre río comienzan su vasta y riquísima llanura. Los ríos y las nubes tienen tratos misteriosos, y así como las civilizaciones se han agrupado y han florecido en sus riberas, así también las leyes meteorológicas, que son en romance el pan y la vida, siguen el cauce y el curso de los ríos.

El del Ebro, al salir de Tortosa, más parece de río americano que español. Encanto es de los ojos aquellas dos riberas, tan lejos la una de la otra, atesorando el oro del agua que, presintiendo el mar, corre profunda y bulliciosa, franca como si á su paso por las gradas bermejas de Aragón se la hubiera pegado el carácter aragonés y sin esas hoyas traidoras que el Duero abre al abandonarnos para perderse en Portugal.

¡Cuántas veces en esas riberas he pensado en España, mi patria, los ojos clavados en el paisaje inmenso, no saciados nunca de tanta belleza y de riqueza tanta!... Le hicieron al río sangrías enormes, y por los deltas

se deslizan en su caja geométrica, canalizadas en dos brazos que fecundan millares de hectáreas de aquel suelo incomparable. Se ven desde aquí como cintas metálicas, como plata pura liquidada que enviara el Estado á los labriegos en recompensa de sus semillas, de sus cereales. Se comienza ahora, me dicen al oído. Y es verdad: desde aquella montaña gigantesca que surge detrás de Amposta, semejante á un telón de fondo, hasta los pueblecillos de la desembocadura, tan parecidos á madrigueras de castores, hasta las tierras de Ametlla, de Hospitalet, ¡cuántas leguas de limo fértil, qué minas prodigiosas, qué venero inagotable de vida! Y todo esto se hallaba sumido en la desesperación, en el abandono, en la improducción más vergonzosa porque... ¡faltaba el agua!... Aquí, á orillas del Ebro, más caudaloso aquí que en sitio alguno de su largo curso, faltaba el agua para regar y la tierra se consumía en potencia.

Preciso es reir de nuestra sandez. Hoy se va reparando el daño; y ya que no supieron ó no quisieron impedir que el gran río entregue su caudal inestimable al mar, ya que se dilapidan millones de millones de metros cúbicos de agua, cada una de cuyas gotas significa una flor, una hoja, una semilla, siquiera han comprendido el bien de aprovechar los deltas, el légame riquísimo que poco á poco durante siglos y siglos, el río depositó en su desembocadura y defendió de la avara rapiña de las olas.

Poco es, pero menos sería si nada hubieran hecho. En el plano de los ingenieros la perspectiva es de una grandiosidad que maravilla. Los deltas son en él como una piel extendida desde la costa que tapara leguas á centenares del mar y que el río dividiera en dos. Del río parten líneas rojas que son arterias, líneas azules que son venas, líneas negras que son tendones. Ya la piel vive; corre por ella sangre roja, caminos, vías, puentes, piscinas, esclusas, y el campo promete lo que

debía ser ya, una huerta inmensa, menos grande tal vez que la huerta valenciana, pero infinitamente más rica. Está mal poblada, faltan hombres. El agua los traerá, y este panorama que embelesa por su espléndida traza de cuadro holandés, de tierra baja del Escalda, tendrá voz un día no lejano por fortuna.

No se comprende aquí otra cosa que una labor profunda é incesante. Se imagina uno aquí á los habitantes ceñudos y atareados como colonos que descubrieron tierras de Promisión. El genio catalán y la fertilidad abrumadora de la tierra debían, como en los valles del Llobregat, colaborar en la eclosión de un Principado de floresta, de vergeles, de graneros. La tierra tendría en su confín, cerca del hermoso faro, en la Rápita, un puerto gigantesco. Sin embargo no es así. Sin duda se hace lo que se puede: como en el resto de España; mas el sobreesfuerzo no se ve, la cultura superior, tampoco; el cultivo responde á las necesidades diarias nada más, y sobre la vasta superficie que encierra en sus entrañas un viejo tesoro, sólo se ven nubes, las nubes que examina el P. Cirera y la montaña aislada que, como un telón, encuadra aquel paraíso futuro, separándolo á la vista de los campos de Vinaroz.

Me dicen los amigos de Tortosa, viniendo de visitar el observatorio de los jesuítas:

—Hay toros en Aldea hoy; una capea curiosa.

—¿También aquí?—interrogo yo.

También aquí, desgraciadamente. Y en pocos sitios, en mis andanzas por España, he visto un furor tan grande por los toros, una pasión por ellos tan solapada y cierta.

Cuando hay toros en Barcelona, que es un día sí y otro también, se despuebla la comarca. La afición tiene por «estos andurriales» una variante poco estudiada. Van á los toros, y «hacen como que no van». Rechazan con ira toda suposición de flamenquismo,

y se abrevan con entusiasmo en la fuente que le produce. Disculpan su pasión con otros motivos que los demás aficionados de España; ellos van á negocios, y de paso á los toros, nada más que de paso; una tarde se pierde en cualquier lado después de haber empleado bien la mañana. Los trenes «especiales de toros» no conducen flamencos sino negociantes que aprovechan la baratura del billete y la alegría de un viaje juncal. Como la cultura media no es despreciable, van á los toros hipócritamente, alzándose de hombros, diciendo alegremente: ¡Bah... Pchss!... Pero van.

El tren nos lleva á Amposta-Aldea, una estación en pleno campo. Son las dos de la tarde. Julio. El interior de los vagones es un infierno de calor; palabras, discusiones taurinas y sandeces. Se habla en valenciano, castellano y catalán, pasando de un idioma á otro con soltura y picardeando graciosamente el acento. En cada vagón hay almacenados tres veces más viajeros de los que se ordenan en unas tablillas allí colocadas y que indudablemente se fijaron para que los viajeros se den el placer de la contravención. En los estribos de estos vagones se hacinan y enraciman con billete ó sin él centenares de aficionados. El peligro que corren es grande, pero más grande sería su apuro si no pudieran ver la capea de Aldea y tomar parte en ella. Me atrevo á indicar á los que ocupan y ciegan mi ventanilla que sería muy triste y lamentable el que les ocurriera una desgracia, y ellos me advierten que emplee la imaginación en algo de más provecho que en ocuparme de ellos. Cuando les da la gana abren las portezuelas y entran ó salen á discreción, jugándose la vida en este solaz y dando á entender que su existencia les importa un comino, un bledo ó un ardite. Y así es, y no dejan de estimarla en lo que vale. Por la rendija que forman dos cabezas, ó como se llame el cráneo de los sandios, me parece ver que bordeamos los deltas girando en torno de la montaña, como si fuera

el centro de un círculo inmenso. Sigue la vía un canal; su agua azul miente también las nubes, y su contemplación me distrae de la angustia de viajar con flamencos. De vez en vez suenan gritos que estremecen un poco el corazón:—¿Se habrá caído alguno?— Pero no; son grupos de campesinos de los deltas ó hacendados veraneantes que saludan con efusión á los bravos de los estribos. Muchos de ellos cabalgan en los topes y hasta se trasladan de lugar sin que se conmueva una línea de su rostro.

Me entretengo en meditar sobre estas cosas que á nadie hacen mella en el corazón. Las ven impávidos y como si en ellas no hubiera un quilate de peligro. Se creen unos á otros capaces de todo por el mero hecho de «ir á los toros». Desde que montaron en el tren se juzgaron héroes intangibles y señalados por el Destino con un tatuaje de indemnidad. Compraron, por lo que se ve, con el billete un permiso de hacer lo que les diera la gana. Quien se molesta es un necio, y quien se preocupa un guillado, «chiflao» y mastuerzo. Los jovenzuelos se las dan de valerosos y descarados. Llamam valor á la poca vergüenza, y retan á la catástrofe como si tuvieran por profesión insultar el azar, las leyes de la gravedad y los axiomas del sentido común. Aquellas caras llevan encima una máscara. El «ir á los toros» transforma, algo más que los modales, las facciones. Es horrible ver á través de esta falsilla translúcida, careta repugnante del libertinaje, rasgos de rostros que dicen lo contrario. Alardean. Sus nervios se distienden y sus conciencias se alborotan. Parece que estaban encerrados en jaulas y que alguien les ha dado suelta. La visión del toro en su alma les concede el sentirse bovinos, cornudos é inconstrastables. Se sueñan sobre la marcha depositarios de riñones y tratantes en hígados de varones. Su masculinidad se enriquece con el escándalo, y como «van á los toros» van riñendo con su sombra, se exacerban por futesas,

y cuando se increpan, encuentran que, sin haberlos buscado en el diccionario, conocen todos los sinónimos de la perversión.

¡Y eso que el tren lleva á una simple capea!... Las discusiones cntabladas en el vagón entre personas serias, de medios de vida, en posesión de voto y derechos civiles acusan la gravedad del mal en que ningún pensador repara. Entienden los toros de lidia como los ganaderos ó sus concedores de vacada; se saben los lances, fechas, historias, faenas y vida íntima de centenares de toreros; leen á infinidad de cronistas tauromacos y discuten si son ó no son criticos de genio; en todo lo que hablan hay tal suma de lectura, afición, pasión y convencimiento que si esa energía se empleara en cosa de provecho, los deltas del Ebro serían un emporio.

Aldea se encuentra lejos. Digamos, aunque está de más en este lugar, que las vías de los trenes españoles parecen huir de los pueblos ó éstos de aquéllas. Hay que buscar á campo traviesa el lugar de la capea. Por un camino, de los que en nuestra patria se llaman de herradura, quizás porque para andar por ellos se necesita esa clase de calzado, avanzamos en busca del santuario del valor y la devoción al peligro. El sol cae á plomo sobre los campos. La brisa fresca, que por rachas enfría el sudor en la frente, nos recuerda que el mar está cerca. Los deltas se extienden ante los ojos como una estepa siberiana. Ni una casita, ni una choza. Lejos, un campanario. El aire trae ruido de organillos, de acordeones y de gente reunida. Por el camino es curioso observar la caravana. Es un interminable reguero de peregrinos de todos los oficios y profesiones venidos en tren: campesinos en mangas de camisa á pie, en burro, en grupos, con sombreros ó barretinas; mujeres dando la mano á chiquillos que tiran de su madre con la gracia y la buena voluntad de los pequeños asnillos encuartados en el extremo de las reatas

Llegamos. El pueblecito no sorprende por lo feo. Es un grupo de casas que hace honor á su nombre: se llama Aldea, y no es otra cosa. Es uno de esos pueblos nuestros que parecen dependencias anejas de la iglesia, donde la vida es neutra y sin encanto, fastidiosa cuando no se labora, abrumadora é insostenible cuando se trabaja. Resulta que todos los años, por no variar, celebran al Patrón, un santo que ha puesto bajo su protección al pueblo, y que hará por él de seguro lo que el diputado por la circunscripción, ó los ojos engañan.

En los alrededores se ha situado la feria de ganados, y aquí de Tackeray en eso de calificarla de vanidades, porque aquellos bichos si no son la sombra de los que quedaron en casa, son otra cosa más floja é impalpable, y aún dan ganas de no reconocerlos, no estén huecos como los de los bazares ó se vayan á caer de un soplo como los de los gitanos.

II

Y que los hay por allí «cañís» y de los que quitan las penas. Tripa arriba al lado ó á la vera de sus borricos, canturreando somnolientos, bien echados sobre el espinazo de sus muletas y viendo venir por el camino la procesión de los aficionados. Algunos tenderetes trashumantes de los que se ven en todos los lugares del mundo. Muchachas sobre esterillos vendiendo bagatelas de lencería. Tabernáculos al aire libre. Panes, chorizos, freidurías y un olor á todo y nada que conforta. Se baila en ciertos sitios, y los organillos hacen las delicias de las buenas almas que tienen el trabajo de divertirse aquel día quieras que no. También veo, ó creo ver, un tinglado de caballitos vivos, por lo menos más vivos que los del mercado, y un juego de no sé qué combinación tan retrechera y bien urdi-

da, que, no ganándose allí nunca ni á tiros, no se dan abasto para satisfacer las demandas. Los chicos forman rueda en torno de las rodelas de dulces, unos dulces que imitan figuras de santos, animales, custodias, trenes, todo admirablemente modelado, abrigantado y envenenado.

El diablo quiere que yo me encuentre ó tope con un correigionario que se me presenta, hombre de Castilla, campechano, como ellos dicen, y de una simpatía que atufa. Se llama Macario, y es zapatero remendón, ó de nuevo, según se presenta. Hay que tomar una copa, y en su casa. Y si el vino vale poco, la casa es digna de eterna recordación. Toda la estancia, techo inclusive, está empapelada de *Lidias*, de estampas chillonas, en las que toros, público y toreros se muestran en todas posturas y combinaciones. Los clavos atraviesan sacrilegamente aquellos grabados, chorreantes de colores rabiosos; un diestro que está brindando tiene un ojo hundido por el clavo del que cuelga una lezna; cierta maja no siente que su seno ha sido alfilerado por otros que soportan los útiles del oficio; la puntera de un zapatón viejo coincide con la culera de un diestro.

—¿Lo ha visto usted todo?—me pregunta Macario.

—Menos lo del techo—le contesto riendo.

—Pues hágase cuenta que no ha visto usted nada.

—¿Por qué?

—Mire usted á su izquierda.

Miro, y veo en la pared dos retratos, «desos de mala estampa» que decía Cervantes, pegados sobre las *Lidias* con pan aglutinado. El uno representa á *Frascueto* y el otro á Francisco Ferrer. *Frascueto* tiene extendida la muleta, y como están muy cerca el uno del otro, no parece sino que «Salvaor» le está «pasando» al fundador de la Escuela Moderna.

—Ahí tiene usted—sentencia Macario— mis dos ídolos.

—¿Conoció usted á Salvaor, Macario?

—¡Que si lo conocí!... Desde que él se retiró no ha habido nadie.

—¡Hombre...! ¿Y *Lagartijo*?

—Le diré. *Lagartijo* era más fullero, sabía más requilorios y chapucerías; pero Salvaor... ¡hacía Salvaor con los toros cada cosa!... ¡Tenía Salvaor una mano derecha!...

Y Macario miraba la estampa de Salvaor largamente.

—Murió en Torrelodones, no lo olvidaré mientras viva, el día siete de Marzo del año de mil ochocientos noventa y ocho, el año de Santiago de Cuba.

—Buena memoria tiene usted, Macario. ¿Y á Ferrer, le conoció usted también?

—A don Francisco, no. ¡Maldita sea la...! Si no lo matan vaya si viene la Niña... También tenía lo suyo. *Frascuelo*, y luego... él; y después, todos iguales.

Sonríó y me despido; pero él quiere acompañarme á los toros. Conoce á un señor que me dejará verlos desde la barandilla. El toma parte en la función Yo bromeo.

—Habría que oír á Salvaor hablar de usted si lo viera torear...

—¡Pchss!... Salvaor era Salvaor, y Salvaores no ha habido más que dos: el del mundo y el de Torrelodones. En cuanto á mí, yo soy zapatero cerote... un artista del tirapié... un meteleznas... ¡Pero—añadió después de un rato de silencio—si alguien me hubiera *dao* la mano cuando era mamoncete!...

—Lo necesario—le digo yo—es que los toros no le rompan una costilla. Eso sería lo lamentable. Por su mujer siquiera.

—¡La Rosa!... Ya la oirá usted... Si esa ve que no me embrago y que alivio ante el toro, es capaz de arrancarme los ojos...

Llegamos á un sitio en una encrucijada donde la

gente se apretaba tanto y arremolinaba, que daba compasión. Todos querían entrar á un tiempo ó entrar simplemente, y esto no debía poder ser, porque desde dentro les increpaban con ira.

—¡Pero si no cabe un alfiler más!...

A duras penas nosotros pudimos abrirnos paso escalera arriba, y eso á brazo partido, luchando en cada escalón ó peldaño como héroes y sufriendo gloriosos trompazos.

Recuerdo que cuando nos hallábamos por la mitad ó cosa así de aquel calvario, oímos unos golpes que ponían los pelos de punta, ilustrados con un cocea-miento de padre y muy señor mío. La guerra es la guerra.

Extrañado de todo aquello pregunté á Macario:

—Pero... ¿y la puerta de la plaza?

—Aquí—respondió—ni hay plaza ni puertas.

Ya arriba, en unas habitaciones donde ciertas señoras cocían unas tortas, me pude dar cuenta de lo que nunca me hubiera imaginado puesto á discurrir.

Era verdad que allí no había plaza, ni puertas, ni ventanas, ni cosa alguna que diera al exterior. La corrida, como todos los años, se celebraba en el patio llamado de la Ermita. Gracias á amabilidades que debían costar á sus autores un año de vida, pude ganar un sitio de primera fila en la balaustrada y contemplar á mi sabor el indescriptible aspecto del patio de la Ermita.

Cerráronse herméticamente detrás de mí los puestos codiciados, me vi prensado como con tenazas y oí la voz aflautada de Macario que se despedía.

—¡Ya verá usted lo que es Macario!

Aquel patio inolvidable era el fondo de cuatro paredes verticales, sin otra salida que una puerta que, por las trazas, habían destinado á toril. Al promedio de estas paredes y al largo de dos de ellas corría un voladizo de medio metro de ancho apoyado en el salien-

te de unas viejas vigas y cercado por una barandilla de hierro. Este espacio, al que desembocaban muchas puertas de vecindad, estaba ocupado por cinco ó seis veces más gente que la que allí cabía, viéndose los niños en la necesidad de meter sus piernezuelas entre los barrotes del balaústre y oprimiéndose las mozas y los mozos en promiscuidad, al parecer no desapetecida ni protestada por éstas ó aquéllos. Necesidades sentidas en fiestas anteriores habían en tiempo de paz preparado el patio para lo que fué destinado. Por bajo de la galería, y mal ó bien incrustados en las paredes, colocaron á manera de palomares que ahora abarrotaban grupos de mozos en actitudes tan peligrosas que era una osadía encaramarse allí. Los ángulos fueron cortados con estacas, y sobre ellas, á manera de telarañas, construyeron tribunas, que por estar cegadas bajo la pesadumbre de centenares de almas no le estremecían á uno con el presentimiento de que pudieran derrumbarse.

Las paredes tenían además ventanas pintorescamente repartidas, sin rejas ni defensa, y veíase fuera de ellas, las piernas al abismo, niños sentados en el alféizar, empujados por mayores que deseaban ver. Asimismo, y esto era lo que daba al patio un aspecto sombrío y cierta originalidad, cerca del suelo por un lado, empotrados en los muros por otro, abriáanse arcos profundos á modo de inmensas hornacinas ó sepulcros vacíos, en los que se removían sin cesar y chillando montones de carne humana. Uno de estos agujeros, mayor que los demás y que en algún tiempo sería corredor ó crucero de alguna heterogénea y endiablada construcción, era como el tendido popularísimo, y la gente se estrechaba y tundía allí que sólo observarlo era ya un espectáculo y de los más insoportables. En los tejados, y en posturas que los gatos hubieran rechazado por temerarias, veíanse docenas de docenas de mirones. Únicamente en la pared que se extendía á

mi derecha, casi lisa toda ella, no asomaba por sus ventanas escasas otra cabeza que la venerable del señor cura, y eso á ratos, cuando una gritería milenaria hacía sospechar, no sin motivo, que algun bárbaro se había estrellado en el suelo el melón que le pusieron sobre los hombros el día que nació.

¿Por dónde entraba aquella gente? En vano miraba yo; no veía otras bocas ó puertas que los arcos aquellos, en algunos de los cuales y como única baranda para no caer al patio, existían pedazos de madera ensamblados y constantemente removidos por los que dentro y misteriosamente se habían «colado». Mas la realidad era que entraban, ó se descolgaban, ó descendían ó se filtraban, porque allí donde había un garfio, ó un tejado, ó una repisa ó un salidizo, allí había doce ó quince mozos colgados como uvas en parra ó moscas en liga. Y esto sin contar que en el foso ó patio ó fondo del pozo no cabía un ser humano ó perro ó gato más, y no hablo de los perros por hablar, que allí los había y de castas variadas.

Aturdido por el bullicio que las condiciones de aquel embudo centuplicaban, presencié los preliminares de la capea que tanto entusiasmo despertara en Tortosa, hasta el punto de establecerse un tren especial. Gente había allí de Ulldecona, de Santa Bárbara, de Amposta, de Perelló y del lejano Salou. ¿Maletas?... ¿Y dónde hay capea ó corrida de becerros mamones ó farsa de vaquillas en las que no se hallen presentes por esencia y potencia estos «crios» heroicos? Allí estaba uno llamado el *Moquillo*, que luego fué mi asombro y una mala noche en vela, el *Chile* y el *Pólito*. Este Hipólito, Polo ó Polito, que de las tres maneras le llamaban, se ensayaba en el centro de un grupo, entusiasmando á los mozos con su toreo clásico de salón; llevaba las posaderas muy tirantes y la chaquetilla muy ceñida, y las muchachas se lo señalaban unas á otras. Los mozarrones de la aldea ó de los pueblos

vecinos no perdían el tiempo, y apostaban á cuál de ellos haría la mayor barbaridad; subíanse unos encima de otros, se golpeaban, perseguían y en el suelo hacían toda clase de volatines, «espantás», «cabriolas» y volteretas sin ton ni son y á lo cernicalo. De pronto se impacientaron, se descorrió un cerrojo, y cual fué mi asombro al ver á Macario delante del toril con una colcha más roja que lonja de sandía y con sus flecos y todo. Por instinto busqué á su Rosa entre las damas, y me pareció dar con ella en una que, toda esponjada, tenía clavados sus ojos en el héroe.

Estaba Macario en la posición más serrana de este pijotero mundo, con un aire de espantapájaros que metía miedo y detrás de su colcha, que él se imaginaria de bronce ó poco menos. Yo, pobre de mí, viéndole en tal guisa, no supe sino decirle con lágrimas de la risa que me bullía por el cuerpo:

—¡Si Salvaor le viera, Macario!...

El me miró reconocido. Sin duda pensaba en él, y tal vez Salvaor se colocaba de aquel modo, detrás de un telón, pisando los flecos y asomando por el embozo dos ojos de gato escamado.

Si hay un momento trágico en toda capea, es indudablemente el minuto que precede á la salida del toro. La gente calla azogada y se oye la respiración de la asamblea. Si apenas escucháis el soniquete estrafalario que produce alguna doncella al sonarse las narices y que no es sino un pretexto para taparse los ojos y no morirse del susto de ver salir el toro.

¡Ea!... ya está abierto el toril y Macario al borde de la gloria. Da grima pensar lo que sucedería si el toro saliera con pies, si entrara como una cuña en el gentío y recorriera el angosto recinto. ¿Cómo es—me pregunto atribulado—que esta gente no piensa en las probabilidades de un desastre y se pone á buen recaudo dejando, aunque no sea más, un espacio libre para que el toro maniobre?... Pero si de este simple modo

pensaran no habría capeas, y como es necesario que la brutalidad medre y triunfe, el arte de los toros, según los pueblos, es la impresión, el ahogo, el inexplicable pero insustituible sentimiento que se recibe cuando la tragedia salta sobre el sainete, cuando en plena farsa un cuerno agudo como navaja se yergue lleno de sangre de entre un montón de mozos en los que puede estar el novio ó el hijo.

El toro salió. Felizmente era un buen hombre aquel novillejo, y aunque trotón y avisgado no hizo pupa ni escabechó á nadie, ni siquiera á Macario, que pudo con todo lucimiento airear la colcha, sacudirla como esterá y salir de ella como Dios le dió á entender, pero que fué salir al cabo y no fué poco, tan envuelto en ella estaba al fin del lance. En el alma me alegré yo que el toro fuera tan noble y mansurrón, y cuando me dijeron que cada toro se correría tres veces me alegré mucho más. Los perros se arrojaban á su paso y le ladraban cerca de los hocicos. Los mozos imitaban á sus perros y le agarraban de la cepa de los cuernos. El toro dejaba hacer como si estuviera amaestrado. La supuesta ó real cobardía del toro les envalentonó é irritó al mismo tiempo. Jugar con un toro es poner una pica en Flandes, pero es más sabroso que el toro juegue con uno y se presta á rasgos de esos que sirven para tener de qué hablar en el pueblo durante todo un año. El *Chile* no podía con su furia, corría desalado detrás del toro, cada vez más hurón y zamacuco: se colocaba delante en posturas de estatua de Plaza Mayor; pero ni por esas, ni por las otras.

Hay que comprender lo que para estos muchachos, pretendientes á la borla de doctor en Tauromaquia, significa un toro, es un paso dado adelante ó atrás, es un ensayo del que puede salir esa fe bestial en sí mismos que los magnetiza ó esa desesperación que los emborracha, es un avance en firme dado sobre la cucaña de las «seis mil pesetas» del «ala».

Macario era más puro que el *Moquillo* en intenciones. No venía desde un extremo de España y á caballo en un escurridizo tope de vagón ó debajo del asiento del guardafreno, no estaba sin comer una semana por culpa de la perra afición; pero Salvaor, aquel Salvaor simpaticón, «espatarrão», cerrao como un mulo, labrado con mantequilla de Soria y hierro de Bilbao, el Salvaor número dos, le traía á mal traer, y allí estaba recordando las buenas tardes de las competencias famosas, cuando á España le importaba dos caballos de toros si se perdían ó no las Colonias y la honra nacional.

El *Moquillo* pretendió saludarlo por verónicas, y dió una y otra más, y á la tercera un maldito perro se le metió entre las piernas y comenzó á ladrar al toro ó á la faena. Patada como llevó el chucho, no se la ganó en su vida hortera de ultramarinos.

Un mozo coleó, y fué aplaudido; otro le dió un palo brutal en los corvejones, y otro, desde un andamio, le hincó en el morrillo un pincho puesto al final de una vara de boyero; el toro mugió; se quejaba. El pinchazo surtió su efecto, arrancó sobre el montón, se abrió éste en todas direcciones, y solo, abandonado, quedó un chicuelo. El toro, de un derrote, lo [envió á pasear por las nubes, y un aullido de dolor salió de aquellos corazones valerosos; gritaban las mujeres:

—¡Es el hijo de la señá Juana!...

Pues el hijo de la señá Juana cayó y no se levantó más, y yo no sé por dónde se lo llevaron, porque le rodearon centenares de animales bípedos; pero sí sé que la señá Juana tenía ya un hijo de menos, lo que no es tan trágico como puede figurarse dado la carestía de las subsistencias.

III

¿Lo creeréis?... Desde aquel histórico momento el toro fué admirado como se merecía, y á nadie se le podía ocurrir que el tío del pinchazo debía ir á presidio. Antes bien, como se dieran cuenta de que el toro era toro cuando se le pinchaba, allí fué el no dar paz á la mano. Aquí un puyazo, allí unos sinapismos, acullá un zurriagazo, más allá un boleo en los cuernos, y el animal se ponía como cantárida ó zumo de acederas.

El *Chile* y el *Moquillo* pudieron torear al alimón, suerte que, abucheada en las plazas de verdad, se ha refugiado en las capeas con inmenso éxito. El *Chile* recibió palmas en un quite oportuno, tan oportuno, que si el *Chile* no está en la capea, alguna otra seña Juana se queda sin hijo; dos bestias vestidos de persona, quisieron picar á caballo encima el uno del otro, y el toro los hubiera hecho salchicha sin tan precioso auxilio.

Macario tuvo otro momento de fortuna. De la ceca á la meca con su colcha, siempre extendida como si esperara el santo advenimiento, por fin tuvo el toro de cara y pateando. Le citó con voz de trueno, el toro arremetió con ímpetu, se volvió repentinamente de espaldas Macario, y gracias á la amplitud y generosidad de aquella colcha de cama de matrimonio, Salvaor siguió teniendo en este valle de lágrimas un devoto más. No así la buena suerte con la tela, que una vez en los cuernos del toro quedó como para no servir más de cobertor de cama cualesquiera y aún creo que incapaz de hilas ó aún de hilachas.

Entre la plebe se escabullían con ligereza en el huir no pocos gitanos de raza. Noté allí y en otros lados que estos caballeros tan «salaos» son excelentes para acudir donde hay peligro siempre que delante, detrás

y á los lados haya quienes eludan ó eviten todo daño. Algunos mozos los empujaban hacia el toro, y ellos rechazaban tal honor con gestos de dignidad ofendida; esto no obstante, gustaban de seguir los movimientos compactos de la turba conmoviéndose con ella y ayudándose de su vara inseparable al dar las salvadoras zancadas.

En una de sus carreras, el toro, que estaba ya muy fatigado, cogió por las ingles á un señorito muy bien trajeado, y, con una alegría inenarrable de la muchedumbre, lo paseó, que ni en andas, entre risas y sarcasmos mientras el pobre patimetre, pálido, desencajado, movía los brazos desesperadamente y abría la boca como si padeciera asma. Tiróle el toro contra una estaca, y poco menos que una grúa fué necesario para levantarle por ser tan de plomo el miedo de que se le había entrado por el cuerpo que hasta había por allí quienes se tapaban las narices y hacían otra clase de muecas por el estilo.

Salieron los mansos, que resultaron bravísimos, y uno de ellos, agitando el cencerro como si tuviera nociones de música, la emprendió con un abuelo que, á pesar de sus años zascandileaba aún sin memoria de sus canas y lo dejó sentado, tan lastimosamente sentado, que sólo se levantó cuando lo levantaron. Más tarde supe, y no dejé de alegrarme, que tenía en una de las piernas un varetazo que metía miedo.

Entre toro y toro salieron á relucir las meriendas, las navajas, el buen humor y el vino. Macario se acercó á mi tribuna y no pude menos de sentirme orgulloso al ser honrado por tal héroe con su charla. Tenía las manos en las caderas á estilo de matador en descanso, la tez encendida, brillante la mirada y el aire retador.

—No he estado mal, ¿verdad?— me dice.

—Salvaor está satisfecho—le contesto.

—No tenía sangre, estaba helao—añade.

—¿Quién estaba helao?

—El toro.

—¡Ah...! ¿Y la colcha?

—¡Échela un galgo! He mandao á la Rosa por otra.

—¿Por otra?...

—¡Anda, pues si falta lo mejor, la vaca!

Por encima de aquel patio tan raro, tan mezquino y donde sin embargo tan grande número de almas se divierten de manera tan ruin, el cielo extiende su *vellarium* de azul finísimo y el alma extasiada en su contemplación recuerda la Roma decadente, los juegos del Coliseo, las naumaquias, los gladiadores, los bárbaros del Norte preparándose á acabar con todo aquello...

Macario, que se ha ido á recoger otra prenda, viene y me dice que se está muriendo el niño de la señá Juana.

Se estremece algo en mí. La cólera santa que á veces agita mi pobre alma, envenenada por el medio indigno en que vive, acude á mis labios y me dan impulsos de hablar desde allí, desde aquella baranda, y execrarlos y maldecirlos...

Inútil. Hago lo que puedo. Callo, y espero días que llegarán. ¿A qué exponerse á la mofa y hartarse de acíbar? Día llegará en que los pensadores se den cuenta del problema, y este problema se resuelva. Veamos, observemos, seamos testigos antes de ser jueces. No hay tragedia semejante á estas locuras populares donde un toro mata á un niño en un instante y todo sigue igual y aun más divertido.

Como es de rigor, los restos de las meriendas, los papeles mugrientos, las sucias latas de conservas ya destripadas se arrojan al ruedo. Yo sonrío porque usar aquello como basurero es calificar admirablemente lo que en el ruedo y el patio sucede.

Sale la vaca. Es grande, recogida de carnes, mogona del izquierdo y berrenda en colorado. Ve mal, y

corre como una mala noticia. Caen en montón los héroes, la vaca los revuelve, aventá y patalea. Cuando se levantan, se llevan las manos á los sitios lastimados y ponen gestos feroces.

El *Moquillo* intenta pararla los pies, y con un asta lo da un palotazo en la cara. El golpe es tan eficaz, que el desgraciado muchacho deja caer el capote de brega, del que jamás ni aún para dormir se desprenden estos muchachos. Es rodeado en seguida por muchos; mas la vaca, que anda como un velocípedo, deshace el grupo y se enreda con varios á quienes hace caricias voluptuosas. El *Moquillo* está poseído de una rabia sorda atroz. Le veo patear el suelo con furia salvaje, y hay en su cara la mueca de las lágrimas. Toda la mejilla y mandíbula derechas son un costrón de sangre y tierra. Sus manos se encrespan. Le dan una navaja que ha pedido, y cuando la vaca, quieta, le enseña sus lomos, la hunde la hoja fieramente. Es su venganza. La gente no se apercibe por el pronto. Muge la vaca, y por la herida arroja sangre, entonces silban al maleta y le cubren de denuestos. El *Moquillo* no ve ya. Su cara es un tambor, en el tumor tremendo que lavan con un poco de agua allí mismo se ve una cisura formidable que llega hasta el ojo mismo. Le quieren retirar de allí, y forcejea espantoso. Dice que no le da la gana, que ha de matar la vaca.

Se ha encorajinado. Es torero, no hay duda. Diente por diente. El toro ó él; ó los dos. Vuelve á lanzarse sobre la vaca con la navaja ensangrentada en la mano; pero el dolor es tan fuerte, tan enorme la hinchazón, que ha de detenerse. La gente lo silba, él rabia, la vaca defeca, y deja en la arena un gran montón de boñiga sobre el que caen gotas gruesas de su sangre. Su noble cabeza mira tiernamente.

Macario quiere lancear. La vaca no atiende, y Dios quiera que siga así mucho tiempo. La prenda que ahora trae entre manos el zapatero es de color azul,

con grandes flores estampadas, otra colcha sin duda.
Melancólicamente le digo desde arriba.

—Macario, por Salvaor, no se exponga á que le pase lo que al *Moquillo*.

Este llora. Lo llevan entre dos, y la sangre va dejando tras de él un reguero parecido al que España ha dejado en su marcha á través de los siglos.

INDICE

	<u>Páginas</u>
I. El toro de la Vega en Tordesillas.....	1
II. Una corrida de toros en el claustro de San Benito el Rojo.....	11
III. Episodio de una capea en Villalón.....	25
IV. Fiesta de toros en Sepúlveda.....	39
V. Un tren «especial de toros» en Castilla.....	59
VI. Los toros de los Carabancheles en el año del de- sastre....	77
VII. El toro del aguardiente en Turégano.....	99
VIII. La «cola» de los anémicos en el Matadero Muni- cipal de Madrid en 1900.....	115
IX. Cuernos en Candelario.....	127
X. Toros en los deltas del Ebro....	145





Los pedidos á la Librería de la Viuda de Pueyo,
:: :: calle de la Abada, núm. 19, Madrid. :: ::



MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

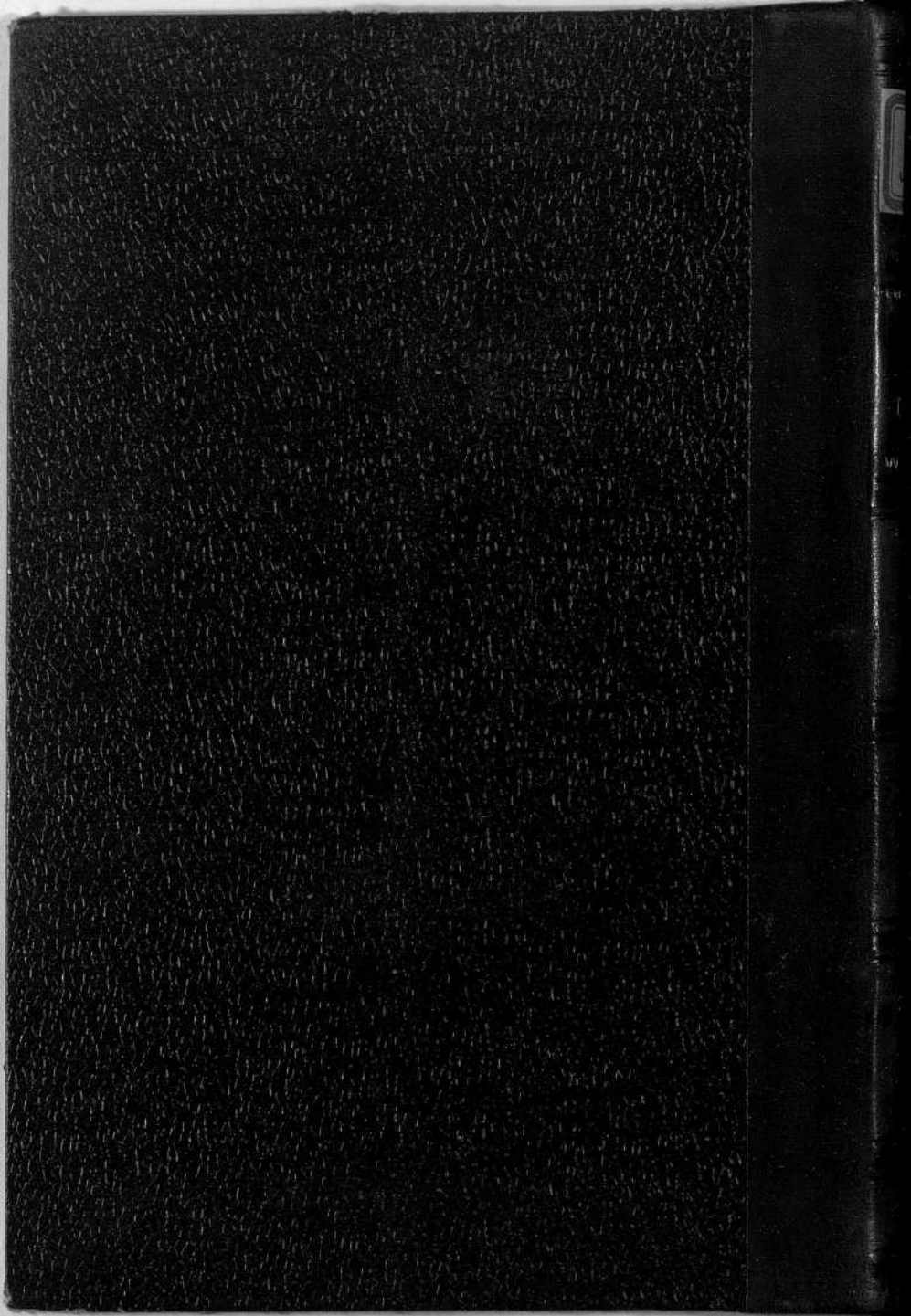
Pesetas.

Número... 31 Precio de la obra..... ..

Estante... 1 Precio de adquisición

Tabla... 2 Valoración actual..... ..

Número de tomos.. ..



37.

E. NOEL

LAS

CAPEAS